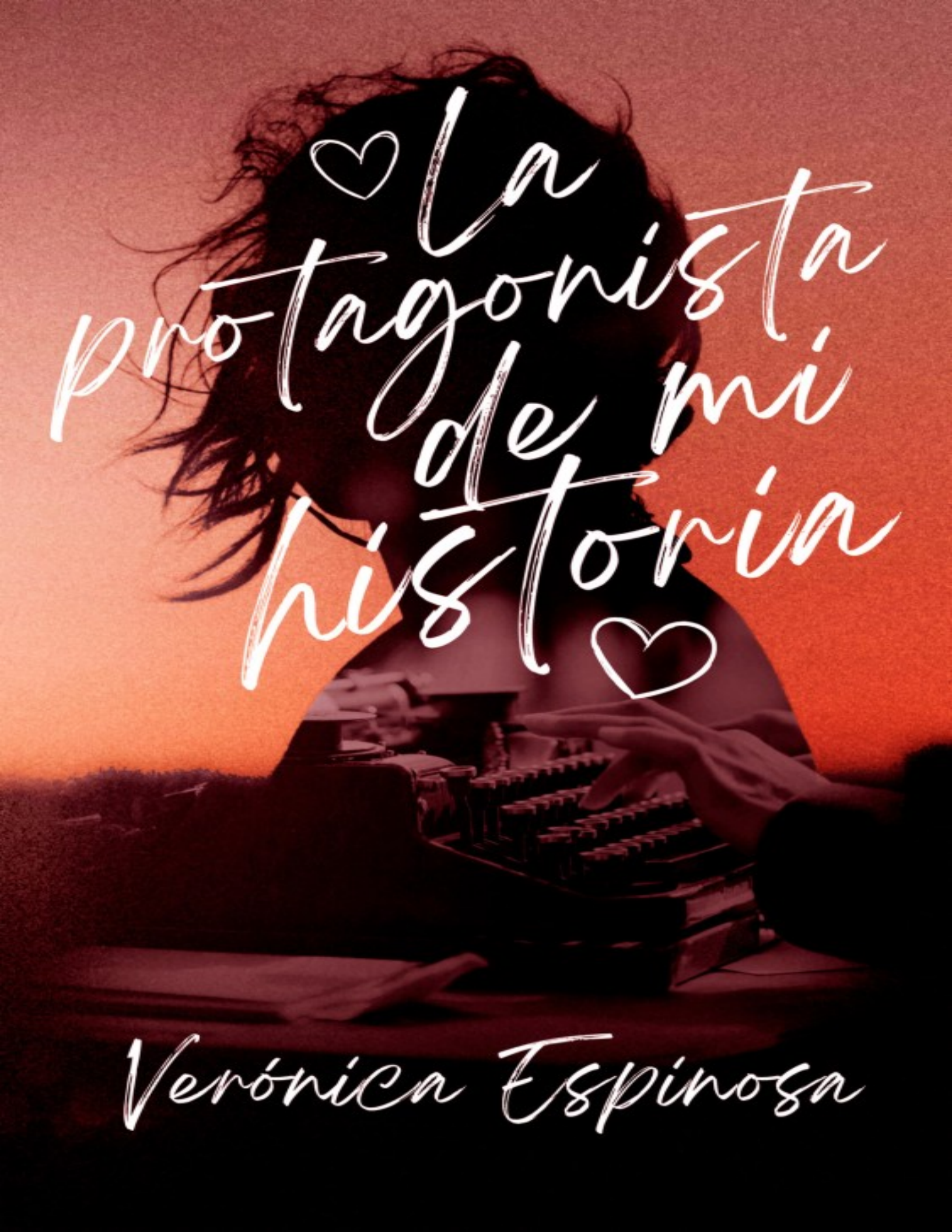

La protagonista de mi historia
Verónica Espinosa

Copyright © 2025 Verónica Espinosa

Safe Creative: 2509153084908

PERFILES SOCIALES:
instagram.com/ veronicaespinosa.autora
twitter.com/AutoraVeronica

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Maquetación: Verónica Espinosa

Todos los derechos reservados. Queda prohibido, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, sí está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

A todas las personas que viven
su gran historia de amor.

Verónica Espinosa



PRÓLOGO

Escribir sobre amor

EVA

Es extraño hablar de amor cuando una parte de mí ya no cree en él.

El cursor parpadea en la pantalla de mi ordenador, marcando el tiempo que llevo sin ser capaz de inventar un mundo en el que dos personas se crucen, se miren a los ojos y, sin pronunciar palabra, reconozcan lo que tanto han buscado. La verdad es que no sé ni cómo empezar. Mis dedos descansan sobre el teclado, inmóviles, esperando a que mi mente logre traducir en palabras todo lo que hace meses se desvaneció de mi vida como el frío invierno madrileño.

Tener el corazón roto. Ser incapaz de pensar en la persona amada sin que su recuerdo me arañe por dentro. Eso me obliga a preguntarme si escribir sobre amor no es, en realidad, una forma de engañarme a mí misma.

Porque sí, mis libros hablan de mariposas en el estómago, de caricias que erizan la piel y de silencios cargados de significado. Hablan de promesas susurradas a medianoche, de miradas tan intensas que te reinventan por dentro. De besos que son cataclismos y de instantes capaces de cambiarte la vida. Pero la realidad… en la vida real no existen bandas sonoras, ni puntos suspensivos llenos de magia. Solo hay dudas, heridas que no terminan de cerrarse, mensajes que nunca se envían y silencios que hieren más que cualquier palabra mal dicha.

Comencé a escribir a los dieciséis. Tenía la cabeza llena de preguntas y el corazón a punto de estallar por culpa de Olga. Mi mejor amiga. Mi primer amor. Mi todo.

Nunca le confesé lo que sentía. Creo que, en el fondo, ya sabía que no me correspondería. Así que escribía. Llenaba cuadernos enteros con escenas que ella nunca leería: páginas donde sus ojos me buscaban como yo buscaba los suyos, donde nuestras manos se encontraban sin miedo y cada despedida tras las clases era, en secreto, el inicio de algo más. Aquellas historias eran mi refugio, mi forma de resistir a ese amor imposible que me atravesaba en clase de gimnasia o cuando la veía coquetear con cualquier chico. Mientras tanto, el destino se encargaba de recordarme que lo nuestro jamás podría ser y que, pese a todo, lo que yo inventaba en el papel también era amor.

Con el tiempo, esas fantasías se transformaron en novelas. Y las novelas se convirtieron en mi modo de vida, en mi fuerza, en mi alimento. Me volví una experta en diseñar finales felices, en describir besos capaces de humedecer la ropa interior y confesiones que arrancan suspiros. Pero desde mi última ruptura, cuando apago la pantalla y se hace el silencio en mi apartamento, hay preguntas que me persiguen sin descanso:

¿Cómo puedo escribir sobre amor si nunca me he sentido amada de verdad? ¿Cómo puedo escribir sobre el amor cuando ese mismo amor me ha dañado hasta hacerme perder la esperanza en él?

Estoy convencida de que mis lectoras creen que, detrás de cada historia, hay una mujer que se despierta envuelta en el calor de otro cuerpo. Una mujer que da sentido a lo cotidiano con un beso, que convierte un café de madrugada en un instante de pasión. Pero no es así. Y a veces esa distancia entre lo que escribo y lo que vivo me hace pensar que mi verdadero talento no es narrar, sino fingir. Fingir que no me duele ver a parejas paseando de la mano por Madrid. Fingir que ya no recuerdo la risa de Elena, mi ex, durante los juegos previos a una noche de sexo brutal. Fingir que olvidé cómo me temblaban las piernas cuando me abrazaba por la espalda y sus manos se deslizaban bajo mi ropa, arrancándome gemidos que aún escucho en la soledad de mi cama.

El amor, el de verdad, no debería tener fecha de caducidad. No debería doler ni empequeñecerte. No debería dejarte hecha añicos ni con las manos vacías de caricias.

Supongo que aún no se ha cruzado en mi camino esa mujer capaz de descubrir en mis ojos su gran historia de amor. Esa que se imagine cómo sería besarme, cómo sería estremecerse en mis brazos y entregarse a mí sin miedo. Me pregunto si alguna vez tendré la oportunidad de escribir mi propia historia con un final feliz.

Lo único que sé con seguridad es que, mientras eso llega —si es que llega—, seguiré escribiendo. Porque, a pesar de todo, el amor sigue siendo mi idioma. Aunque me haya fallado. Aunque me haya roto. Aunque a veces me obligue a llorar en silencio mientras describo un *te amo* que en mi memoria me sigue desgarrando el alma.

Quizás escribir sobre el amor con el corazón roto sea la forma más pura de hacerlo. Porque en cada página dejo pedazos de mí. Porque en cada historia que invento hay parte de lo que anhelo, de lo que deseo, de esa esperanza que aún no pierdo del todo. Porque, al final, escribir es también un acto de fe.

Y yo… yo sigo creyendo en él.



CAPÍTULO 1

El correo que cambia mi día

EVA

El aroma del café recién hecho se desliza por cada rincón de mi apartamento. Son las ocho y media, aunque llevo despierta desde hace una hora, desde el instante en que mi mente decidió que ya no quedaban minutos para soñar y me obligó a sentarme, aún con el pijama y el pelo enredado, frente al ordenador.

Permanezco atascada en la misma escena desde hace semanas. Sé que no es falta de ideas, sino los nervios que me atenazan el estómago y me impiden continuar.

Le doy un sorbo lento a la taza de café y abro la bandeja de entrada con las mismas esperanzas de ayer: ninguna. Correos promocionales, boletines y un *newsletter* al que ni recuerdo haberme suscrito. Lo de siempre, en definitiva.

Hace seis meses publiqué *Cuando el amor despierta* con cero expectativas y el corazón abierto en canal. Jamás imaginé que esa historia, tejida con dudas y desvelos, se convertiría en algo tan grande. Mis lectoras están entusiasmadas con Cristina e Isabel, las protagonistas; las redes sociales se llenan de clubes de lectura, ilustraciones de fans, reseñas con cinco estrellas… Cada día recibo mensajes de mujeres que no conozco, que me cuentan que se han sentido identificadas, que han llorado, que gracias a mis palabras han vuelto a creer en el amor.

Y yo… no sé si merezco tanto. Carlos, mi mejor amigo y además vecino, insiste en que debo aspirar a más. Me repite una y otra vez que no puedo conformarme con la autopublicación cuando mi voz llega a tantos corazones. Y por su culpa —aunque lo diga con cariño— me cuesta avanzar con la nueva historia que intento escribir. Fue él quien me empujó a preparar un dosier y enviarlo a todas las editoriales posibles. Y ahora… bueno, ahora me paso horas revisando el correo con esa mezcla extraña de ilusión y resignación, consciente de que lo más probable es que no haya novedades.

Necesito centrarme en el trabajo y dejar de esperar algo que tal vez nunca ocurra. Además, mis lectoras ya han empezado a especular sobre la nueva novela: el tema, las protagonistas, incluso los posibles finales. Me siguen desde hace años y, aunque parezca increíble, casi siempre aciertan.

Decido hacer una pausa, recojo lo que he usado en el desayuno y camino hasta el baño. Quizás una ducha fría me ayude a despejarme. O, al menos, me obligue a volver a la realidad y a concentrar toda mi atención en lo que me queda por escribir. Porque, si no lo hago, Daniela y Clara —mis protagonistas— jamás llegarán a encontrarse.

Entro en el baño, me desvisto y me meto bajo el chorro de agua helada. Un quejido se me escapa por el contraste. Cierro los ojos y me concedo unos minutos —más de los que debería— para desconectar de lo que me oprime por dentro. Esta novela me está costando un mundo. A diferencia de las anteriores, tiene un tono dramático que me incomoda, que incluso empieza a asustarme y a disgustarme.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que salgo, envuelta en una toalla, con la piel erizada por el frío y el cuerpo algo menos cansado. Solo sé que, al mirar el teléfono, una notificación nueva aparece en la pantalla. Y cuando abro la aplicación, me topo con un correo.

Remitente: Alba – Editorial Rubor.

Frunzo el ceño. «¿Rubor?», pienso. Dudo un instante en abrirlo. ¿Será spam? ¿Un error? Al final cedo, lo abro y comienzo a leer:

Hola Eva:

Sé que este mensaje puede parecer inesperado, pero no he podido resistirme a escribirte. Terminé tu novela *Cuando el amor despierta* hace apenas dos días y aún no he conseguido sacármela de la cabeza. He releído varias veces esas frases cargadas de emoción y esos silencios que me pusieron la piel de gallina.

No quiero extenderme aquí. Solo deseaba decirte que, si estás trabajando en una nueva historia, en Editorial Rubor nos encantaría contar contigo.

Un abrazo,

Alba López – Editora (Editorial Rubor)

Me quedo inmóvil. Vuelvo a leerlo una, dos, tres veces. El corazón me late con fuerza, pestañeo incrédula y me pregunto si esto es real, si de verdad una editora ha dedicado su tiempo a escribirme. «Tiene que ser un error», me repito.

Y justo cuando estoy a punto de descartarlo, aparece otro correo. Esta vez con el asunto claro y contundente: **Propuesta de colaboración.**

Eva,

No quiero que pienses que el correo anterior fue un impulso sin intención. He hablado con el equipo de Rubor y todas coincidimos: queremos firmar contigo. Si estás trabajando en un nuevo manuscrito o tienes alguna idea en marcha, nos encantaría leerla.

Me gustaría concertar una cita esta semana para conocernos mejor y hablar de posibilidades.

Un saludo,

Alba

Suelto un suspiro largo. Con el teléfono en la mano, salgo del baño descalza, con el pelo empapado y la piel aún húmeda. Afuera, Madrid mantiene su ritmo habitual, pero aquí dentro algo ha cambiado de forma radical.

—Una editorial… —musito en voz alta y me echo a reír sola—. ¿Una editorial quiere contar conmigo? —me pregunto y la risa vuelve a escaparse.

Es una risa nerviosa, casi infantil. Esa que aparece cuando estás al borde de un ataque.

Vuelvo la atención al teléfono y, con los dedos temblorosos, le escribo a Carlos:

Eva: *Carlos, baja corriendo. Es urgente. Tengo algo que contarte, ¡y lo vas a flipar!*

La respuesta llega en segundos:

Carlos: *¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Voy.*

Desde el salón escucho el portazo de su piso y el estrépito de sus pasos bajando las escaleras, hasta que llega a mi puerta y toca el timbre con insistencia. Aún llevo la toalla pegada al cuerpo y las piernas mojadas, pero ya no me importa. Abro y, en cuanto nuestros ojos se cruzan, le planto el móvil en la cara.

—Mira. Lee.

—¿Leer qué? —resopla, jadeando, mientras entra en el apartamento y se deja caer en el sofá—. ¿Qué es esto?

—¡Lee y deja de preguntar!

Aprovecho para ir a mi dormitorio, secarme un poco y ponerme ropa: unas bragas y una camiseta larga que me cubra lo suficiente. Cuando regreso, encuentro en su rostro una mezcla perfecta de sorpresa y emoción.

—¿Esto es real?

Asiento despacio.

—Yo tampoco me lo creo —respondo, pasándome las manos por el pelo mojado, notando cómo los latidos de mi corazón se aceleran—. Quieren trabajar conmigo, que les envíe lo que tenga…

Carlos se incorpora de un salto, me agarra de los hombros y sonríe con un entusiasmo desbordante.

—¡Lo sabía! ¡Estaba convencido, Eva! ¿Ves por qué insistía tanto?

Me dejo abrazar. Su alegría me contagia y me envuelve. Cierro los ojos, respiro hondo y, por un instante, me permito creer que tal vez —solo tal vez— esto es el comienzo de algo grande: el inicio de un sueño que llevo demasiado tiempo acariciando.

—Todavía me cuesta imaginar que los editores se fijen en lo que comparten las lectoras por las redes sociales —comento cuando nos separamos—. Siempre pensé que solo se dedicaban a leer manuscritos enviados directamente.

Él se encoge de hombros y, de nuevo en el sofá, sostiene mi teléfono entre las manos.

—¿Y qué más da? Lo importante es que te han leído, que han sentido tu historia y que han decidido apostar por ti.

—No exageres.

—Llámalo como quieras, pero se han enamorado de tus letras.

Me siento a su lado, abrazo mis piernas y las dudas vuelven a asaltarme. Llevo años dedicada a esto en solitario; escribir, corregir, maquetar, diseñar, promocionar… Entrar en una editorial como Rubor es tan trascendental que me pregunto si estoy preparada para entregar mi historia y permitir que otros la moldeen.

—¿Y si la novela que estoy escribiendo no les gusta? —digo en voz baja—. Ya sabes que la anterior la escribí con todas las emociones que aún me provocaba Elena, pero esta… —suspiró—. Esta se me atasca, y no consigo avanzar.

Carlos me observa en silencio y luego se inclina hacia mí para tomar mis manos.

—Quizá porque ahora estás en una etapa en la que el amor te ha decepcionado —responde con suavidad y sus ojos azules brillando—. Y no pasa nada. El amor también tiene fases, y hay que vivirlas todas.

—Pero no puedo quedarme de brazos cruzados. El manuscrito está en su punto más delicado y, si lo abandono, Daniela y Clara acabarán olvidadas en un cajón.

—Escúchame, Eva. Estás preparada para esto. Lo estás desde hace años, aunque no quisieras reconocerlo —me interrumpe con firmeza—. Solo tienes que responder a ese correo. Hablar con la editora, escucharla. Ya habrá tiempo de seguir escribiendo.

Sus palabras me reconfortan, me arropan, y poco a poco disipan los miedos que tanto me cuesta ocultar.

—Estoy segurísimo de que lo que te propongan será maravilloso —añade mientras pasa un brazo por mis hombros—. Y ahora, basta de comernos la cabeza. Vamos a celebrarlo.

—¿Celebrar qué? Si aún no he hablado con ellos.

—Celebrar que una editorial como Rubor ha contactado contigo —replica con una sonrisa amplia—. ¡Vas a ser como Megan Maxwell o Alice Kellen!

—Estás completamente loco… —murmuro con una media sonrisa —. ¿Y si todo sale mal? ¿Y si me pasa como a esos escritores a quienes les venden estrellas y luego se estrellan?

—¿Y si sale bien y, en vez de estrellarte, alcanzas las estrellas?

Me quedo en silencio, con la vista fija en el teléfono. Sí, Carlos tiene razón. Siempre he soñado con que una editorial respalde mis novelas, poder viajar por España, conocer a mis lectoras, darles las gracias cara a cara por su apoyo incondicional.

—Es una locura…

—Pero una locura emocionante —me interrumpe él. Y lo es.

Con esa chispa de ilusión que me recorre entera, sostengo el móvil y comienzo a escribir:

Querida Alba:

Gracias por tus palabras. Todavía me cuesta creer lo que estoy leyendo. Me emociona profundamente saber que mi historia te ha tocado de esa manera y me siento muy honrada por el interés de Editorial Rubor en mi trabajo.

Sí, estoy escribiendo una nueva novela y me encantaría poder hablar contigo para contarte más. Estoy disponible cualquier día para una videollamada, cuando mejor te venga.

Gracias, de corazón, por leerme.

Un abrazo,

Eva García

Pulso «enviar» y contengo la respiración. Carlos me observa de reojo sin decir nada, hasta que aparece en pantalla el aviso de «mensaje enviado». Entonces suelto el aire como si acabara de escalar una montaña.

—Ya está.

—Pues ahora, ¡a celebrarlo!



CAPÍTULO 2

La madre, la emprendedora, la mujer

INÉS

La cocina huele a bizcocho, a chocolate y a prisas. La música infantil suena de fondo, y Lucas no deja de dar saltos en el sofá con una corona de cartulina mal recortada. Está entusiasmado. Yo, agotada. Pero ahora eso no importa.

Han pasado ocho años y, cada vez que lo observo, no puedo evitar recordar cómo empezó todo. Yo tenía veinte años. Era una cría, y mi relación con mis padres estaba hecha pedazos. Pasé de ser la hija modelo a rebelarme por amor en apenas unos meses. Puse toda mi atención en Pablo —el padre de Lucas—, dejé a medias mi carrera de turismo por él. Pero el embarazo borró la magia de ese amor y me dejó con el corazón roto y un futuro demasiado oscuro.

Aquella mañana de septiembre empujé y lloré. En cada contracción descargué mi rabia y mi dolor; me vacié por completo y, con ello… nació él. Nunca nada me había parecido tan hermoso como aquel instante en el que sus ojos se engancharon a los míos. Lucas me miraba como si yo fuera todo su mundo, como si nada existiera más allá de mí.

—Mamá, ¿podemos poner dinosaurios de verdad en la tarta? —pregunta con la mirada encendida de esperanza.

—¿De verdad, de verdad?

—Sí. Pequeñitos, de los que no comen personas.

—Ah, de esos. Entonces lo veremos.

Se conforma con mi respuesta, aunque sé que mañana, cuando descubra que en la tarta solo habrá figuras de azúcar, me mirará como si le hubiera roto el corazón. Aun así, sonríe y sigue inventando una canción mientras salta de una baldosa a otra.

La puerta de casa se abre y, en cuestión de segundos, acompañada por el tintineo de sus llaves, aparece Fran: mi mejor amiga, mi vecina, mi salvación.

—Menudo caos tienes montado aquí —comenta al ver el desorden de cacharros esparcidos por toda la encimera—. ¿Te echo una mano?

—Te lo agradecería. ¿Sabes lo difícil que es organizar el cumpleaños de un niño que quiere una fiesta jurásica y de superhéroes al mismo tiempo?

Fran suelta una carcajada, se ajusta un delantal y se arremanga.

—Deberías haberme hecho caso y encargar la tarta —me recuerda con una de esas miraditas suyas—. No puedes con todo. También necesitas descansar, Inés.

—Ya sabes que es una tradición. No quiero cambiar nada solo porque ahora me vaya bien en el trabajo y apenas tenga tiempo para respirar.

—Las madres perfectas no existen. A ver si se te mete en esa cabeza tuya.

Me guiña un ojo y empieza a lavar los utensilios. No es que sea una apasionada de la cocina, pero me gusta ser yo quien prepare la tarta de cumpleaños de Lucas. Me hace sentir útil, normal, en paz. Aunque debo admitir que, con cada año que pasa, este día se convierte en un acontecimiento casi internacional.

El móvil vibra sobre la encimera. Lo ignoro al principio, pensando que será otra notificación del grupo de madres del colegio. Vibra otra

vez, más insistente. Cuando por fin lo miro, descubro que es una llamada de un número desconocido.

Me limpio las manos como puedo y descuelgo:

—¿Hola?

—¿Inés Martín? Soy Tamara, de la Editorial Rubor.

Mi corazón se acelera. Tamara. Hace meses que no hablo con ella, pero su voz es inconfundible. Sujeto el teléfono entre el hombro y la oreja mientras intento extender la cobertura de chocolate sobre el bizcocho.

—¡Hola, Tamara! Qué sorpresa. ¿Todo bien? —pregunto, frunciendo el ceño al ver que el chocolate se enfría demasiado rápido y se apelmaza en grumos.

—Todo bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Pues mira, me has pillado intentando cubrir un bizcocho con chocolate —respondo con naturalidad, riéndome después—. Y cada año estoy más convencida de que lo mío no es la pastelería.

Ella ríe al otro lado.

—Cuéntame, ¿qué necesitas de mí?

—Te llamo para proponerte coordinar la gira de presentación de una autora nueva —explica—. Está por firmar con nosotros, tiene una voz única y creemos que será un auténtico bombazo.

Fran me quita la cuchara de la mano y me empuja hacia el balcón. Allí, con el ruido de la ciudad de fondo y los geranios delante, me siento para pensar. Mi cabeza salta entre el cumpleaños, el cansancio, la inminente vuelta al cole y mis ganas de volver a implicarme en un proyecto importante.

—Me encantaría —respondo sin pensarlo demasiado—. Dime cuándo y dónde nos vemos.

—¿Puedes venir el lunes a primera hora a la editorial? Así te enseñamos todo y hablamos.

—Perfecto. Allí estaré.

Cuelgo y me tomo unos segundos para respirar. La última vez que trabajé con Rubor fue en un evento literario de Navidad. Que vuelvan a llamarme significa que confían en mí, que esperan mucho de lo que puedo dar.

Al regresar a la cocina, Fran me observa con una ceja arqueada.

—¿Todo bien?

Asiento, aunque mi mente ya gira a toda velocidad.

—El lunes tengo una reunión —digo, mirando de reojo la tarta—. Era la editorial. Quieren que organice la gira de presentación de una nueva escritora.

Fran sonríe y se seca las manos.

—Les habrás dicho que sí, claro.

—Por supuesto. Soy autónoma, no puedo rechazar nada que llegue. —Pruebo la cobertura de chocolate y resoplo—. Pero me preocupa que me robe demasiado tiempo. El lunes empieza el colegio y…

—No estás sola, Inés. No sé cuántas veces tengo que repetírtelo.

—Ya sabes que no lo puedo evitar —admito con un suspiro cansado—. Me gustaría ser como esas madres que parecen llegar a todo sin esfuerzo y que siempre tienen tiempo para sus hijos.

—Escúchame, cariño. —Fran se acerca y me sujeta por los hombros—. Eres una madre maravillosa. Lucas te adora. Pero no puedes exigirte tanto. Tienes veintiocho años y llevas mucho tiempo sin salir con nadie porque te has entregado por completo a tu hijo. Es lógico que quieras dedicar espacio a tu trabajo, lo amas. Y eso está bien.

—Pero…

—Pero nada. ¿Qué más te ha dicho esa chica sobre la escritora?

—Solo que será un bombazo —contesto, encogiéndome de hombros—. Y con eso me basta.

—Será un bombazo porque tú pondrás todo de tu parte.

Le lanzo el trapo de cocina con una sonrisa, aunque sus palabras se me quedan grabadas, latiendo despacio.

Lucas aparece con un dibujo en la mano y nos interrumpe:

—Mamá, ¿puedo invitar también a los dinosaurios de la película?

—Solo si prometen portarse bien.

Él sale corriendo de nuevo, riendo, y yo me quedo con ese sonido llenando la casa, con el olor a chocolate impregnando el aire y con las palabras de Fran agitándome por dentro.

Sí, estoy cansada. Pero también soy afortunada: puedo vivir estos momentos, rodearme de personas maravillosas y dedicarme a lo que más amo.



CAPÍTULO 3

Todo lo que tengo

INÉS

A mi alrededor todavía se percibe el aroma del chocolate mezclado con el de las pizzas que hemos cenado los tres. La casa ha recuperado por fin el silencio después del caos de la tarde. La tarta descansa en la cocina, lista a falta de algunos detalles, Fran se marchó hace un rato y yo apago las luces del pasillo antes de entrar con cuidado en su habitación.

Lucas me espera bajo las sábanas, abrazado a su peluche desgastado: ese dinosaurio sin nombre que lo acompaña desde que aprendió a caminar.

—Mamá, ¿me cuentas uno de tus cuentos? —susurra con los ojos entrecerrados.

—¿No prefieres el que te regaló Fran hace unos días?

—No… quiero uno de los que solo tú sabes.

—Está bien… —concedo en voz baja.

Me siento en su cama, me acomodo contra el respaldo y él se arrima a mí con confianza. Su pelo aún húmedo de la ducha huele a limpio, pero sigue conservando ese aroma suyo, difícil de describir, que me llena el pecho de ternura.

—Había una vez —empiezo— una ciudad construida en las nubes. Nadie sabía cómo se sostenía, pero allí vivía un niño que no temía a nada. Bueno… a casi nada.

Lucas se encoge contra mí, cierra los ojos y se deja arrullar por la historia.

—Tenía una capa roja y un mapa que cambiaba cada vez que lo miraba. Y soñaba con encontrar el lugar exacto donde empezaba a nacer el arcoíris.

—¿Y lo encontró? —pregunta entre sueños, sin abrir los ojos.

—No. Pero un día conoció a alguien que también lo buscaba. Una persona que no hablaba mucho, pero sabía leer el mapa. Y juntos decidieron avanzar, aunque no supieran dónde terminarían.

Guardo silencio unos segundos. La respiración de Lucas se ha vuelto más profunda y yo me quedo observándole. Sus pestañas largas, sus labios pequeños, esas mejillas sonrosadas y su mano aferrada al peluche con una fuerza que me enternece.

Lo miro como si pudiera congelar el tiempo, como si pudiera quedarme para siempre aquí, siendo solo su madre, su universo. Ocho años parecen haber pasado en un suspiro y, a veces, me pregunto si lo hago bien, si basta con el amor que le entrego para suplir todo lo demás.

Fran tenía razón al recordarme que no debo exigirme tanto. Ser buena madre no significa abarcarlo todo, sino llenar los momentos compartidos de luz y cariño. Quizás —o quizá no— las cosas habrían sido diferentes si Pablo hubiera seguido a nuestro lado. Solo sé que hay días en los que mis responsabilidades me superan y me gustaría poder descansar —egoístamente— de ellas.

Le deposito un beso en la frente, me muevo con cuidado para no despertarle y le susurro al oído:

—Te quiero, dinosaurio mío.

Salgo de la habitación de puntillas. Cierro la puerta sin ruido, aunque sé que ya duerme profundamente. Regreso al salón; el silencio de la noche lo envuelve todo y, por fin, me dejo caer en el sofá con una copa de vino que no sé si llegaré a terminar.

La llamada de Tamara no deja de dar vueltas en mi cabeza. Coordinar una gira de presentación no es como organizar un evento pequeño: implicará tiempo, viajes, traslados, posponer otras obligaciones. Y no estoy segura de estar preparada para dedicarme únicamente al trabajo y dejar a un lado el papel de madre.

Fran ha sido clara durante la cena: «No tienes que pensar en nada más. A Lucas no le faltará de nada». Y aunque sé que tiene razón, lo cierto es que sí le faltará algo: yo. Aunque ahora la distancia se mitigue con videollamadas interminables, no es lo mismo.

Me recuesto contra el respaldo y cierro los ojos. Siento el peso del día clavado en los hombros, pero también ese cosquilleo suave que se instala por dentro cuando algo nuevo está a punto de empezar. Esos nervios que pellizcan el estómago y que obligan a pensar demasiado. Aunque pensar demasiado signifique dejar que el vértigo te invada y te plantees renunciar a aquello por lo que tanto has luchado.



CAPÍTULO 4

Fichaje estrella

INÉS

He llegado cinco minutos antes. Siempre me gusta anticiparme, regalarme ese pequeño margen en el que respirar, observar y aterrizar en el lugar. La sucursal de la editorial Rubor está en pleno Madrid, en una de las calles más bulliciosas de la ciudad. Las oficinas ocupan la primera y segunda planta de un edificio con encanto antiguo, roto únicamente por los comercios modernos que lo rodean.

Cuando decido entrar, saludo al conserje y me dirijo hacia el ascensor. Tamara me espera en recepción con su sonrisa habitual: esa mezcla perfecta de calidez y sencillez que siempre la ha definido. Se acerca con un gesto acogedor brillándole en los ojos y, sin más, me ofrece un abrazo breve.

—Gracias por venir tan temprano.

—Gracias a vosotras por pensar en mí —respondo con sinceridad.

Una de las cosas que me llamó la atención de Rubor cuando contactaron conmigo la primera vez, fue que todas las personas que trabajan aquí, son mujeres. Es una editorial que apuesta por la imagen femenina, por dar fuerza y un lugar a las mujeres, por poner en alza la literatura lésbica.

Me guía por el pasillo principal. Las paredes están decoradas con portadas de novelas de las autoras más importantes de la editorial.

Reconozco a algunas autoras; otras me resultan desconocidas. Todas han hecho ruido en un mundo que a menudo intenta silenciarlas.

El despacho de Tamara es amplio, sobrio y luminoso. Una mesa de madera clara, estanterías repletas de libros y una pizarra blanca cubierta de notas adhesivas de colores nos reciben. Me invita a sentarme mientras deposita una carpeta sobre la mesa.

—Bien —comienza, acomodándose frente a mí—. Vamos al grano. Queremos aprovechar el fenómeno que se ha creado alrededor de Eva García. Sabes bien cómo funcionan las redes: cuando algo explota, hay que saber utilizarlo. Eva lleva tiempo construyendo una comunidad que la adora y este año sacó una novela que ha tenido una acogida increíble.

—La verdad es que no había oído hablar demasiado de ella —comento—. Aunque esta mañana me tomé unos minutos para buscar información. Su última novela parece ser muy buena.

Tamara asiente, como si ya esperara esa respuesta.

—*Cuando el amor despierta* está vendiendo muchísimo. Lo curioso es que ella misma se ha ocupado de toda la promoción. Sin grandes recursos: solo con sus palabras, su voz y la conexión que mantiene con sus lectoras. Hay algo especial en ella, y queremos apostar fuerte.

—¿Fuerte cómo?

Tamara sonríe, se inclina hacia adelante y apoya los codos en la mesa.

—Queremos organizar una gira de presentación nacional y darle a Eva la oportunidad de acercarse a sus lectoras. No se trata solo de firmas de libros. Pensamos en algo mucho más cercano. Charlas, preguntas... la típica ronda de fotografías. Y para eso necesitamos a alguien con sensibilidad. Quedamos encantadas con el evento de Navidad.

Me muerdo el labio, recojo un mechón de pelo y ajusto mis gafas en un gesto nervioso. Lo que me plantea es mucho más de lo que esperaba, y no sé si estoy preparada para tanto.

—¿Ella está de acuerdo con todo esto?

—Todavía no lo sabe. Alba, su editora, tiene una cita con ella esta semana, pero creemos que le entusiasmará.

La puerta se abre de improviso. Una mujer, con una taza de café en la mano y el pelo recogido en un moño algo despeinado, entra en el despacho. Al vernos reunidas, se detiene de inmediato.

—Perdón —dice sin perder la sonrisa—. No quería interrumpir, solo pasaba a saludar.

—Justo hablábamos de ti —responde Tamara, mirándome—. Inés, te presento a Alba Martínez, editora. Alba, ella es Inés Martín, la persona que nos ayudará con la promoción de Eva.

Alba me estrecha la mano con firmeza.

—Encantada, Inés. Me alegra tenerte con nosotras. Estoy ilusionadísima con este proyecto.

—Gracias, igualmente. Tamara ya me estaba poniendo al día.

Alba se sienta en el borde del escritorio, sin formalidades.

—Eva es una escritora fuera de lo común. Tiene una voz… ¿cómo decirlo? —Mira al techo, buscando la palabra justa—. Desnuda. Hay algo muy honesto en lo que escribe. Te hace sentir que no lees solo una historia, sino también sus cicatrices. Y eso… eso no es sencillo de encontrar.

—¿La conoces en persona? —pregunto.

Alba niega con una leve sonrisa.

—De momento, solo por correo y por la docena de novelas que autopublicó antes de esta. Pero atrapa. Queremos darle el empujón que merece. Y no solo por lo que escribe, sino por lo que representa: una mujer lesbiana que no se esconde, escribiendo romances auténticos. Eso es necesario en este mundo.

Asiento en silencio, procesando sus palabras.

—¿Y qué esperáis exactamente de mí?

Tamara retoma la conversación:

—Queremos que formes parte de nuestro equipo. Como te dije queremos darla a conocer como persona, que sus lectoras puedan descubrir a la mujer que hay detrás de sus historias —insiste—. Y si todo va bien, podremos hablar en los próximos meses de una colaboración permanente.

«Permanente», pienso y respiro hondo. Lo que me proponen no es poca cosa, me llevará mucho tiempo y esfuerzo. Pero una parte de mí —esa que llevaba tiempo enmudecida y con ganas de hablar— me anima a decir que sí, a arriesgar, a entregarme.

—Acepto, siempre y cuando pueda trabajar directamente con Eva. No podemos organizar algo tan personal sin que ella participe y dé su visto bueno.

—Esta semana la pondré al corriente de lo que tenemos pensado y en cuanto sepa algo, te llamaré. Por el momento, te enviaré al correo una copia de la novela que publicó Eva. Así te vas haciendo una idea —comenta Alba.

—Perfecto. Entonces me marcho ya. Tengo que recoger el regalo de mi hijo y llenar mi casa de globos —añado mientras me pongo de pie —, o de lo contrario me lo recordará cada día.

—¿Cuántos cumple?

—Ocho —respondo con una sonrisa emocionada—. No os entretengo más. Ya me avisáis cuando sepáis algo de Eva, ¿de acuerdo?

Me despido de Tamara y Alba con un par de besos. Al salir a la calle respiro profundamente. Sé que lo que se avecina ocupará gran parte de mi tiempo, pero no quiero pensarlo ahora. Mi prioridad es una sola: conseguir que la fiesta de cumpleaños de Lucas sea inolvidable.



CAPÍTULO 5

La dulce realidad y el amargo pasado

INÉS

Última hora de la noche

Con los labios todavía manchados de chocolate y la casa convertida en un desastre, plagada de confetis, cargo a Lucas en brazos y lo llevo hasta su habitación. Ha tardado poco más de diez minutos en quedarse dormido en el sofá, vestido con su disfraz de dinosaurio con capa y con restos de pintura en la piel. Hoy pasamos de la ducha y de los cuentos.

Desde que volví a casa, casi a la hora de comer, no dejo de darle vueltas a todo lo que hablé con Tamara y Alba. Mientras Lucas apagaba las velas y todos coreaban el famoso cumpleaños feliz, mi mente se escapaba hacia el tiempo que tendré que invertir en el trabajo que la editorial me ha confiado. Organizar una gira de promoción y ser yo la que la supervise, me llevará a pasar días fuera de casa y, lo más importante, estar lejos de Lucas.

Nunca me he separado de él. Bueno, lo más exacto sería decir que nunca hemos pasado más de cuarenta y ocho horas lejos el uno del otro. Porque sí, él pasa fines de semana enteros en casa de su amigo Izan y no pasa nada. Pero esta vez no será él quien se vaya, sino yo. Y la idea de dejarlo con Fran, con la vuelta al cole, el cambio de profesor y todas esas rutinas, no es algo que me entusiasme. Aun así, sé que debo pensar en mí, en mi trabajo… en disfrutar de lo que hago y en sentirme

orgullosa de que hayan depositado tanta responsabilidad en mis manos.

—Mami… —susurra entre sueños cuando lo cubro con la colcha y acomodo su peluche favorito en sus brazos—. Te quiero…

—Y yo a ti, mi vida —respondo, dándole un beso en la frente—. Feliz cumpleaños…

Apago la lamparita y me quedo unos segundos junto a la puerta, observándole. Momentos como este justifican recorrer todo Madrid en busca de la decoración perfecta, volverse loca por conseguir el disfraz soñado o pelearse veinte veces con la cobertura de la tarta. Instantes dulces como este hacen que merezca la pena darlo todo y esforzarse por ser siempre un poco mejor.

Con el peso de haber sobrevivido a una tarde con más de diez niños corriendo por la casa, regreso al salón, me descalzo y me dejo caer en el sofá. Apenas he cenado, lo noto en el rugido repentino de mi estómago, así que cojo un bocadillo que había sobrado y que dejé en una bandeja en la mesa baja. El primer mordisco me sabe a gloria, el segundo calma el hambre y el tercero me arranca un suspiro.

De pronto, una notificación aparece en la pantalla del teléfono, con un email de Alba. Lo abro con curiosidad:

Hola Inés:

No me he olvidado. Te prometí que te pasaría una copia de la novela de Eva, así que aquí tienes el enlace para que puedas leerlo en tu dispositivo. Espero que lo disfrutes tanto como lo hemos hecho nosotras.

Muchas gracias por aceptar el trabajo. Las chicas y yo estamos encantadas de poder contar contigo.

Ya nos dirás qué te ha parecido.

Un abrazo,

Alba.

Sonrío, me levanto todavía con el bocadillo en una mano y busco mi lector electrónico para descargar el archivo. Se nota que la editorial quiere apostar fuerte por Eva. Basta con leer entre líneas para percibir la ilusión y las ganas que están poniendo en este proyecto.

Camino de nuevo hacia el sofá, atrapo otro bocadillo al paso y coloco junto a mí un bloc con un bolígrafo encima. Todas las escritoras dejan huellas de sí mismas en sus novelas y, si Alba tiene razón, descubriré mucho más de Eva entre sus páginas que en cualquier conversación directa con ella.

…

No sé cuántas horas han pasado desde que empecé a leer, pero ya llevo media novela y varias páginas llenas de anotaciones. Tengo los ojos cansados; las letras comienzan a emborronarse y eso es señal de que ha llegado la hora de dormir.

Dejo el lector sobre la mesita, me abrazo a una de las almohadas del sofá y permito que el silencio del salón me envuelva. No es la primera vez que duermo aquí, y sé que tampoco será la última. Durante el embarazo de Lucas apenas podía acostarme en la cama, así que aprendí a quedarme dormida en cualquier rincón.

En cuestión de segundos mi mente viaja, y regreso a otro salón. Uno más frío, sin nada que ver con el de ahora: el de la casa que compartía con Pablo. La luz entra a raudales por la ventana, en la encimera se amontonan platos sucios. Me tiemblan las manos mientras las apoyo sobre mi vientre. Lucas ya existía dentro de mí, aunque apenas se notaba entonces.

—No empieces —escupe Pablo, con esa frialdad suya que es capaz de cortar el aire—. Hoy no estoy para tus dramas.

Le ruego que se quede. No recuerdo con precisión qué palabras utilicé, pero me escucho a mí misma suplicar. Le pido que no se marche, que piense mejor las cosas, que ahora no es el momento, que vamos a ser padres. Pero él, gélido como siempre, se cruza de brazos, frunce el ceño y me lanza la frase que aún hoy me estremece:

—Tú te has montado esta película sola. Yo no quiero esto.

«Esto». Así llamaba a nuestro hijo.

Intento detenerlo, aferrarme a lo que alguna vez fuimos. Me siento diminuta, torpe, derrotada. El miedo a lo que ocurrirá si se va me oprime el pecho, y la vergüenza me ahoga en lágrimas. Lo peor no es que quiera marcharse; lo peor es que su actitud me hace creer que la culpa es mía, y que eso basta para abandonarme.

Lo observo recoger sus cosas, dirigirse hacia la puerta y abrirla sin volver la vista atrás. Y yo solo alcanzo a decir:

—Por favor, Pablo… por favor…

Y después, se escucha el portazo.

Me despierto con el corazón sacudido en mi pecho y un nudo espeso en la garganta. Me cuesta tragar, incluso respirar. Permanezco sentada en el sofá, me paso las manos por el pelo y suelto un suspiro exhausto. Todo está en calma. Lucas duerme en su habitación, y yo… yo estoy aquí. Viva. En paz. Sin Pablo.

No es la primera vez que sueño con ese instante. Por alguna razón, reaparece cada vez que estoy inquieta, estresada o agotada. Es como una herida que se abre de nuevo: sangra, escuece, arde. Una herida que me recuerda que, a pesar de los años transcurridos, todavía no he conseguido recomponerme del todo. Al menos en lo sentimental.

Después de lo que ocurrió con él, me resulta imposible creer que el destino guarde para mí una historia como la que Eva ha regalado a sus lectoras.

Si todo fuera tan sencillo… Si bastara con caminar por la calle, tropezar y enamorarse, quizá la vida resultaría más amable. Pero no es así. Las relaciones —no todas, aunque muchas— desgarran el alma y la dejan hecha jirones. Incluso te reblandecen, te minan la confianza y te convierten en alguien inseguro, incapaz de volver a soñar.

Y, aun así, en el fondo, sé que no he perdido del todo la capacidad de soñar. Quizás esté escondida, enterrada bajo capas de cansancio y

desconfianza, pero permanece ahí, como una chispa diminuta que se niega a apagarse. Tal vez algún día logre encontrar la manera de reconciliarme con esa parte de mí que aún quiere creer en lo inesperado, en lo bueno, en lo nuevo.

No obstante, por ahora me basta con lo que tengo. Lucas respira plácidamente en su cuarto, y ese sonido se ha convertido en mi ancla, en mi certeza más pura. No necesito pruebas más allá de él: es mi milagro, la razón para levantarme incluso en los días más grises.

A veces me pregunto si llegará el momento en que pueda abrirme a la posibilidad de amar y escribir un nuevo capítulo de mi historia. No lo sé. Quizá sí, quizá no. Lo que sí sé es que, pase lo que pase, ya no soy la misma a la que aquella noche Pablo cerró la puerta. Aprendí, con dolor, que sobrevivir es también una forma de victoria. Que protegerse, es una forma de amar.

Y mientras el sueño vuelve a ganar terreno, me aferro a esa idea. No necesito príncipes, ni princesas, ni finales de cuento; con mantenerme en pie, con seguir amando a mi hijo y con no dejar que las sombras del pasado me devoren, es más que suficiente.



CAPÍTULO 6

Con cara de sueño

EVA

Nunca se me ha dado bien hacer amigos. Me siento más cómoda en soledad, entre mis palabras, con una taza de té en una mano y un buen libro en la otra. Cuando me lancé a escribir, lo que peor llevaba era conectar con mis lectoras. Muchas compañeras hacían directos en Instagram, compartían su día a día en fotografías, disfrutaban de entrevistas en radios o podcasts. Yo era incapaz de hacerlo y, aunque sigo sin ser tan sociable como me gustaría, debo admitir que ya no me resulta tan imposible como antes.

Anoche recibí un correo de Alba, la editora de Rubor, para recordarme la cita que teníamos hoy. Llevo más de cinco minutos frente al edificio, con el corazón galopando en el pecho y la sensación de estar metida en un sueño extraño. La piel me pica de los nervios. He pasado la mañana dudando sobre mi ropa, y al final opté por algo sencillo: vaqueros oscuros, camisa blanca y zapatillas. Algo cómodo, neutro, que no grite lo insegura que me siento.

Ya en el ascensor, mi reflejo no me da respuestas. Mis ojos delatan el cansancio —no he pegado ojo en toda la noche—, mis cejas se fruncen y las uñas mordisqueadas revelan mi ansiedad. Carlos me repitió anoche que no tengo nada que perder, y sé que tiene razón. Pase lo que pase aquí, yo voy a seguir escribiendo y compartiendo mis historias con quienes creen en ellas.

En la segunda planta, la recepcionista me sonríe y me pregunta si tengo cita. Asiento, le digo mi nombre, hace una llamada rápida y me pide que espere.

Mientras me siento en un sofá, intento no pensar demasiado. Es inútil. Me siento como una intrusa en un lugar al que no pertenezco. Incluso tengo miedo.

De pronto, una puerta se abre y aparece una mujer. No la reconozco de inmediato, pero cuando sonríe, sé que es Alba.

—Eva —me saluda, tendiéndome la mano con calidez—. Qué gusto conocerte por fin.

Su voz suena igual que en sus correos: clara, directa, sin adornos.

—El gusto es mío —acierto a responder, con un hilo de voz que parece no pertenecerme.

Me guía por un pasillo hasta una sala pequeña de reuniones. Tiene una mesa de madera clara, varias sillas, una cafetera en una esquina y estantes llenos de libros. No transmite frialdad ni rigidez corporativa. Es un espacio acogedor, casi pensado para escritoras que dudan tanto de sí mismas como yo.

—¿Un café? —me ofrece.

Asiento sin pensarlo demasiado. Nos sentamos frente a frente. Alba se sirve primero y luego me tiende una taza. Sus movimientos son tranquilos, casi medidos, como si supiera que estos segundos en silencio me ayudarán a calmar los latidos frenéticos de mi corazón.

—Gracias por venir —dice al fin, acomodándose en la silla—. Al principio pensé en hacer una videollamada, pero creí que esta conversación merecía hacerse en persona. Quería que conocieras nuestro espacio y también quiénes somos.

—No te preocupes… —murmuro, removiéndome en la silla, incómoda todavía—. Si te soy sincera, aún no termino de creerme que esto me esté pasando.

Alba sonríe con complicidad.

—¿Y por qué no? No me digas que es porque tus historias no valen.

Sus ojos me observan con atención, como si viera en mí algo que yo desconozco.

—Porque… —Me encojo de hombros—, llevo años escribiendo sin pensar en publicar con una editorial. Y ahora estoy aquí, frente a ti, sabiendo que os habéis fijado en mí gracias a mi última novela. No sé cómo reaccionar a todo esto.

—Con honestidad. Y ya lo estás haciendo al confesar tu incomodidad.

Se produce un silencio breve, pero nada extraño. Alba rodea su taza con las manos y se inclina un poco hacia la mesa.

—He leído muchísimas historias de amor en mi vida —comienza —, pero pocas me han tocado como lo hizo *Cuando el amor despierta*. No solo por cómo está escrita, sino por lo que transmite. No hay artificios. Hay emoción pura, real. Es como si hubieses dejado una parte de ti en cada página.

No sé qué contestar. Me siento feliz, agradecida, orgullosa… y al mismo tiempo me muerdo el labio y bajo la mirada.

—A veces pienso que escribir novelas es lo único que hago bien.

—Quizá porque no finges. Y eso es lo que te hace diferente. Lo que hace que queramos apostar por ti.

La palabra apostar retumba en mi cabeza. Llevo semanas incapaz de transformar mis emociones en frases, llena de ideas que se me resisten. No sé si mandar al diablo el manuscrito o seguir luchando con él.

—¿Y qué esperáis exactamente de mí? —pregunto, dejando que la duda que me persigue desde hace días salga por fin.

Alba se recuesta en la silla, como si la pregunta fuese la más lógica.

—Queremos que lo que ha ocurrido con tu última novela no sea un destello aislado, sino el inicio de algo mayor. Queremos darte un lugar dentro del catálogo de Rubor, acompañarte en tu siguiente proyecto y organizar una gira de presentación que te acerque más a tus lectoras. Pero no hablamos de una gira convencional… Queremos que sea algo vivo, auténtico. Como tú.

Trago saliva. Pienso en mis lectoras, en la historia que tengo atascada. Si firmo con Rubor tendré que comprometerme no solo a terminarla, sino a escribir muchas más. Y me aterra que la presión aumente mi bloqueo. Pero, al mismo tiempo, siento un fuego nuevo: la ilusión.

—No sé si sabré estar a la altura.

—No tienes que estar a ninguna altura. Solo tienes que ser tú. Lo demás lo construiremos juntas, paso a paso.

«Juntas». La palabra me acaricia, me da paz.

—¿Coordinarás todo tú? —pregunto con cautela.

—No. Hemos contratado a una especialista: Inés Martín. ¿Te suena?

—La verdad es que no.

—Trabajó con nosotras en otros eventos durante Navidad. Tiene una sensibilidad especial y creemos que os vais a entender. Ella ya conoce lo que tenemos en mente.

Asiento, sin encontrar una respuesta concreta.

—Lo único que me gustaría es centrarlo todo en mis lectoras —digo, pensativa—. Ellas me han acompañado desde que dejé los *fanfics* y me lancé de lleno a la escritura profesional. Creo que se merecen disfrutar de esto tanto como yo.

—Y tú también —me recuerda con firmeza.

—Ya… —susurro— sigo pensando que esto es un sueño y que en cualquier momento me voy a despertar.

—Quizá lo sea, pero es un sueño que apenas empieza.



CAPÍTULO 7

Hay que celebrar todo lo bueno

EVA

Unas horas más tarde

Llevo el contrato apretado contra el pecho como si custodiara un tesoro. Uno que encierra todo con lo que alguna vez soñé y que, al mismo tiempo, me asusta ver hecho realidad. Mi corazón late distinto desde que salí de las oficinas de Rubor y decidí caminar para aclarar la mente. Late más deprisa, más fuerte, con un ritmo nuevo, como si supiera que, en cuanto firme, mi vida va a cambiar para siempre.

Madrid me resulta abrumadora a mediodía. La ciudad se mueve con un pulso constante, ruidoso, con ese olor que mezcla tráfico y comida escapándose de bares y restaurantes. Yo avanzo sin saber si camino, floto o tiemblo; quizá hago las tres cosas a la vez. Todavía no termino de creerme que lleve entre las manos un contrato que puede transformar por completo mi carrera. Algo que, si todo sale bien, puede convertirme en una autora reconocida.

Hace apenas unos minutos le escribí a Carlos para quedar a comer en un barecito cercano. Necesito verle, que me abrace, que me mire a los ojos y me diga que todo va a salir bien. Que me pellizque si hace falta y me obligue a aceptar que la editorial Rubor, una de las más potentes de España, me ha elegido a mí por encima de tantas otras escritoras que llenan las plataformas con talento y belleza.

Doblo la esquina y me encuentro con el bar. El bullicio, las conversaciones superpuestas y el inconfundible aroma de la fritura de marisco me golpean de golpe. El estómago se me abre y recuerdo que llevo desde anoche sin probar bocado.

—Hola, ¿qué te pongo? —pregunta un camarero en cuanto me acomodo en una mesa.

—Una caña y… —dudo apenas unos segundos—. Ponme un pincho de tortilla.

El camarero desaparece entre las mesas y yo dejo que el peso de la reunión con Alba caiga por fin sobre mis hombros. Sigo convencida de que todo esto es una locura. Me repito que no estaré a la altura, que en cuanto les muestre los primeros capítulos me dirán que lo que tengo no sirve, que esperaban más de mí y que lo que ofrezco no alcanza ni la mitad de lo que desean.

Carlos aparece, me localiza enseguida y llega hasta mí casi corriendo. Me planta dos besos en las mejillas y, con su voz atropellada, dispara:

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está la urgencia? ¿Estás bien?

No sé por dónde empezar, así que simplemente le tiendo el contrato con el corazón encogido. Agradezco al camarero cuando deja la cerveza y la tortilla en la mesa, y le pido lo mismo para Carlos. Él hojea el documento con la misma seriedad con la que suele leer mis manuscritos antes que nadie. Pasa las páginas en silencio, y con cada una que revisa, mi ansiedad crece.

—Es un contrato sólido y muy profesional —dictamina al fin, sin levantar del todo la vista—. Nada de letra pequeña, todo claro y transparente. Han apostado fuerte por ti, Eva.

—Lo sé… —murmuro, dando un trago largo a la cerveza—, pero ¿y si no soy capaz de cumplir con lo que esperan de mí?

—¿En serio me preguntas eso? —ironiza, arqueando una ceja—. Llevas años dedicada a esto. Un bloqueo no significa que estés acabada.

Además, todo esto viene por culpa de Elena, y a esa… cuanto antes la saques de dentro, mejor.

Suspiro. Me paso una mano por el pelo y alzo la vista hacia los árboles que cubren el cielo sobre nuestras cabezas. Observo cómo se mueven las hojas, lentas, suaves, mientras unos gorriones juguetean entre las ramas, ajenos a todo.

—Tengo miedo —confieso—. Miedo de no estar a la altura. Ahora mismo me siento vacía, como si las palabras se me hubieran agotado. Temo escribir cualquier cosa y que no valga nada. ¿Sabes lo que supondría eso?

Carlos deja el contrato sobre la mesa, se inclina hacia mí y me mira con esa firmeza suya que siempre consigue desarmarme.

—Eva, tus lectoras te quieren porque no escribes solo con las manos. Escribes con el corazón, con la piel, con las cicatrices y los sueños. Lo das todo en cada línea. Y lo sabes. Solo tienes que dejar de empeñarte en que el amor sea siempre color de rosa y atreverte a mostrar lo que de verdad estás sintiendo ahora.

—Si comienzo una novela romántica con un desastre sentimental, quizá no venda mucho —bromeo antes de soltar una risita nerviosa—, pero entiendo lo que quieres decir. El amor también duele, ¿no?

—Precisamente. Y si la editorial ha querido apostar por ti, es porque han visto más allá de tus historias. Porque creen en ti. Y te lo mereces. Después de años escribiendo para miles de mujeres que se han sentido acompañadas por tus palabras, te mereces que alguien apueste por ti de verdad. Incluso aunque tú aún no lo creas.

El nudo de nervios que llevaba dentro empieza a aflojarse. Me quedo en silencio un rato, saboreando con calma un trozo de tortilla que cojo con los dedos.

—Al menos me han dado hasta el lunes para decidir… —comento al fin.

Carlos suelta una carcajada.

—¿Me estás diciendo que todavía no lo tienes claro?

—Estoy cagada de miedo —admito, justo cuando el camarero llega con su caña y otro pincho—. Tanto que hasta me tiemblan las manos.

—Yo creo que sí sabes lo que quieres. Pero no todo lo que da miedo es malo. A veces, ese miedo es la señal de que estás a punto de llegar al lugar que siempre has merecido.

Asiento despacio. Me conozco lo suficiente como para saber que, en el fondo, ya tomé la decisión el mismo día en que recibí aquel correo de Alba. Solo necesito aceptarlo.

—Además —añade Carlos, guiñándome un ojo—, si no firmas, olvídate de recorrer España conociendo a tus lectoras y dando las gracias en persona. ¿No era eso lo que siempre has soñado?

—La verdad es que sí… —respondo con una sonrisa tímida.

—Pues entonces, firma ya. Y que yo lo vea.

Como si fuera él el propio representante de la editorial, abre el contrato por la primera página y señala con el dedo el lugar donde debo estampar mi firma. Vacilo apenas un par de segundos, pero después lo hago. Una, dos, tres veces. Cuando termino, algo dentro de mí se acomoda.

—Aún no me lo creo… —susurro.

—¡Pues créetelo! Porque dentro de nada vas a tener la muñeca dolorida de tanto firmar ejemplares —exclama con teatralidad.

Los dos reímos.

Quizá no esté en mi mejor momento. Tal vez no me sienta preparada. Pero la realidad es que nunca lo he estado. Porque cuando una empieza a escribir sabe que le espera un camino largo y solitario, lleno de dudas. Lo que nunca imagina es que al final de esa senda puedan esperarla luces, oportunidades y sueños cumplidos.



CAPÍTULO 8

Empezando con el proyecto

INÉS

Cuando atravieso la puerta del edificio y entro en el ascensor son las once de la mañana. Llego con más de veinte minutos de retraso, pero en mi defensa tengo una buena excusa. La vuelta al colegio de Lucas está siendo incluso más complicada que el año pasado: lo han cambiado de clase, tiene una profesora nueva y, hasta que se acostumbre a la rutina, creo que voy a perder la cabeza.

Al llegar a las oficinas noto el corazón acelerado, las mejillas encendidas por la carrera y la incomodidad de saberme tarde. La recepcionista, que ya me conoce, me dedica una sonrisa comprensiva y sigo el pasillo hasta chocar con Tamara.

—Lo siento de verdad, os juro que no podía hacer otra cosa —me disculpo mientras ella me rodea con un abrazo breve—. Mi hijo no quería entrar en clase y ha montado un escándalo. No entiendo la manía de cambiar a los niños de profesor cuando todavía están en primaria.

—No pasa nada —responde con serenidad—. No íbamos a empezar sin ti de todas formas.

—Menos mal… —añado, un poco más relajada.

Tamara me conduce hasta la sala y, al abrir la puerta, me sorprende ver más gente de la que esperaba.

—Te presento a Joana, la responsable de comunicación —indica, y ella me dedica un gesto cordial.

—Y ella es Natalia, la encargada de marketing —continúa. Natalia se levanta y me saluda con dos besos.

—Y a Alba ya la conoces.

—Sí —sonrío, mientras ella me sostiene la mirada un segundo antes de desviarla hacia la pizarra, cubierta de anotaciones: fechas, ciudades, entrevistas, campañas…

—Bueno, ¿por dónde empezamos?

Tamara me invita a sentarme y me acomodo entre Joana y Natalia.

—Esta reunión es para situarnos todos, para saber dónde estamos y hacia dónde queremos ir. Lo primero, y lo más importante… —Hace una pausa y lanza a Alba una sonrisa cómplice—, es que Eva ya ha firmado el contrato. A partir de hoy forma parte de nuestra casa.

La noticia resuena en la sala con una energía especial. Siento un cosquilleo en el estómago; sé que este es un paso enorme, que a partir de aquí todo va a avanzar deprisa y que debemos enfocar bien la campaña para que salga como esperamos.

—Así que podemos trabajar con total libertad —prosigue Tamara —. La idea es arrancar a finales de octubre. Hasta entonces debemos preparar el terreno con el material que Eva vaya enviándonos: redes sociales, pequeñas entrevistas, contenido que gire en torno a ella, a su estilo y a sus historias. Hay que generar expectativa sin sobreexponerla demasiado.

—Yo le he dicho que ya puede hablar de nosotros con sus lectoras, así que la noticia no tardará mucho en darse a conocer.

Natalia levanta la mano, con la libreta preparada.

—He pensado en empezar con una serie de imágenes con frases suyas y retratos en blanco y negro. Algo íntimo, sugerente, que hable de ella sin mostrarla por completo.

Alba asiente con convicción.

—Me gusta. Además, Eva no es muy fan de mostrarse demasiado —explica—. En nuestra reunión me dejó claro que le produce ansiedad la exposición. Así que tendremos que cuidar mucho ese aspecto para que no se sienta sobrepasada.

—De acuerdo —interviene Joana, seria.

—Supongo que Eva tendrá que estar conforme con todo —añado yo, casi pensando en voz alta.

Tamara me mira directamente.

—Nos reuniremos con ella la próxima semana para iniciar la parte creativa. Lo esencial es que se sienta cómoda con lo que propongamos —dice—. Y ahí es donde tú, Inés, vas a ser fundamental.

Todos giran la cabeza hacia mí y Tamara continúa:

—Queremos que Eva no solo apruebe cada paso, sino que también sienta que no está sola. Tendrá a Alba como editora, pero tú serás su enlace directo: la persona a la que acudirá, quien la escuche y le ofrezca apoyo, tanto en lo profesional como en lo personal.

La responsabilidad es grande, lo sé. Pero tampoco es la primera vez que me toca acompañar a alguien en un proceso tan cargado de emociones. No es sencillo, aunque tampoco imposible. Todo consiste en crear un vínculo sólido y mantenerlo.

—Estoy aquí para eso —respondo con firmeza—. Me tendrá siempre que lo necesite. Pondré todo de mi parte.

—Lo sabemos —añade Alba—. De hecho, he quedado con Eva a final de semana para tener una primera sesión con ella. Quiero que conozca lo que tenemos en mente y que empiece a contarnos sus ideas. Me encantaría que tú también estuvieras. Será algo informal, solo para romper el hielo.

—Por mí perfecto —acepto—. Dime la hora y aquí estaré.

—¿Te viene bien el sábado a las diez?

—Me viene de maravilla —respondo mientras abro la agenda y lo anoto—. Incluso podríamos organizar un *brunch*. Así será más cercano que sentarnos aquí en una reunión al uso, ¿no crees?

—Me parece una idea fantástica —secunda Alba.

—Entonces quedamos así.

Joana recoge sus cosas con rapidez y se despide casi sin palabras, como si tuviera prisa o como si ya hubiera dicho todo lo que necesitaba. Nos quedamos Tamara, Natalia, Alba y yo afinando algunos detalles más. Mientras ellas hablan, no puedo evitar que mi mente vuele hacia Eva. Me pregunto cómo será en persona, si tendrá algo que ver con la voz que encuentro en sus páginas, con esa escritora que parece desnudarse en cada línea.

Y no puedo esperar más para descubrirlo.



CAPÍTULO 9

Las palabras con alma

INÉS

Unas horas más tarde

El sonido del rotulador sobre el papel es lo único que se escucha en ese instante. Tamara ha dibujado un croquis en la pizarra blanca, plagado de fechas, posibles ciudades, actividades, entrevistas... Natalia anota varias sugerencias en su libreta y todo fluye como si el proyecto llevara semanas en marcha y no apenas una hora desde que nos sentamos aquí.

En mi caso, no dejo de pensar en Eva y en lo que necesitará. Esto es algo enorme y, teniendo en cuenta que hasta ahora apenas se ha mostrado más allá de sus redes sociales, debo prepararme para cualquier reacción. Alba ya ha insinuado que no es precisamente una persona extrovertida, así que tendré que poner atención a los pequeños detalles.

De pronto, Alba se levanta de la silla, se estira con desgana y, sin previo aviso, lanza una pregunta al aire:

—Inés… ¿ya has leído *Cuando el amor despierta*?

Asiento despacio.

—Sí. La terminé hace dos noches.

Alba me observa con un gesto leve de aprobación, aunque guarda silencio. En cambio, Tamara me clava la mirada como si aguardara algo más de mí. No una opinión superficial, sino algo de fondo.

Dejo el bolígrafo sobre la mesa, tomo aire y me lanzo:

—Es una de esas novelas que se te cuelan dentro sin pedir permiso. No solo es ágil de leer, sino que se incrusta en ti. Cada frase parece estar colocada justo donde debe, con un cuidado íntimo, casi artesanal. Y la manera en que Eva describe los lugares, las emociones… creo que acabé subrayando cada página. No solo por lo que cuenta, sino por cómo lo cuenta.

La sala guarda silencio. Todas me escuchan y por un instante me olvido de que estamos en una oficina: es como si estuviéramos en un club de lectura.

—Tiene ese don de envolverte con lo sencillo —prosigo—. No necesita grandes giros ni artificios. Te coge de la mano y te conduce, y cuando te das cuenta ya formas parte de su universo. Como si fueras la protagonista de su propia historia.

Vuelvo a mirar el mapa improvisado que Tamara ha dibujado en la pizarra, y algo se enciende dentro de mí.

—Tenemos que crear algo tan sensible como lo es ella. Algo que no apague su voz, sino que la eleve. Que no distraiga, que no reste fuerza. Un proyecto que respire con ella.

El silencio vuelve a posarse en la sala, pero esta vez noto la sorpresa en sus rostros. No esperaban quizá que hablara con tanta implicación.

—¿Y qué propones? —pregunta Tamara con interés.

Me acomodo en la silla, pensativa.

—Necesito darle forma todavía, pero sé que el amor debe estar en el centro. Que las lectoras no solo la escuchen, sino que la sientan. Hay que cuidar los espacios, la decoración, cada detalle. Que cada evento sea como abrir una página de su mundo. Tiene que ser único, inolvidable.

—¿Y si planteamos algo sensorial? —propone Natalia, alzando la voz—. Que cada encuentro refleje el tono de la novela. Que las lectoras no se lleven únicamente una firma o una foto, sino la experiencia de haber entrado en su historia.

—Exacto —digo, entusiasmada—. Que no parezca una firma corriente, sino que por un rato sientan que pisan su universo.

—Ahora que lo mencionáis, tengo que preguntarle cómo lleva la nueva historia —añade Alba, pensativa—. Me comentó que tenía algo entre manos, pero no concretó demasiado.

—Si es tan buena como la última, será una joya —responde Natalia.

—Eva necesita que el proyecto sea auténtico, que lleve su sello —añado—. Solo así se sentirá cómoda.

Tamara retoma el rotulador y traza nuevas líneas en la pizarra.

—Entonces lo haremos así: íntimo, cálido, envolvente. Y tú, Inés, te encargarás de que cada espacio tenga su esencia. Que cada persona que acuda perciba que no está delante de una autora más, sino de alguien que escribe con el corazón abierto.

—Me parece perfecto —respondo convencida.

Poco a poco, todo empieza a encajar. Y mientras vuelvo a fijar la vista en la pizarra, me doy cuenta de que ya tenemos casi esbozado un proyecto. Falta lo más importante: conocer la historia que Eva traerá a Rubor. Pero lo que hoy ha nacido aquí ya palpita como algo vivo, listo para crecer con ella.



CAPÍTULO 10

Sorpresas llenas de magia

EVA

La luz de la mañana entra por las cortinas del salón y baña con un resplandor suave el escritorio donde he colocado el portátil y el móvil. He movido la mesa hasta situarla en la parte más bonita de mi apartamento, he puesto una planta detrás de mí y he encendido una vela de vainilla para dar calidez al ambiente. Después de mi reunión con la editorial ha llegado el momento de dejar de ser invisible, y no quiero que el directo de hoy dé la impresión de algo improvisado. Deseo que mis lectoras sientan que están conmigo, como si compartiéramos un café en casa.

Son muchas las cosas que me ocurren últimamente, y noto la presión de los nervios en el pecho. El corazón me late más deprisa de lo habitual, como si fuera a enfrentarme a alguien desconocido, cuando en realidad me dispongo a hablar con ellas, con mis chicas. A un lado tengo mi taza favorita, llena de café, y algunas gominolas que ocultan un cuaderno con notas —por si acaso me quedo en blanco—. Pero sé que, al final, lo que tengo que contar lo llevo ya muy dentro.

Tras conocer a Alba y firmar mi contrato con la editorial, ha comenzado un nuevo capítulo de mi vida, y no puedo abrirlo si no es con ellas.

—Bien, vamos allá —susurro, y toco la pantalla del móvil.

La notificación de «en vivo» aparece, y en pocos segundos empiezan a sumarse nombres, iconos, corazones que ascienden como burbujas en la pantalla. Reconozco a varias lectoras habituales; muchas me acompañan desde mis primeras novelas cortas, cuando apenas tenía seguidores y comenzaba en este mundo sin saber muy bien cómo funcionaba. Me emociona verlas aquí, presentes, como amigas que han crecido conmigo, que me han sostenido la mano y puesto colchones cuando los bajones existenciales me dejaban sin fuerzas para continuar.

Decido escribirles en el chat, responder a algunas preguntas y bromear un poco para aliviar la tensión. Al menos hasta que aparece Samia, la *bookstagrammer* que hoy me entrevistará. Su rostro se muestra en la pantalla, enmarcado por el estante de libros que siempre tiene detrás, y me sonríe con la calidez de quien celebra algo especial.

—¡Eva! —exclama con entusiasmo—. Qué alegría tenerte aquí. Llevaba muchísimo tiempo deseando charlar contigo.

—La alegría es mía, Samia. Gracias por invitarme.

—Creo que somos nosotras las agradecidas —responde mientras ajusta la cámara—. Porque siempre has compartido con sinceridad tus procesos, tus dudas, tus pequeños triunfos, incluso tus caídas… Y hoy tengo la sensación de que hay algo grande que vas a contarnos.

—¡Pero bueno! ¿Acaso eres pitonisa? —bromeo, y dejo escapar una risilla.

El chat se llena de mensajes que pasan tan deprisa que no alcanzo a leerlos todos. Aun así, me reconforta la energía que transmiten, y eso me anima a seguir.

La entrevista comienza con preguntas sobre mis rutinas de escritura, mis lecturas favoritas del momento, cómo organizo mi tiempo para abarcarlo todo. Le hablo a Samia de mis bloqueos, de mis arranques de escritura a las tantas de la madrugada, del silencio que necesito cuando escribo y de cómo una vez por semana me voy a un parque, me siento y dejo que las conversaciones ajenas me inspiren. Y, mientras lo cuento, me sorprendo disfrutando de la serenidad con la que todo fluye.

Llevo semanas bloqueada justo en el punto álgido de la historia; Clara y Daniela, mis protagonistas, no logran encontrarse y reconocerse, y yo no consigo que lo hagan.

—Te noto feliz —comenta Samia de repente, con esa franqueza que la caracteriza—. Imagino que estarás contentísima por el éxito de tu última novela. Pero te noto distinta, como si hubiese algo que te hace sonreír más de lo habitual.

La pregunta me pilla desprevenida. Carlos, mi mejor amigo, siempre me recuerda que mi cara es el espejo de mi alma, pero no esperaba que se me notase tanto. Durante un segundo me quedo callada, como si el aire se me hubiese quedado atascado en los pulmones, y después me encojo de hombros con gesto tranquilo.

—Supongo que… —Bajo un poco la mirada, consciente de que miles de ojos me observan desde el otro lado— …es porque están llegando a mi vida cosas buenas. Y porque soy feliz de poder compartirlas con todas vosotras.

El chat explota en corazones y comentarios que me arrancan una sonrisa: «Te mereces todo lo bonito que te ocurra», «Se nota que estás feliz, ¿estás enamorada?», «Esa sonrisa lo dice todo», «¡Cuéntanos qué pasa!».

—Eso nos lleva a la siguiente pregunta —continúa Samia, con una chispa de complicidad en los ojos—. ¿Qué proyecto tienes entre manos? Sabemos que sueles llevar varios a la vez, pero… ¿con qué nos sorprenderás en un futuro próximo?

Respiro hondo. Hablar de una novela a medio escribir siempre resulta difícil, sobre todo porque ni yo misma sé aún el desenlace ni cómo se desarrollará la historia. Pero intento que no se me note la duda, y mucho menos el bloqueo.

—Pues… —respondo despacio, disfrutando de la expectación—, estoy trabajando en algo muy especial que hasta ahora había guardado solo para mí. Ya sabéis cómo son estas cosas, una no debe ilusionarse antes de estar segura del todo, pero… mi próxima novela no la voy a publicar yo.

Samia abre mucho los ojos, incrédula, y el chat se desborda en preguntas y emojis.

—¿En serio? —exclama—. ¡Eva, eso es increíble!

Asiento, sintiendo cómo se me humedecen los ojos.

—Sí. La editorial Rubor ha confiado en mí, y muy pronto podré compartir mi nueva novela con todas vosotras.

Los mensajes no cesan: «Orgullo máximo», «¡Lo sabía!», «Por fin alguien reconoce tu talento». Leo algunos en voz alta, entre risas entrecortadas y lágrimas que intento contener. Es un momento emocionante para mí, y también para ellas.

—No imagináis lo que significa para mí poder compartir este instante con vosotras —añado con el corazón latiendo con fuerza—. Porque detrás de cada página están vuestras voces, vuestros mensajes, vuestra confianza. Vosotras me habéis acompañado incluso cuando yo misma dudaba. Y por eso, esta novela, este nuevo logro, también os pertenece un poco.

Samia guarda silencio unos segundos, conmovida.

—Eva, estoy segura de que acabas de hacer llorar a más de una persona aquí. Yo incluida.

Reímos las dos, y la risa aligera la emoción. Yo aprovecho para darle un par de sorbos al café mientras la entrevista prosigue. Hablamos de anécdotas, de consejos para nuevas escritoras, de próximas firmas de libros, y, mientras tanto, sigo con el pecho rebosante de emociones. Al despedirnos, agradezco una y otra vez la compañía, los mensajes y la complicidad de tantas lectoras que han creído en mí.

Y cuando por fin cierro el directo, permanezco un rato en silencio, mirando la pantalla apagada. El salón vuelve a estar en calma, impregnado del aroma a café y de la luz cálida de la mañana. Apoyo la frente en las manos y sonrío sola, dejando que las lágrimas que no derramé durante el directo caigan ahora.

Hoy, más que nunca, siento que de verdad estoy alcanzando mis sueños, aunque para ello… deba encontrar la inspiración y continuar con la novela cuanto antes.



CAPÍTULO 11

Escribir y disfrutar

EVA

La fachada sencilla y minimalista de Delfina Serrano me recibe con esa mezcla de grises y azules elegantes que transmiten sobriedad y calma. La terraza exterior está llena, y no me extraña: es uno de los lugares más atractivos de la zona. Me detengo unos segundos antes de entrar, observo mi reflejo en el cristal de la puerta y respiro hondo. Sigo nerviosa, aunque ya no tengo la ansiedad de la última vez.

Cuando me acerco, la puerta se abre para mí y me envuelve una elegancia a la que no estoy acostumbrada. El suelo en blanco y negro, las paredes, la decoración… todo parece sacado de una revista. Creo que soy la única que viste con vaqueros y me encojo un poco en mí misma mientras busco a Alba con la mirada.

La encuentro en una mesa del fondo, con el pelo suelto y un cuaderno abierto frente a ella. Me ve justo cuando empiezo a caminar y me sonríe con la misma calidez que me regaló la vez pasada.

—Hola —saludo, inclinándome para darle dos besos—. Espero que no lleves mucho tiempo esperando. Odio no ser puntual.

—Tranquila —responde, señalando lo que tiene delante—. Llegas a tiempo. Solo he salido antes de la oficina para repasar algunas cosas. Pero dime… —hace una pausa—, ¿cómo estás?

Me siento frente a ella, apoyo el bolso en la silla libre y observo el entorno. El lugar resulta más cálido de lo que esperaba, y pese a la elegancia, me invita a que baje la guardia.

—Me siento bien… —respondo con cierta duda—. Aunque sigo nerviosa. Un poquito —confieso con sinceridad—. Pero mucho mejor. Creo que necesitaba unos días para asimilarlo.

—Es lo normal. Son emociones muy intensas, pero… —Alba me guiña un ojo—. Ya eres una de las autoras de Rubor y te prometo que vamos a hacer maravillas. Si nos dejas, claro.

—Ahora ya estoy en vuestras manos. Y sé que, si me habéis buscado, es por algo.

—Eso no lo dudes. Eres muy especial. Todas lo creemos —añade —. Incluso Inés, que fue la última en incorporarse. Fue ella quien tuvo la idea de que nos viéramos hoy aquí.

Mi cuerpo se tensa, aunque no sé por qué. Ya es la segunda vez que Alba menciona a Inés y, de nuevo, despierta en mí una curiosidad que no puedo obviar. Según Alba, Inés tiene una sensibilidad que me gustará, con la que conectaremos bien. Pero es imposible saberlo sin conocernos.

—¿Va a venir hoy? —pregunto, fingiendo naturalidad, mientras hojeo la carta para distraerme y que no se me note en la cara lo que siento.

—Sí. La idea es que os conozcáis hoy. Solo para charlar, intercambiar ideas…, comprobar si las cosas encajan y si te sientes cómoda a su lado.

Siento la boca seca de repente y necesito beber algo. Alba lo percibe y sonríe.

—¿Pedimos mientras llega?

Asiento, agradecida por el cambio de tema. Ella levanta la mano y un camarero acude enseguida. Yo pido un zumo de naranja natural; ella, un café bien cargado.

Mientras esperamos, Alba me pregunta por la nueva historia que estoy escribiendo. Y lo cierto es que todo lo que digo son verdades a medias. Aún no consigo que las protagonistas de la historia encuentren el momento perfecto para encontrarse. Estoy en esa etapa en la que el bloqueo consume cada hora frente al ordenador, y la preocupación empieza a instalarse en mí.

—¿Y ya tienes título? —pregunta con interés.

—Soy de las que antes de empezar a escribir, tiene eso y la ubicación —respondo con una pequeña risa—. «Mi gran historia de amor».

Alba abre los ojos con cierta sorpresa y luego suaviza el gesto.

—Sí, sé que suena íntimo y personal. Cuando lo anuncié en Instagram, mis lectoras empezaron a preguntarme si se basaba en una historia real. No supe cómo decirles que no.

Alba suelta una carcajada ligera y se recuesta en la silla.

—A veces las lectoras son intensas, sí. Pero eso no significa que no debas escucharlas —advierte con una ceja arqueada—. Todas queremos saber más de nuestra autora favorita. Si lo que escribe son experiencias reales, si se ha inspirado en alguien… Eso nos hace soñar, nos ayuda a mantener la esperanza de que quizás, algún día, también podamos enamorarnos así.

El camarero se acerca y, en esos segundos, me da tiempo a respirar, a ordenar mis pensamientos. Tiene razón, ninguna historia es del todo ficticia. Siempre hay sentimientos, recuerdos, sensaciones, experiencias. Todos los escritores dejamos algo de nosotros en cada página. Yo, con mi mala suerte en el amor, deposito en ellas la esperanza y los sueños.

—¿Y quién no sueña con enamorarse? —murmuro, más para mí misma que para ella.

—Creo que todos anhelamos, al menos una vez en la vida, que alguien nos mire como si fuéramos eternos —responde Alba con un matiz soñador en la voz—. Pero bueno, volviendo a lo que decías de tus

lectoras, déjalo en nuestras manos. El equipo se ocupará de que esperen con ansias tu nueva novela. Tú solo preocúpate de escribir y disfrutar.

«Escribir», pienso, y necesito ahogar esa palabra en un sorbo de zumo.

La ilusión que brilla en los ojos de Alba me provoca miedo. Tengo que desbloquearme, escribir como si no hubiera un mañana, soltar la imaginación y dejar de perder el tiempo. Si no lo hago, este proyecto y mi futuro en Rubor pueden venirse abajo. Y no puedo permitírmelo. No ahora, cuando tanta gente confía en mí.



CAPÍTULO 12

Hay personas que te alteran (o te despiertan)

EVA

No sé cuánto tiempo llevamos aquí, pero además del zumo tengo un bagel de salmón ahumado a medio comer. No podía permitir que los rugidos de mi estómago alertasen a todo el local, y mucho menos morirme de vergüenza. Alba no ha dejado de hablarme de las ciudades que tienen en mente visitar; yo he añadido un par y le he pedido que, por favor, la última sea en casa: en Valencia. Sé que allí tengo muchas lectoras y me ilusiona compartir con ellas un rato especial.

Inés sigue sin aparecer. Y cada minuto que pasa, mi inquietud crece. No es que me disguste la compañía de Alba, pero mi curiosidad se ha convertido en un runrún constante que me descoloca. No quiero regresar a casa cargando con esa incógnita dentro.

—Mira, ahí está.

La puerta se abre y todo en mí se detiene. Trago saliva y, al girarme, la reconozco. No sé cómo, pero lo hago. Quizá sea instinto, o quizá las ganas de que Inés se parezca a ese bombón de pelo oscuro en cascada, ojos profundos y piel morena que he imaginado. Lo único cierto es que ella recorre la cafetería con la mirada y, cuando nos encuentra, siento un latigazo recorrerme bajo la piel.

Su piel tiene el tono cálido de una tarde de verano, y su cuerpo… Dios, menudo cuerpo. Parece esculpido en un lugar donde la geometría

no entiende de imperfecciones. Me siento ridícula por pensarlo, pero es inevitable. La belleza no siempre desarma; a veces hipnotiza. Y ella acaba de dejarme aturdida.

—Perdón por el retraso —se disculpa al llegar a la mesa—. Lucas me entretuvo y el tráfico está imposible.

Su voz es más grave de lo que imaginaba. No es áspera; es seria, firme, pero con un deje que te envuelve y se clava directo en el pecho. Me pongo de pie por instinto, intentando no parecer tan torpe como me siento. Le tiendo la mano y ella no duda. Su apretón es firme, cálido, real.

—Eva García —me presento, aunque sé que no hace falta.

—Inés. Encantada.

De pronto tira de mí y me regala dos besos acompañados por una sonrisa y un aroma a limón que me transporta a Italia. Sí, a Italia, a esos pueblos donde el limón lo impregna todo y el sol quema sobre la piel.

—Por fin os conocéis. —La voz de Alba me devuelve de golpe a la realidad y necesito pestañear para aterrizar de nuevo—. ¿Quieres que te pida algo, Inés?

Inés se sienta a mi lado, no justo pegada, pero lo bastante cerca como para que mi cuerpo se tense sin remedio.

—Estoy sedienta, así que uno de esos —dice, señalando mi zumo, el mismo que atrapo y bebo como si me fuera la vida en ello—. Eso y un café. No he podido desayunar y aún arrastro el sueño.

—¿A las doce del mediodía?

—Cuando eres madre soltera, el cuándo y el cómo te tomas el primer café del día deja de tener importancia —responde con naturalidad—. Mi hijo se ha despertado con ganas de contarme todo sobre su nueva profesora y…

—¿Cuántos años tiene? —interrumpo, con genuino interés.

—Ocho recién cumplidos.

Quiero añadir algo, pero no sé qué, así que me concentro en mi bagel y en Alba, que de repente abre su cuaderno y destapa la pluma.

—Bueno, chicas —comienza—, ya sabéis que esta reunión era para que os conocierais, pero también para pensar juntas en el desarrollo del proyecto, los tiempos… —deja la frase flotando—. Como sabes, Inés va a encargarse de organizarlo todo, Eva, pero también será tu punto de apoyo. Así que es fundamental que confíes en ella y que os entendáis. —Nos señala a ambas—. Todo lo que necesites, aunque te parezca una nimiedad, se lo pides y lo resolveremos. Yo también os acompañaré, pero ella es la que manda.

Inés no aparta la mirada de mí. Noto cómo me observa, cómo espera que diga algo, lo que sea. Saber que será ella quien me acompañe en cada paso, que estará a mi lado en todo momento, me altera. Pero es una profesional —Alba me lo advirtió—, así que solo sonrío.

—Me aseguraré de que todo salga según lo acordado, pero si surge algún imprevisto, estaré ahí para solucionarlo —explica Inés, apartando su melena hacia un hombro—. Solo te pido una cosa: que seas sincera conmigo, que no te cierres… —«¿Que no me cierre?», pienso, inquieta— …y que recuerdes siempre que lo primordial es que tú estés bien y disfrutes.

—Gracias… —musito, y mi voz suena más débil de lo que querría. El calor me abruma, los nervios me muerden, y antes de venirme abajo, me levanto con torpeza—. Voy al aseo, ahora vuelvo.

Sé que huir no es la mejor opción, pero es la única que tengo. Y que conozco.

Mientras camino, con las miradas de Alba e Inés clavadas en mi espalda, me pregunto si no me habré equivocado al firmar ese contrato. Y si de verdad seré capaz de seguir adelante sin defraudar a nadie.

Al llegar al aseo, me miro en el espejo durante unos segundos, intentando recomponerme. Me paso los dedos por el pelo, respiro hondo y trato de acallar el torbellino de emociones que me habita. No

debería estar tan nerviosa, pero Inés ha removido en mí algo que no esperaba.

«Vamos Eva, ¿desde cuando tienes 16 años?», me recrimino a mí misma apoyando las manos en el lavabo, cerrando los ojos. Me repito que Inés es parte del equipo. Que sí, es guapísima, pero tengo que controlar mis hormonas. No puedo dejarme dominar por la impulsividad de siempre. Aunque, esa parte de mí, la más intensa y romanticona, insiste en silencio.

Cuando regreso a la mesa, ambas me reciben con sonrisas —la de Alba, cómplice; la de Inés, serena, aunque con un ápice de curiosidad que no desaparece—. Me siento de nuevo y esta vez me esfuerzo en mantener la compostura.

—¿Todo bien? —pregunta Inés, ladeando la cabeza.

—Sí, sí. —La mentira sale ligera, casi convincente.

Alba retoma de nuevo la palabra. Aún no hay un programa detallado, pero yo asiento a todas las ideas que van surgiendo. Me sorprendo en más de una ocasión observando a Inés, guardando en mi memoria detalles, como la forma de sus manos, el gesto pausado con el que asiente, la seguridad que trasmite. Parece la clase de persona que no improvisa, aunque hay en ella una naturalidad que no solo atrapa.

Aunque eso no es lo que más me descoloca. Lo es sentir que algo se desordena dentro de mí cuando nuestras miradas se cruzan y hablan un lenguaje lleno de silencios y expresiones que me asusta tanto como me atrae.

Me obligo a poner atención en Alba y sus explicaciones, pero no puedo evitar pensar que, tal vez, este viaje que estoy a punto de emprender no solo tenga que ver con escribir, con libros y firmas. Tal vez haya algo más esperándome, aunque todavía no pueda —o no sepa — el qué.



CAPÍTULO 13

La protagonista de mi historia

EVA

Unas horas más tarde

No sé cuánto tiempo tardo en llegar a casa, pero cuando cierro la puerta y el silencio me recibe, consigo relajarme al instante. Dejo las llaves en el cuenco de cerámica que hay sobre el mueble de la entrada, me descalzo y abandono el bolso en el suelo sin cuidado. Estoy agotada. Pero no es ese cansancio físico que te empuja a tumbarte y dormir de inmediato. Es otro. Ese que nace tras demasiadas horas de tensión.

La reunión con Alba e Inés terminó hace ya un buen rato, pero preferí regresar a pie. Necesitaba despejarme, apartar de mi mente la mirada sombría de Inés y también esa sensación de haber recibido un flechazo directo al corazón.

No es la primera vez que me siento atraída por alguien, como ha ocurrido hoy con ella. Los ojos son nuestras ventanas al mundo, lo primero que conecta, lo primero que captura lo que nos llama la atención. Y los suyos… bueno, ¿qué puedo decir de Inés?

Camino hasta el baño y abro el grifo del agua caliente. Echo un puñado generoso de sales y unas gotas de aceite de lavanda, el que reservo para cuando la ansiedad se instala en mi pecho. Me desvisto lentamente, dejando la ropa hecha un ovillo en cualquier parte.

Me sumerjo, cierro los ojos e Inés aparece sin pedir permiso en mi mente. No es solo guapa, que lo es. Posee esa belleza irreal que paraliza. Esa clase de belleza que te obliga a mirarla. Y su voz, firme y segura, se impone sobre todo lo demás.

El agua me rodea y, tras un suspiro, intento vaciar la mente. Fracaso, porque en el siguiente respiro vuelve a aparecer. Me sumerjo por completo y permanezco bajo el agua hasta que el oxígeno me falta en los pulmones.

No sé qué me ocurre con ella. O quizá sí: me he quedado eclipsada, atontada, o quizá las dos cosas.

El vapor aún flota cuando me dejo caer frente al ordenador, envuelta en una bata blanca que me arropa como si supiera que necesito un abrazo. Las gotas que todavía no se han evaporado de mi piel se enfrían con la brisa que entra por la ventana entreabierta, y algunas resbalan por mi espalda como caricias suaves. Afuera, Madrid respira en calma. Dentro, intento hacer lo mismo.

Enciendo el portátil y me acomodo. El cursor parpadea en el documento en blanco como si me desafiara. Esta vez no lo permito. Por primera vez en semanas no me bloquea la página vacía. Apoyo los dedos sobre el teclado y las palabras brotan como si algo se hubiese abierto en mi interior. Como si la aparición de Inés hubiese forzado una puerta que yo no lograba empujar.

Pienso en ella. En su voz. En la forma en que juega con el pelo cuando habla. En lo bien que le sientan las gafas al leer. En esa sonrisa torcida, pícara y tentadora.

No esperaba que mi inspiración despertara gracias a una mujer que apenas conozco, pero así ha sido. Solo me queda dejarme llevar:

> *Daniela entró en la sala como si el mundo girara a otra velocidad para ella. A su alrededor, las conversaciones seguían, pero su atención estaba fija en una mujer concreta. Esa mujer de pelo castaño que sonreía como si el sol brillara en sus ojos. Clara aún no había reparado en que Daniela había llegado, que se deslizaba suave como la música que se colaba por las ventanas. Llevaba una blusa blanca que revelaba la curva delicada de sus hombros y un pantalón oscuro que dibujaba con sutileza cada línea de su cuerpo. Pero para*

Daniela no era la ropa lo que importaba, sino lo que había percibido en los ojos verdes de Clara. Una chispa que no podía olvidar. La certeza de que una mirada ya le había confesado todo, incluso los secretos más guardados.

Mis dedos se mueven con una ligereza que llevaba días sin sentir, como si las palabras hubieran esperado justo este instante para liberarse.

—¿Daniela? —susurró Clara cuando ella la tomó de la mano y la arrastró hasta el balcón más cercano—. ¿Qué haces aquí?

—¿De verdad importa?

A Clara dejó de importarle todo lo demás. El mundo desapareció cuando los labios de Daniela reclamaron los suyos con urgencia. ¿Cuánto hacía que se conocían? ¿Dos, tres días? Daba igual. En sus labios era libre, y allí quería permanecer.

Me detengo un segundo. La habitación está en penumbra, iluminada solo por la pantalla. Afuera, el murmullo lejano de un coche me recuerda que no estoy sola en el mundo, aunque lo parezca.

Sé perfectamente lo que escribo, o mejor dicho, lo que proyecto en esa escena. Esa sensación extraña que me asaltó en cuanto Inés apareció en la cafetería y se acercó a la mesa donde Alba y yo la esperábamos.

No puedo negar lo que pensé cuando mis ojos se fijaron en sus labios, aunque sé que no debo obsesionarme. Primero, porque Inés parece de esas mujeres que jamás se fijarían en alguien como yo…

Suelto un suspiro y aparto las manos del teclado.

No debería escribir pensando en ella, pero tampoco logro evitarlo. Y no sé si me gusta o me asusta. Ni siquiera la conozco, y de pronto su imagen se mezcla con la de mi protagonista, hasta el punto de convertirla en Daniela: la mujer que consigue que Clara despierte y persiga los sueños que antes le estaban prohibidos.

Guardo el documento, cierro el portátil y me dirijo a la cocina. Me sirvo un vaso de agua y me apoyo contra la encimera fría. El sol sigue alto, y su calor se cuela por la ventana y acaricia mi piel aún desnuda.

No sé cuándo volveré a ver a Inés, pero gracias a ella he escapado del bloqueo.

Camino hacia el dormitorio, me pongo algo de ropa ligera y me tumbo en la cama, con el cuerpo tibio aún del baño y la voz de Inés revoloteando en mi cabeza.

Me hundo en el colchón con una lentitud placentera. Y, aunque aún es temprano, no tardo en dormirme. El sueño me arrastra a ese lugar donde lo imposible parece posible.

Primero siento el roce de unos dedos recorriendo mi cintura. El aire del dormitorio se vuelve espeso, húmedo. Apenas distingo nada, pero no importa. Reconozco ese perfume: jazmín y cítricos, el de Elena, mi ex. Después, unos labios avanzan desde mi pecho hasta mi ombligo con una intensidad que me hace estremecer.

Estoy en medio. Y nada de este maldito sueño me resulta extraño, salvo porque es Inés quien explora mi cuerpo. Me arqueo, me abro ante ella, me pierdo. Mientras Elena me sujeta la espalda y me ancla a la realidad, es Inés quien me hace volar.

Sus labios rozan mi clavícula, su lengua deja un rastro cálido en mi piel. Elena, detrás de mí, aprieta su pecho contra el mío, enlaza mis dedos con los suyos como si quisiera recordarme que ella es real.

Yo me entrego. Me abandono con los ojos cerrados, con el corazón atrapado entre dos cuerpos.

Inés se acomoda entre mis muslos con una lentitud delirante. Su lengua me recorre con precisión, como si supiera exactamente cómo deshacerme. Jadeo. Tiemblo. Elena me muerde el lóbulo de la oreja. Su mano dibuja un poema sobre mi vientre, un verso secreto que se hunde en mi centro mientras Inés me devora con una dedicación febril.

Grito. Me arqueo. Me pierdo.

Las piernas me tiemblan, la piel me arde. El placer se acumula con una fuerza que me desborda. Y cuando estallo, me despierto jadeando. El corazón me late con fuerza, golpeando mi pecho. Estoy empapada, excitada, completamente alterada.

Parpadeo, desorientada. La habitación se inunda con la luz del mediodía. Me siento en el borde de la cama, todavía temblorosa. Respiro hondo, me muerdo el labio y regreso al escritorio.

Aún siento el eco de la boca de Inés entre mis piernas, los dedos de Elena hundiéndose en mí. Y, como si fuera magia, las yemas de mis dedos se encienden sobre el teclado. Empiezo a escribir como si acabara de renacer, como si ese sueño hubiese liberado una parte de mí que llevaba semanas dormida.

Lo que llena la pantalla no es ternura romántica, sino una escena carnal, visceral, desnuda y honesta. Clara —mi protagonista— no teme desear, y Daniela no se disculpa por buscar placer en su cuerpo, aunque todavía desconozca a quién pertenece su corazón.

He hallado una musa. Una musa inesperada, que no sabía que necesitaba y que, en menos de unas horas, se ha infiltrado en mi mente… y también en mis sueños.

Las palabras se deslizan sin freno, como si mi cuerpo entero dictara en lugar de mi cabeza. Escribo con un pulso distinto, más acelerado, más salvaje. No pienso en la estructura, ni en la corrección, ni en si esto tendrá cabida en la novela que mis lectoras esperan. Pienso en lo que me arde entre las piernas, en la memoria táctil de un sueño que aún me recorre la piel.

Me descubro sonriendo sola frente a la pantalla, con las mejillas encendidas y el pelo pegado a la frente. Es una sonrisa nueva, traviesa, de esas que aparecen cuando algo te sacude y te recuerda que sigues viva.

Clara y Daniela, las de mi historia, se miran con la misma intensidad con la que yo pienso en Inés, y con la que pensaba en Elena. Sus cuerpos hablan más alto que cualquier diálogo. Y en ese juego de espejos me doy cuenta de que no lo estoy inventando todo: estoy trasladando sensaciones, robando imágenes, convirtiendo en literatura lo que mi subconsciente me ha revelado.

Cada frase que tecleo me aligera, pero también me enciende. Y entonces me asalta la duda: ¿qué pasará la próxima vez que la vea?

¿Seré capaz de hablar y comportarme con naturalidad?



CAPÍTULO 14

Un domingo con amigos

INÉS

Este domingo Madrid amanece más veraniego de lo normal, como si septiembre se resistiera a soltar la mano de agosto. El sol cae a plomo sobre las fachadas claras de la urbanización donde vive Izan, el mejor amigo de Lucas. Él corre delante de mí con su mochila de dinosaurios a la espalda y la toalla arrastrándose entre sus pies.

Ana y Jaime, los padres de Izan, nos han invitado a pasar el día en la piscina. Y la verdad es que la propuesta me llegó como caída del cielo. Después de una semana frenética, me he prometido no correr, desconectar del trabajo y disfrutar de algo tan sencillo como este plan.

—¡Corre, mamá! —grita Lucas sin darse cuenta de que es él quien va demasiado deprisa.

Sonrío. Los padres de Izan nos esperan en la entrada. Ana lleva unas gafas de sol amarillas y el pelo recogido con una pinza a juego con el bañador. Jaime ya está dentro, con los pies metidos en el agua y un flotador en las manos. Izan y Lucas se saludan como si hiciera siglos que no se ven, aunque estuvieron juntos el viernes en el colegio.

—Gracias por invitarnos —les digo mientras me acomodo la bolsa en el hombro.

—Gracias a vosotros por venir. Izan lo estaba deseando —responde Ana con esa energía que yo solo encuentro después del

segundo café del día—. Anda, vamos, o a este paso no quedará ni una tumbona libre.

Tras unos minutos de trayecto, me acomodo en una tumbona a la sombra, dejando que el murmullo del agua y las risas de los niños despejen mi cabeza. Me siento ligera, tranquila, a gusto. Y cuánto lo necesitaba.

Ana y yo hablamos de la vuelta al cole. Jaime comenta que los niños han tenido un pequeño desajuste con la nueva profesora y protesta, asegurando que en estos ciclos de primaria los alumnos deberían acostumbrarse a un único docente que los acompañase durante el proceso de adaptación. Tiene razón, aunque nosotros no podamos hacer nada. Yo asiento, escuchando a medias, con la atención dividida entre la conversación y la escena frente a mí: Lucas lanzándose al agua con esa libertad que solo los niños conocen.

—¿Y tú cómo estás? —pregunta de pronto Ana, acercándome un refresco—. Fran me contó el viernes que te han contratado para un nuevo proyecto.

—Sí. Con una editorial —respondo con una sonrisa que no logra disimular los nervios—. Ya he trabajado con ellos antes, pero esta vez es algo más grande. Coordinaré los eventos de una gira de promoción para una nueva escritora.

Ana asiente y no insiste más. Le agradezco ese silencio cómplice.

No sé cuánto tiempo pasa, pero yo me quedo bajo la sombrilla con la mirada fija en Lucas. Mi móvil reposa en el bolso, y aun así percibo la vibración de una notificación. Lo tomo y leo un mensaje de Alba:

Alba: *Perdona que te moleste un domingo, te dejo por aquí el contacto de Eva por si quieres hablar con ella directamente.*

El recuerdo de la reunión aún late en mi interior. No porque fuese mal; al contrario, fue magnífica. Conocer a Eva, escucharla hablar de su trabajo, de la ilusión que siente al dar este nuevo paso como escritora… todo me ayudó a captar ideas que he anotado para cuando el proyecto

arranque. Todavía me queda mucho por descubrir de ella, pero tendré tiempo para hacerlo.

Dejo el teléfono a un lado y vuelvo a centrarme en Lucas, que flota sobre una colchoneta como si navegara por otro planeta. Me dejo arrullar por el sonido del agua, por la brisa suave que corre a esta hora del día. Cierro los ojos, respiro y me relajo.

Al cabo de un rato, cuando Jaime vuelve al agua con los niños y Ana sube a casa a por algo de comer, cojo el móvil de nuevo, guardo el número de Eva y escribo:

Inés: *Hola, soy Inés. Alba me pasó tu contacto. Ya te tengo fichada.*

Pulso enviar y, justo después, escucho la notificación de un mensaje cercano. No sé por qué lo hago, quizá por instinto o simple curiosidad, pero levanto la vista… y allí está ella. Eva, a pocos metros, con el teléfono en las manos y una toalla estampada con limones colgando del hombro.

Cuando aparta la mirada del móvil y se cruza con la mía, su expresión de sorpresa se dibuja en la cara. Yo sonrío y le hago un gesto con la mano a modo de saludo.

—Qué casualidad —comenta con cierta timidez, como si no quisiera interrumpir del todo la escena que me rodea.

—La verdad es que sí —confieso con una risita—. ¿Vives aquí?

—Sí, desde hace medio año más o menos. Tú no, ¿verdad? Porque entonces eso es…

—No, no. Lucas… —señalo a mi hijo—. Es amigo de Izan. Sus padres son quienes viven aquí, por eso hemos venido hoy.

—Entiendo…

El aire entre nosotras se espesa de repente. Eva parece incómoda: tiene las mejillas encendidas y se frota un brazo en un gesto nervioso.

—Espero que no te haya molestado que Alba me diera tu teléfono —digo casi sin pensarlo—. Se lo pedí porque tengo muchas ideas y

quiero que podamos hablarlas en cuanto esté todo organizado.

—No, tranquila. Todos estáis trabajando en este proyecto y yo…

—Escribiendo, y estoy convencida de que será increíble —aseguro. Se le resbala el móvil, que atrapa enseguida entre risas nerviosas—. Es natural que Rubor haya apostado por ti. Yo también lo habría hecho.

—Gracias… —susurra.

—Gracias a ti —replico—. Tu última novela fue emocional y realista. Creo que, con Rubor y con todo el equipo, lograremos que tu trabajo llegue a muchos corazones más.

Eva guarda silencio, mira hacia la piscina y la señala.

—Bueno, te dejo disfrutar del domingo.

—Si quieres, puedes sentarte con nosotros —propongo, señalando la tumbona vacía a mi lado.

—No —responde con tanta rotundidad que algo se me revuelve por dentro—. Luego, si acaso, me escapo y hablamos.

—Está bien…

Me dedica una última sonrisa antes de marcharse. La observo instalarse en el otro extremo de la piscina: extiende la toalla sobre la hierba, se sienta, cruza las piernas y las abraza contra su pecho. Me mira… y yo trato de no hacerlo. Pero Lucas sale corriendo del agua y se lanza a mis brazos, arrancándome una carcajada.

Y con ella, también se me escapa la atención que hasta ese momento le tenía prestada a Eva.



CAPÍTULO 15

Cuando las palabras te roban el suspiro

INÉS

Unas horas después

El sol lleva un rato descendiendo y sus rayos se filtran con suavidad entre las ramas de los árboles que rodean la piscina. El calor todavía persiste, pero ya no abruma para nada: ahora te acaricia la piel, como si quisiera recordarnos que el verano aún no ha terminado del todo, aunque ya hace las maletas para dejar paso al otoño, que llama suavemente a la puerta.

Lucas e Izan continúan en el agua, incansables. Juegan a empujarse, a bucear, a hacer el pino, a inventar mundos bajo la superficie. Sus risas se mezclan con el chapoteo de sus pies y llenan el aire de una alegría que me empapa por dentro, como si cada carcajada fuera una descarga de energía que me colma hasta los bordes. Los dos se han hecho amigos de Isa y Francesc, otros niños de la urbanización que se han sumado a ellos para exprimir estas últimas horas de tarde.

En la tumbona, con un vaso de limonada en la mano, dejo que la conversación avance con calma. Hace un par de horas que hemos comido y aún guardo en la boca el sabor de la sandía y del helado de vainilla. Ana y Jaime charlan con esa naturalidad y confianza que solo da el tiempo —en nuestro caso, ocho años de amistad—, y yo me siento como en casa.

—¿Sabes qué nos ha pedido Izan para su cumpleaños? —pregunta Ana, riendo—. Que quiere una tarta como la de Lucas, pero con un dragón que, en lugar de fuego, suelte chucherías por la boca.

—¿En serio?

—Tal cual —afirma Ana, y rompemos a reír.

—Según él, los dragones «molan más» —añade Jaime divertido—. Pero no quiere uno cualquiera, ¿eh? Lo quiere con escamas azules y amarillas.

Los tres estallamos en carcajadas. Me encanta estar aquí, ser solo la madre de Lucas, disfrutando de un domingo corriente con amigos. Que, aunque sea por un instante, el mundo se reduzca a esto: el sol, la piscina, los planes de cumpleaños y los niños riendo.

Sin darme cuenta —o quizá sí—, mis ojos vuelven al lugar donde estaba tumbada Eva.

Hace ya más de una hora que se marchó. Lo hizo con discreción, con una sonrisa suave y un «nos vemos» que acompañó de un leve gesto con la mano. Me habría encantado que se quedara más tiempo, poder hablar con ella, pero Alba ya me había advertido que le cuesta mucho abrirse a la gente. Solo por eso evité insistir.

El móvil vibra en mi bolso. Lo saco sin demasiada prisa, pensando que será alguna notificación sin importancia. Pero no. Es ella.

Eva: *Me has dicho que mi nueva novela seguramente sea igual de buena que la anterior... ¿quieres leer lo que tengo escrito hasta el momento?*

Leo el mensaje un par de veces y la sonrisa se me escapa sola. Podría contestarle que sí en este mismo instante, que lo estoy deseando —porque es verdad—, que sería un honor leerla. Pero entonces levanto la vista y veo a Lucas salpicando a Izan en el agua, y recuerdo dónde estoy.

Inés: *Me encantaría hacerlo ahora mismo, pero no puedo.*

Escribo y envío el mensaje sin más. Apenas guardo el móvil cuando vuelve a vibrar. Me quedo con el dedo suspendido sobre la pantalla y leo un párrafo, breve pero intenso, que me atrapa y me descoloca:

> *Daniela no sabía que cada vez que se recogía el pelo con las manos, el mundo entero se detenía. Que su forma de hablar era el lugar más seguro que Clara había conocido en años. No sabía que Clara la deseaba incluso cuando no era el centro de su atención y ella la observaba desde la distancia. No sabía que su pelo negro y sus ojos oscuros eran como un agujero negro en el espacio: capaces de absorberla por completo hasta no dejar nada.*

Levanto la vista del teléfono y noto cómo el corazón me golpea con fuerza en el pecho. Sí, aún desconozco de qué va la historia, pero su pluma es inconfundible: ese tacto delicado, esas emociones palpables, ese mundo tan real que consigue abrirse paso dentro de una.

No sé por qué me siento así. Ni por qué algo tan simple como un párrafo consigue tensarme el cuerpo y encenderme la piel. Dudo si escribirle una respuesta, pero al final, después de varias respiraciones hondas, lo hago.

> **Inés:** *¿Pelo y ojos negros? ¿Me has convertido en la protagonista de tu próxima historia?*

Pero no lo envío. Borro el mensaje, lo reescribo, lo borro otra vez… y al final dejo el móvil en el fondo del bolso. Prefiero centrarme en Lucas, que regresa a mis brazos empapado, con una risa contagiosa que arrastra incluso cuando se acomoda en mis piernas y me confiesa que está agotado.

Sé que resulta ingenuo pensar que Eva me haya tomado como musa para su próxima novela. Pero esa mujer llamada Daniela tiene la suerte de que Clara la mire así: como si amar no fuese una catástrofe nuclear capaz de arrancarte el corazón y destruirte en un instante.

Hace mucho —más de lo que recuerdo— que yo no siento algo con tanta intensidad. Y me pregunto si Eva, al escribirlo con tanta verdad, también lo siente.

Lucas se queda acurrucado contra mí, con el pelo goteando y los labios aún curvados en una sonrisa cansada. Lo envuelvo con la toalla y

beso su frente, disfrutando de que todavía me necesita cerca, como si yo pudiera protegerlo de todo. Y mientras lo abrazo, no puedo evitar pensar en cómo algo tan sencillo me ancla a la vida, me devuelve a lo esencial.

Pero entonces recuerdo una por una la escena que me envió hace apenas unos minutos. Ese párrafo sigue ardiendo en mi cabeza, como si lo hubiera tatuado en la piel. No consigo deshacerme de la sensación de que algo se ha movido dentro de mí, de que ha rozado una fibra demasiado sensible. Daniela, Clara, los ojos negros, el deseo… Todo ello se mezcla con lo que he sentido al leerlo, y me deja con la duda de si me estoy inventando cosas o si, en efecto, hay algo que se me escapa.

—Mamá, ¿podemos quedarnos un poco más? —me pregunta Lucas, acomodándose mejor en mi regazo.

—No cariño, sabes que mañana hay cole.

Y aunque le respondo con una sonrisa, él me regala un puchero.

Mi mente no deja de viajar hacia Eva. Me descubro con ganas de saber más, de leer más, de tener una excusa para seguir en contacto con ella. La curiosidad se ha vuelto una corriente silenciosa que me arrastra, y sé que, si cedo un poco más, terminará por desbordarme.

El sol ya empieza a hundirse detrás de los edificios y la luz se vuelve más dorada, más melancólica. Juntos comenzamos a recoger las cosas poco a poco. Los niños se despiden prometiéndose disfrutar de otro domingo como este y el día toca a su fin con una calma cálida. Aunque dentro de mí nada está en calma.

Cuando por fin guardo las toallas y cojo la bolsa, decido que, al llegar a casa, releeré ese párrafo. Y quizá, solo quizá, me atreva a escribirle algo. Porque por mucho que me asuste, me atrae la idea de descubrir qué hay detrás de esa pluma… y de esos ojos que, cuando me miran, parecen atravesarme por completo.



CAPÍTULO 16

¿Fantasía o Realidad?

EVA

La mesa no es demasiado grande. Afuera llueve, pero dentro del restaurante se respira un aroma a vino tinto, comida italiana y flores frescas. Clara mantiene las manos entrelazadas sobre el regazo, como si de ese modo pudiera contener el impulso de moverlas: rozar el borde del vaso, el mantel… la rodilla de Daniela bajo la mesa, su muñeca…

Daniela, por su parte, juega con la copa. La hace girar en círculos lentos, como si toda su atención estuviera en el movimiento del vino y no en Clara, a la que observa de vez en cuando. No con insistencia, pero lo suficiente para que ambas perciban esa chispa que se enciende cada vez que sus miradas se encuentran y el mundo alrededor parece desdibujarse.

Ninguna pronuncia palabra, pero no hace falta.

Clara se pregunta si Daniela puede oír el latido desbocado de su corazón desde el otro lado de la mesa. Si nota la tensión que la recorre cada vez que se muerde el labio con esa sensualidad en la que querría perderse. Se pregunta si Daniela es consciente de lo preciosa que es, de lo irresistible que le resulta.

Y Daniela… aunque aparenta fortaleza, como si nada la alterara cuando Clara la devora con los ojos, en realidad no sabe cómo manejar esa forma de mirarla que ella tiene. Porque Clara no la observa ni con descaro ni con timidez: la atraviesa hasta colarse en su mente, como si pudiera leerle los pensamientos.

La comida reposa intacta, como si no existiera. Solo juguetean con los cubiertos, mientras conversan de asuntos triviales: el clima, una película que han visto, un viaje que planean pero que todavía no realizan. Sin embargo, cada palabra que pronuncian encubre otra intención, y ambas lo saben.

En un momento, Daniela se recoge el pelo. Lo hace con naturalidad, como si el gesto careciera de importancia. Pero para Clara es distinto: el mundo se detiene, y cada hebra negra que se desliza entre sus dedos marca el compás de una canción que solo ella escucha. Traga saliva. Quiere decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se le escapan.

Daniela ignora que, cada vez que se aparta el pelo de esa manera, Clara pierde toda noción de la realidad. Que en su voz encuentra el lugar más seguro que ha conocido en años. No sabe que Clara la desea incluso cuando no es el centro de su atención y la observa en silencio. No imagina que su pelo oscuro y sus ojos negros son como un agujero en el espacio: capaces de absorberla por completo hasta dejarla sin aliento.

Clara sostiene la mirada de Daniela apenas unos segundos, pero en ese cruce le muestra todo: el deseo, el miedo, la necesidad, lo que ansía… Piensa que, si se acerca un poco más, si estira la mano, podría alcanzar aquello que lleva toda la noche esperando.

—¿Estás bien?

Clara asiente, aunque no sabe si lo está. No distingue si mantiene la cordura o si está a punto de cometer una locura. Solo sabe que la forma en que Daniela la observa abre algo en su pecho y la vuelve vulnerable. Que siente un deseo irrefrenable de besarla. De confesarle que lleva semanas imaginándola en su cama, con su rostro entre sus piernas. Que por las noches la escucha gemir su nombre en sus pensamientos.

Daniela se reclina ligeramente hacia atrás, cruza las piernas y vuelve a mirarla. Esta vez sin pudor, con la seguridad magnética de las mujeres que no necesitan hacer nada para ser el centro de todo. Clara siente cómo el calor le sube por la piel y anhela tener el valor de levantarse, tomarla de la mano y arrastrarla hasta un rincón apartado del restaurante.

—Me gusta cuando callas y me miras así —confiesa Daniela de pronto.

—¿De verdad?

—Sí. Porque no necesitas palabras para hacerme saber lo que piensas… o lo que deseas.

Clara sonríe, baja un instante la vista y luego regresa a sus ojos.

—Y tú te mueves como si supieras lo que provocas.

Daniela se encoge de hombros con desenfado.

—Lo hago porque sé lo que deseas.

El camarero interrumpe para preguntar si todo está en orden. Ambas asienten al unísono. El hombre se retira, y el silencio vuelve a envolverlas, ahora como un cómplice más de esa atracción inevitable.

Clara apoya el codo en la mesa y se atreve a sostenerla con firmeza en la mirada. Daniela le responde con los ojos encendidos, como si en su interior ardiera un bosque entero. Se inclina ligeramente hacia delante. Sus labios quedan a unos centímetros. Y, en vez de hablar, permanece ahí, compartiendo el mismo aire que respira Daniela.

Y Daniela no se aparta.

Hay algo eterno en ese instante. Como si el universo entero aguardara a que alguna de las dos se decidiera a dar el siguiente paso. Pero ninguna lo hace. No todavía.

...

El golpeteo suave de mis dedos contra el teclado es lo único que rompe el silencio del salón. Ya no hay bloqueo que valga y la historia avanza, aunque sea despacio, sumando páginas a una novela cargada de tensión y de esa química aún por estallar.

Al poner el punto final a la última escena, me detengo. No porque esté cansada, sino porque necesito estirarme después de tantas horas sentada. El párrafo final aún resuena en mi pecho. Me quedo unos segundos leyendo en silencio esas últimas palabras y sonrío. Después de semanas de frustración, me parece casi un milagro.

Alzo los brazos, estiro el cuello y escucho cómo me cruje la espalda.

Camino hasta la cocina, donde dejé el móvil, y frunzo el ceño al comprobar que Inés no ha contestado. Repaso el mensaje que le envié, también el fragmento adjunto. No eran más que unas pocas líneas, pero iban cargadas de emociones, de todo lo que me llevé conmigo de ella y traje después a casa. Sé que lo ha leído porque aparece como visto, pero ese silencio me devora. Quizá no le haya gustado. O tal vez no ha tenido tiempo.

«Pero si le hubiese gustado… no le costaba nada decirlo, ¿no?», pienso mientras me sirvo un vaso de agua.

Apoyada en la encimera, miro a través de la ventana y fijo la vista en las luces de los edificios que se alzan más allá. Todo parece tranquilo. Bueno, todo menos yo.

Regreso al escritorio con el vaso en la mano y vuelvo a mirar el documento. No puedo seguir escribiendo hasta que sepa si a Inés le ha gustado. Así que cedo a mis emociones, a la impaciencia y al nudo que me aprieta por dentro, y empiezo a redactar otro mensaje:

Eva: *Dime al menos si te ha gustado. Solo necesito eso.*

Observo la pantalla. Dudo si enviarlo o no, como si el simple hecho de pedirle una respuesta me dejara más expuesta que todo lo que llevo escrito en la novela. Pero al final lo envío. Respiro hondo y dejo el teléfono a un lado, como si apartarlo pudiera aliviar la presión en el estómago. Me siento ridícula por mostrarme tan vulnerable ante alguien a quien apenas conozco y en quien pienso más de lo que me atrevo a reconocer.

Me siento de nuevo, intento continuar con el texto y añadir una línea más. Pero las palabras no fluyen. Solo me vienen a la cabeza su expresión de sorpresa cuando nos cruzamos en la piscina. Su sonrisa. La forma en que compartimos miradas desde la distancia. No quiero hacerme ilusiones absurdas, pero la energía entre nosotras es real. No me la estoy inventando.

«¿O sí?», me pregunto mientras me paso una mano por el cuello con incomodidad.

Me dejo caer contra el respaldo y cierro los ojos. Me abandono a esa escena mental como si fuera una más de la novela. Inés, al otro lado de la piscina con su bañador naranja y la piel resplandeciente bajo el sol. Su melena negra cayendo como una cascada sobre un hombro. Su voz. Su risa. Ese gesto tan suyo de acariciarse la oreja cuando habla, o la manera en que se recoge el pelo cuando algo la incomoda.

La recuerdo refrescándose bajo la ducha antes de lanzarse con elegancia a la piscina. También el calor que me recorrió al verla salir del agua y regresar a su toalla. Por alguna razón, mi mente borra el instante en que la vi jugar con su hijo —idéntico a ella—, pero permanece grabada la ternura que brillaba en su mirada, y eso fue lo que me empujó a volver a casa y seguir escribiendo.

Abro los ojos. Miro el móvil. El reloj marca las once pasadas. Me muerdo el labio y suelto un suspiro profundo. Estoy nerviosa. Esa clase de inquietud que no sentía desde hace tiempo… o, mejor dicho, desde antes de que empezara mi relación con Elena.

Finalmente decido guardar el documento, cerrar el ordenador e irme a la cama con el móvil en la mano, sosteniendo la esperanza de que en algún momento sonará. Y lo hace justo cuando me deslizo entre las sábanas:

Inés: *Claro que me ha gustado. Has conseguido ponerme nerviosa con tanta intensidad en tan pocas palabras. ¿Quedamos para desayunar y hablamos antes de reunirnos con los demás?*

Respondo de inmediato:

Eva: *Dime dónde y cuándo.*



CAPÍTULO 17

Sensaciones que no se reconocen

INÉS

Lucas duerme en su habitación desde hace un buen rato. A través de la puerta escucho el sonido acompasado de su respiración, un recordatorio de que el día ha sido bastante intenso para él… y también para mí. Fran y yo estamos sentadas en el sofá, con sendas copas de vino en la mano y una película cualquiera de fondo, que apenas seguimos.

Afuera, la ciudad respira con un ritmo lento y pausado. Dentro, la lámpara de pie del rincón derrama su luz sobre nosotras como un halo cálido.

—Lo oigo roncar desde aquí —comenta Fran, reclinándose un poco, con esa sonrisa que arruga la piel de su rostro—. Tiene que habérselo pasado en grande.

—Sí… —respondo, evocando su risa, los juegos con Izan, los chapoteos—. Y yo también, la verdad. Hacía tiempo que no pasábamos un día así. Lo necesitábamos.

—Te lo tengo dicho: no puedes pasarte todo el día trabajando —me recuerda con ese gesto maternal suyo—. Eres demasiado joven como para enfrascarte en lo tuyo y olvidarte de lo demás.

Sé que Fran tiene razón. Desde que decidí ser mi propia jefa y crear mi empresa, lo de salir con amigos, conocer a otras personas o

darme la oportunidad de tener una relación quedó atrás. Todo gira en torno a eso, y cuando me permito un respiro y disfruto de un día como este, mi cuerpo lo agradece.

—No voy a negar que tienes razón —admito al fin, encogiendo las piernas sobre el sofá—. Pero este proyecto es distinto: más cercano, íntimo, importante. No quiero adelantarme, pero me emociona saber que Rubor ha confiado en mí. Que han visto en mí lo que necesitan para que todo salga bien, ¿entiendes? Además, quizá cuenten conmigo de manera oficial en un futuro y quiero hacerlo bien.

No nombro a Eva. No le digo a Fran que me llama poderosamente la atención. Que el otro día, al entrar en la cafetería y verla, se me erizó la piel. Callo que, entre chapuzón y chapuzón, no podía apartar la vista de ella. Que cuando nuestras miradas se cruzaban, algo chispeaba. Su presencia en la piscina alteraba el aire, lo volvía distinto.

Y está también ese extracto que me envió… breve, intenso, escrito con una fuerza que me atravesó. Me vi reflejada en esas líneas, en cada descripción y detalle. Y desde entonces no he podido dejar de pensarlo.

De pronto, el móvil vibra sobre la mesita. Lo agarro sin pensarlo y la pantalla se ilumina con su nombre.

Eva: *Dime al menos si te ha gustado. Solo necesito eso.*

No sé si sonrío o si me quedo demasiado quieta, pero Fran percibe el cambio en mí. Como buena curiosa, inclina el cuello y alcanza a leer lo suficiente antes de que consiga bloquear la pantalla.

—¿Quién es Eva? —pregunta, alargando la última palabra con una curiosidad nada disimulada.

La miro con resignación y un deje de diversión.

—Es… la escritora con la que voy a trabajar —explico, dejando el móvil boca abajo sobre la mesa—. La conocí hace unos días.

Fran arquea una ceja y ladea la cabeza.

—¿Y te manda mensajes a estas horas?

Suelto una risa breve, intentando quitarle hierro al asunto.

—Me envió un fragmento. Bueno, un párrafo de su novela esta tarde, y no sé… —Me encojo de hombros—. No pude contestarle porque al leerlo me sentí reflejada.

—¿Reflejada en qué sentido? —indaga, con un tono más serio.

Sujeto la copa, bebo un sorbo de vino y gano unos segundos para ordenar mis pensamientos.

—Fue como si… —me detengo, buscando las palabras exactas—, como si me describiera sin nombrarme. No era solo algo físico; fue como si hubiese vertido en esas líneas sus propias emociones y…

Fran guarda silencio. Sé que analiza lo que digo, intentando decidir si Eva lo hizo a propósito o si fue mera coincidencia. Yo solo tengo claro que hay escritores capaces de perforarte el corazón y quedarse dentro. Y ella lo ha conseguido conmigo.

—¿Te incomodó?

—No, no fue eso.

—¿Entonces?

—No lo sé. —Me encojo de hombros y me levanto para llevar las copas al fregadero, recogiendo de paso algunas cosas fuera de lugar—. Es solo una sensación, pero me confirma que Eva es de esas escritoras capaces de poner palabras a lo que otros apenas se atreven a sentir.

—Eso es un don maravilloso… —murmura Fran acercándose a mí.

—Además, sería absurdo pensar que me ha usado como inspiración, ¿no? —planteo, más para mí que para ella—. Teniendo en cuenta que vamos a trabajar juntas, que seré quien la acompañe en la gira y…

—No se trata de si es bueno o malo, Inés. Lo que pasa es que estás inquieta porque ella ha escrito algo que te ha removido por dentro.

Fran me toma las mejillas entre las manos y me obliga a mirarla a los ojos. Tiene razón: Eva ha despertado en mí sensaciones que, tras mi

relación con Pablo y su abandono, juré no volver a sentir. Ese cosquilleo en el estómago, una sonrisa que se escapa, una mirada que roba un suspiro.

—Solo me siento un poco desconcertada —confieso, exhalando un suspiro—. La última vez que alguien provocó esto en mí fue hace ocho años. No quiero parecer una adolescente ilusa. —Hago un gesto con la mano—, y creer que alguien siente algo por mí solo porque lo ha escrito…

—Si es tan buena como dices, no serás la única a la que haga sentir cosas.

Su comentario me abre los ojos y me hace sentir ridícula.

—A veces pienso que, en lugar de veintiocho, tengo trece —respondo con una risa floja, cansada—. Supongo que es un cúmulo de emociones. Eso, y que después de lo de Pablo, echo de menos compartir mi día a día con alguien.

—Ya sabes lo que pienso del amor —me recuerda, y en sus ojos grises leo sin necesidad de palabras: «Más vale estar solo que mal acompañado»—. Pero cuando llegue la persona adecuada, lo sabrás. Hasta entonces, disfruta de los caminos que se abren ante ti.

—Gracias por ser mi brújula —susurro, abrazándome a ella—. No sé qué haría sin ti.

Fran tiene razón. El amor verdadero no surge de la noche a la mañana con un simple cruce de miradas. Se cuece a fuego lento, con calma, entre dos personas dispuestas a compartirlo todo. Llega como el verano: abrasando la piel, dejando huellas imborrables en la memoria, destrozándote los sentidos y poniéndolo todo patas arriba.

—No es una locura que una escritora conecte contigo a través de sus letras —añade—. Al fin y al cabo, ese es el poder de la literatura, ¿no? Si te ha gustado, si te has visto reflejada, díselo. Pero recuerda que es un libro, no la vida real.

El teléfono sigue en el sofá, boca abajo. Por un instante me imagino a Eva frente al suyo, mordiéndose las uñas, ansiosa por saber

mi opinión. Y me doy cuenta de que probablemente soy la primera en tener el privilegio de leer fragmentos de su nueva novela. Así que me separo de Fran, tomo el móvil y empiezo a escribir:

Inés: *Claro que me ha gustado. Has conseguido ponerme nerviosa con tanta intensidad en tan pocas palabras. Estaba pensando que podríamos vernos para desayunar y así me cuentas más. Luego vamos juntas a la reunión en Rubor, ¿qué te parece?*

No le doy demasiadas vueltas. Pulso enviar y regreso junto a Fran.

—Creo que yo me voy a dormir ya —dice ella, acariciándome el brazo con cariño—. Pasaré a por Lucas a la hora de siempre, ¿vale?

—Sí. Lo tendré todo preparado. Mañana tengo una reunión, pero antes he quedado para desayunar.

—Pasa buena noche.

—Y tú.

Cuando la puerta se cierra tras ella y el silencio llena el apartamento, camino hasta la habitación de Lucas para arroparlo mejor. Le acaricio el pelo con suavidad, procurando no despertarle, y deseo que sus sueños estén colmados de paz y ternura.

Entonces vibra el móvil en mi mano.

Eva: *Dime dónde y cuándo.*

Lo recibo. Y sin responder, me meto en la cama.

…

El reloj digital de mi mesilla de noche marca las 2:03. La luz de la calle se filtra por las ventanas del dormitorio y dibuja líneas que se mueven con el vaivén de las cortinas. Hace rato que apagué todo y me metí en la cama. Intento cerrar los ojos y dejar que el cansancio del día me arrastre, pero no hay manera.

La conversación con Fran sigue muy presente, igual que el extracto de Eva y lo que sentí esta mañana mientras compartíamos ese cruce de miradas que aún no sé cómo describir. Yo no suelo dar crédito

a las tonterías de los flechazos, pero sé que ocurrió algo. Mínimo, quizás insignificante, pero ocurrió. Y, aun así, también sé que las historias de amor que se quedan para siempre no empiezan como en los libros, con una flecha directa al corazón.

En algún momento de la noche le he escrito a Eva un mensaje para proponerle vernos en la cafetería MOTTEAU, uno de mis rincones predilectos. Sus mesas de madera oscura, la luz tenue y el olor a café recién molido que lo invade todo lo convierten en un lugar especial. Ahí pasaba horas cuando compaginaba mi embarazo con los exámenes de la universidad; ahí conocí a Fran, que entonces trabajaba en sus cocinas. Es uno de mis refugios, un espacio donde me siento segura, en calma, en casa.

Con el paso de las horas me doy cuenta de que invitar a Eva a desayunar y tener, al menos, unos minutos a solas con ella no es un gesto inocente. Aunque lo haya disfrazado de encuentro profesional, sé que busco otra cosa: estar cerca, observarla sin prisas, conocerla un poco más. La curiosidad que me despierta es grande, casi desbordante, y necesito preguntarle con calma en qué se ha inspirado para escribir esta nueva novela.

Respiro profundamente e intento convencerme de que mañana, cuando la tenga delante, seré prudente. Que no dejaré que mis impulsos me arrastren demasiado lejos. Que mantendré la compostura y no me excederé. Me aferro a lo profesional como si fuese un salvavidas, pero enseguida aparece esa otra parte de mí, la que se rinde a las sensaciones: la que recuerda cómo me miró hace unas horas en la piscina, la que repasa casi palabra por palabra ese párrafo que me envió y que todavía me atraviesa.

El silencio de la noche me envuelve. Afuera, algún coche rompe durante unos segundos la quietud. Dentro, en mi dormitorio, mi mente no se detiene. Me repito que no estoy buscando coquetear con ella ni cruzar líneas peligrosas, que solo quiero conocerla mejor para trabajar juntas con más confianza. Pero en el fondo sé que me miento. Hay algo en Eva que despierta en mí una curiosidad diferente, una mezcla de lo profesional y lo personal que no sé dónde empieza ni dónde acaba.

Vuelvo a mirar el reloj: 2:47. Sé que, como siga así, llegaré al desayuno con unas ojeras de campeonato. Pero me resulta imposible dormir. El pensamiento de verla en ese lugar tan significativo para mí me mantiene en vela. Imagino el olor dulce de la bollería recién hecha, el murmullo suave de la cafetera, el calor de la taza entre mis manos mientras ella habla. Y siento un cosquilleo en el estómago, como si esperase algo más que una simple conversación.

Apago el flexo de la mesilla y me arropo mejor. No sé si mañana saldré de la cafetería con las ideas más claras o con más preguntas de las que cargo ahora. Pero si de algo estoy segura, es que no puedo evitar el deseo de averiguar que se esconde tras esa mirada dorada como la miel.



CAPÍTULO 18

Escribiendo de madrugada

EVA

El silencio es tan espeso que parece que podría cortarlo con un cuchillo si tuviera uno a mano. Solo el zumbido tenue del portátil lo rompe, acompañado por el parpadeo hipnótico del cursor en la pantalla. Mis dedos descansan sobre el teclado, inmóviles por unos segundos, aguardando a que las letras vuelvan y se dejen caer hasta llenar el capítulo que tengo a medias.

Desde que recibí el mensaje de Inés, tengo la cabeza invadida de imágenes: la luz del sol sobre su piel mojada, la forma en que sonreía mientras jugaba con su hijo, esos instantes en los que nuestras miradas se encontraban y parecían conversar incluso a la distancia. He intentado apartarlas, pero hay veces que la mente se rinde a las emociones y no hay manera de evitarlo.

Miro de nuevo la página en blanco. O, mejor dicho, el medio capítulo que llevo escrito de los cuatro que he terminado en esta noche interminable. No recuerdo la última vez que escribí con esta sensación de urgencia, como si las frases me persiguieran y necesitara liberarlas antes de que me devorasen por dentro. Me recuerda a mis comienzos, cuando cada escena parecía tener vida propia y yo solo era el canal por el que fluían hasta dejarse escribir.

Escribir me exige algo que muy pocos comprenden: entrega absoluta. No basta con estar sentada ni con teclear palabras sin más.

Tengo que meterme en la piel de mis personajes, sentir sus emociones como si fueran mías. Y, de algún modo, esta noche me resulta más fácil. Tal vez porque no estoy tan lejos de lo que narro.

Tecleo una frase y borro dos. Clara, una de mis protagonistas, dice algo que me suena demasiado a mí, pero no me importa. Es extraño, como si una parte de mí quisiera que la novela se convirtiera en un espejo de mi vida, aunque eso suponga exponer más de lo que sería capaz de confesar en voz alta.

Me detengo un momento y estiro los dedos. El apartamento está en penumbra, iluminado únicamente por la pantalla. La taza de café a mi lado lleva más de una hora fría y olvidada. Afuera, Madrid duerme —o al menos eso parece—. Aquí dentro, todo queda suspendido, como si el tiempo perteneciera únicamente a las palabras que van apareciendo frente a mí.

Pienso en el desayuno de mañana y me sorprendo imaginando cómo será verla entrar. ¿Llevará el pelo recogido? ¿Me sonreirá de inmediato o aguardará a leer en mí la primera reacción? ¿Se sentará frente a mí o preferirá hacerlo a mi lado? Me reprendo por distraerme, pero las preguntas se cuelan como una corriente de aire por una ventana mal cerrada.

Respiro hondo y vuelvo a la página. El capítulo que escribo parece no encajar con el resto, pero sé que acabará encontrando su lugar. Siempre ocurre. A veces las escenas nacen antes de que yo entienda para qué sirven, como piezas de un puzle todavía inconexo. Y esta noche, más de una de esas piezas lleva el rostro de Inés.

Mis manos vuelven al teclado. Las palabras brotan sin pedir permiso. Una conversación se despliega en la pantalla y, mientras la escribo, siento que la frontera entre lo que invento y lo que deseo se difumina. Los diálogos fluyen con esa naturalidad peligrosa que solo aparece cuando te implicas demasiado.

Me detengo. Releo. Me doy cuenta de que he escrito casi la misma frase que Inés me dijo en la piscina. No la corrijo. No quiero hacerlo. Dejarla ahí me produce una satisfacción extraña, como un secreto escondido entre las páginas.

Continúo. La protagonista mira a la otra con una intensidad que no requiere descripción, porque el lector sabrá exactamente lo que sucede. Yo también lo sé. Lo que desconozco es si mañana, en MOTTEAU, seré capaz de sostener esa mirada fuera de la ficción.

Me acomodo en la silla con el cuerpo tenso, entre el cansancio y la excitación. La madrugada siempre me ha parecido el momento más honesto para escribir: no hay distracciones, ni llamadas, ni compromisos. Solo la historia y yo. Y esta noche, además, me acompaña otra certeza: en unas horas, lo que hasta ahora solo habita en mi cabeza podría empezar a tomar forma real.

Guardo el documento y cierro el portátil con cuidado, como si temiera despertar algo dormido. Sé que dormiré poco, pero no me importa. Lo esencial es que mañana llevaré conmigo esos fragmentos, esos capítulos sueltos que aún no terminan de encajar, pero que sé que merecen la pena.

Porque, de algún modo, la aparición de Inés no solo me ha devuelto la inspiración: me ha recordado que algunas historias comienzan con la llegada inesperada de alguien a tu vida.

…

El bar está medio lleno, iluminado por luces de neón que tiñen todo en tonos rosados y morados. Afuera, la noche sigue su ritmo habitual, pero dentro el aire se impregna de música lenta mezclada con el aroma del alcohol y el humo que se acumula en los rincones.

Clara se sienta en la barra, con una copa de ginebra en la mano y las piernas cruzadas. El vestido negro le abraza las curvas con naturalidad, y sus ojos claros y curiosos recorren el local… al menos hasta que aparece Daniela.

Daniela avanza hacia ella con la seguridad de quien sabe que todas las miradas la siguen. Viste una camisa blanca medio desabotonada y un pantalón corto que deja a la vista sus piernas largas. Sus labios tienen un brillo sutil, y cuando sonríe al verla, Clara siente que algo se enciende en su interior.

—Has llegado tarde —dice Clara con un tono que revela cuánto la ha estado esperando, aunque no lo admita.

—Quería que te impacientaras… —replica Daniela, apoyándose en la barra junto a ella.

El camarero se acerca y Daniela pide un whisky. Mientras charlan de cualquier cosa —un concierto, el calor sofocante de agosto, un amigo en común—, sus cuerpos mantienen otra conversación aparte. Sus brazos se rozan cuando beben, sus rodillas se tocan cada vez que Daniela se gira hacia ella, y sus miradas se buscan con la precisión de dos imanes incapaces de vivir separados.

Clara juguetea con el borde de la copa, como si con ese gesto pudiera contener la tensión que la atraviesa. Cada vez que Daniela inclina la cabeza para escucharla, el perfume que desprende se cuela en su respiración y la vuelve más torpe de lo que quiere mostrar.

Daniela aparta un mechón de pelo tras la oreja. Un gesto mínimo, pero suficiente para que a Clara se le dispare el pulso. La camisa se abre un poco más con el movimiento, revelando más piel que tela y obligándola a bajar la mirada, solo para volver a alzarla un instante después.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti? —pregunta Daniela de repente, con voz baja.

—Sorpréndeme.

—Que no necesitas tocarme para hacerme sentir que me acaricias.

Clara esboza una media sonrisa peligrosa, la de quien sabe que está en la misma frecuencia.

—Lo mismo me ocurre contigo. Pero no sé cuánto más voy a resistir sin hacerlo.

Daniela da un sorbo a su whisky y, sin apartar los ojos de los de Clara, se inclina lo justo para que sus manos se deslicen por las piernas de ella. El contacto es suave, pero intenso; basta para que ambas contengan la respiración.

La música sigue sonando, el bar continúa a su ritmo, pero para ellas el mundo se reduce a ese punto exacto donde sus pieles se rozan mientras se desnudan con la mirada.

Daniela ladea la cabeza con una calma que contrasta con la intensidad de sus ojos oscuros.

—Si quieres… podemos dejar de hablar y…

Clara deja la copa sobre la barra y se acerca apenas lo suficiente para susurrarle al oído:

—Eso mismo pensé en cuanto te vi entrar.

El resto queda suspendido en el aire, aguardando a que alguna se decida a moverse. Y lo hacen, aunque ninguna retrocede.



CAPÍTULO 19

Viviendo la realidad

EVA

Madrid se ha despertado hoy con un aire más otoñal que en días anteriores. Ha llovido, no demasiado, pero lo suficiente para impregnar el ambiente de ese aroma a humedad fresca que eriza la piel. La ciudad aún parece dormida: los lunes tienen ese compás más lento, como si todo costara un poco más de lo habitual, y eso me gusta.

La cafetería lleva en marcha desde hace horas. A mi alrededor se entremezclan el olor del café recién molido y el de la bollería aún caliente. Algunas personas desayunan con calma; otras, como yo, simplemente esperan.

Tras una noche que se me hizo interminable, en la que encadené cinco capítulos seguidos, arrastro un dolor de cabeza punzante y un escozor en los ojos que apenas me permite mantener la mirada fija. Sé que debería cuidarme más, pero tampoco podía presentarme hoy a la reunión con tan solo cinco capítulos. Ahora tengo diez —sin corregir, sin pulir—, pero diez al fin y al cabo, y eso ya es algo.

Mientras viajaba en metro, pensé en ser yo quien invitase a Inés a desayunar. Una manera velada de agradecerle que haya reactivado mi inspiración, convirtiéndose sin saberlo en musa, en la viva representación de Daniela, una de mis protagonistas. Pero, claro, si me pregunta no se lo podré decir: no todo el mundo acepta de buen grado que lo tomen como ejemplo. Y no quiero que se sienta incómoda.

He elegido una mesa al fondo y, mientras espero a que llegue, me descubro divagando, mientras observo cada pequeño detalle a mi alrededor. Siempre se me ha dado bien estar atenta a todo y a nada a la vez, captar retazos que luego terminan incrustados en mis novelas. Los escritores —o al menos muchos de nosotros— vivimos así, transformando en palabras lo que sentimos, lo que escuchamos, lo que percibimos. Porque las palabras no solo se enriquecen con vocabulario; se llenan de vida cuando laten.

Pido un café solo y uno de los cruasanes que me han hecho ojitos al entrar. Quizá debería haber esperado a Inés, pero necesito distraerme con algo, o acabaré escalando por las paredes. El café llega enseguida, humeante, y me aferro a la taza como si pudiera transmitirme energía. El calor de la cerámica me ancla; me da un pretexto para no mirar la puerta a cada instante.

Por un momento pienso en la reunión que tendremos en unas horas con Alba y el resto del equipo de Rubor. Estoy intranquila: es la primera vez que alguien leerá mis páginas con intención de juzgarlas antes de lanzarlas al mercado. Profesionales que saben de esto, y temo que me digan: «Eva, no es lo que esperábamos». Aunque en mi fuero interno sé que la historia respira por sí sola, que tiene fuerza.

La puerta vuelve a abrirse y una pareja mayor entra, ocupando la mesa contigua. Hablan en voz baja, con ternura. Al fondo, dos estudiantes irrumpen con su risa clara y se sientan en un rincón. Yo sonrío. MOTTEAU siempre tiene ese aire acogedor que invita a quedarse horas, como si el tiempo se detuviera.

Un sorbo de café me arrastra de nuevo hacia Inés, hacia las miradas que cruzamos en la piscina. Recuerdo también la forma en que interactuaba con su hijo: los dos reían como niños, se lanzaban al agua, disfrutaban sin reservas. Vi otra faceta de ella, tan distinta de la seria y profesional que conocía.

La puerta se abre otra vez y, aunque intento no reaccionar, mis ojos se vuelven hacia allí casi por instinto. De repente, el murmullo de las conversaciones, el vapor de la cafetera, el tintinear de las cucharillas… todo se atenúa un instante.

Inés entra. Su pelo negro, suelto, se desliza sobre los hombros como una tela brillante que atrapa la luz suave de la mañana. Lleva gafas de sol grandes, oscuras, que le ocultan los ojos, pero no su manera de moverse: pausada, firme, con esa seguridad que hace que cualquiera gire la cabeza para seguirla.

Sus ojos me buscan entre las mesas. Cuando al fin me encuentra, ocurre algo mínimo pero definitivo. Sonríe. No es una sonrisa amplia ni fingida, sino un gesto espontáneo, sincero, que parece escapársele sin permiso. Con calma, desliza las gafas por el puente de la nariz hasta dejarlas a media altura y, entonces, me muestra sus ojos. Y se clavan en mí.

Es un segundo, quizá dos. Pero me deja sin aire.

Permanezco inmóvil, con la taza entre las manos, sabiendo que debería corresponder con la misma naturalidad, pero algo en mí se bloquea. El calor me asciende desde el pecho hasta las mejillas. El aire se espesa, como si de repente costara más respirarlo.

Ella avanza hacia la mesa. Su americana abierta deja entrever una camisa blanca ligera y un pantalón oscuro que alarga —más aún— sus piernas. Y yo… yo me siento tan vulgar bajo su mirada que me recojo sobre mí misma; una mujer de pelo cobrizo, pecas dispersas en las mejillas, una camiseta informal y restos de café en los labios. Nada destacable. Pero cuando ella me mira, todo eso carece de importancia.

—Buenos días —saluda al llegar. Su voz es suave, como si la hubiera preparado justo para este momento.

—Hola —atinó a responder, y es todo lo que consigo articular sin que me tiemble la voz.

Se sienta frente a mí y deja las gafas sobre la mesa. Sus ojos siguen fijos en los míos, y me pregunto si nota que estoy buscando desesperadamente un punto neutro donde posar la mirada para no delatarme. Pero no lo encuentro.

—¿Has dormido algo? —pregunta, inclinándose apenas hacia adelante.

—Muy poco. Me quedé escribiendo hasta tarde —contesto, forzando una sonrisa que espero parezca relajada.

—Eso suena a noche productiva —comenta con una media sonrisa que me deja paralizada.

Su forma de decirlo no tiene nada de interrogatorio. Más bien suena a un interés genuino que me incomoda y me atrae a partes iguales. Y es justo en ese instante cuando, sin quererlo, mi cabeza superpone esta escena con la última que escribí anoche; aquella en la que mis personajes coincidían en un bar, intercambiando miradas cargadas de tensión. En mi novela todo era más intenso, más físico, más directo… pero lo que está ocurriendo aquí y ahora es… real.

Ella desvía la mirada hacia los tablones de madera de la cafetería y me doy cuenta de que no ha dejado de sonreír en ningún momento. Sus ojos negros se mueven de un lado a otro, y luego se posan en lo que yo había pedido antes de que llegara.

—¿Te apetece algo más? —me pregunta con naturalidad—. Puedes pedir lo que quieras, invito yo.

—No hace falta —respondo enseguida, casi atropellada.

—No es cuestión de que haga falta —replica con un tono tan tranquilo que me pone mariposas en el estómago—. Es que me apetece.

La camarera se acerca y, mientras Inés pide su desayuno, yo aprovecho para darle un sorbo al café. En mi cabeza las preguntas se acumulan. Me encantaría preguntarle qué le ha parecido el pequeño extracto que le envié, incluso enseñarle la escena completa para que la lea despacio y se adentre más en la historia. Pero una parte de mí recuerda que Daniela es el reflejo vivo de Inés, y existe la posibilidad de que ella se reconozca en esas líneas.

—Entonces, ¿ya tienes mucho avanzado? —inquiere con curiosidad, sosteniéndome la mirada.

—Sí, bueno… con los que escribí anoche, me quedan poco más de cinco capítulos para terminar —respondo, pasándome la mano por la

nuca—. Aunque no están escritos de forma consecutiva. Tengo la costumbre, buena o mala, de redactar escenas sueltas, desordenadas.

—Pensaba que escribías todo del tirón —admite, frunciendo el ceño—. ¿No es más difícil hacerlo como lo haces tú?

—No siempre trabajo así —le explico con calma—. Tengo novelas que escribí seguidas de principio a fin, y otras, como esta que fueron tomando forma conforme situaba escenas sueltas y luego las unía. A veces pasa, tienes tantas ideas que no sabes dónde encajarlas y prefieres dejarlas en el papel. Yo soy de las que creen que una historia cobra vida poco a poco, con el paso del tiempo.

—Admiro muchísimo esa capacidad vuestra de poner en palabras cosas que solo se sienten… —susurra sin apartar sus ojos de los míos —. Por ejemplo, el extracto que me enviaste —añade, recostándose en la silla—. ¿Cómo consigues atrapar tanto en tan poco?

«Porque tú fuiste la causa y todo surgió así de inmediato», pienso sin atreverme a decirlo.

No sé muy bien qué responder, así que dejo que el silencio hable por mí. A veces es mejor permitir que una pregunta quede flotando. Ella aparta un mechón de su cara y lo coloca detrás de la oreja. Un gesto sencillo, casi automático, que me sorprende por lo mucho que logra atraparme.

—Y bueno… ¿ya habéis hablado de cómo será mi presentación? —pregunto yo entonces, girando la conversación hacia el trabajo, en un intento de que mi novela quede en segundo plano—. Alba me comentó hace unos días que lo estabais preparando en conjunto, y tengo ganas de conocer vuestras ideas.

—La verdad es que queremos que sea algo muy especial, cercano y familiar —responde como si pensara en voz alta—. Queremos que tanto tú como tus lectoras recordéis esta gira como la primera de muchas. Eso sí, le propusiste muchas ciudades a Alba, pero yo pensé en cinco fundamentales, y Valencia, tu tierra, como el inicio de todo.

—Eso sería maravilloso...

Me sorprende lo fácil que resulta hablar con ella, como si las palabras fluyeran sin más. Con otras personas suelo sentirme rígida, y mido lo que digo, cuidando las formas. Pero con Inés existe una naturalidad que me desarma, una calma que me invita a bajar la guardia. Y al mismo tiempo, me inquieta.

Ella da un sorbo a su café en cuanto se lo sirven y me observa como si quisiera descifrarme. No lo hace de manera invasiva, sino con atención constante, una atención que me hace sentir el centro de todo su interés. Por un instante temo que pueda leer lo que estoy pensando, que note el calor que me sube a las mejillas cuando nuestras miradas se enganchan y ninguna parece querer apartarse.

—Lo cierto es que me intriga mucho leer la novela completa —confiesa, dejando la taza sobre la mesa—. Ese fragmento me dejó con ganas de más.

Sonrío, nerviosa. No sé si debería alegrarme de su interés o preocuparme de que descubra demasiado. Daniela, Clara… los nombres son ficción, pero las emociones que hay debajo se sienten demasiado cercanas a lo que estoy viviendo ahora.

—Cuando la termine, estoy segura que serás de las primeras en leerla —digo, aunque enseguida me arrepiento un poco de la espontaneidad.

Sus labios se curvan en una sonrisa que ilumina sus ojos negros. Esa sonrisa me da un vuelco en el estómago, como si me hubieran pillado en plena confesión.

La camarera vuelve para preguntar si queremos algo más, pero ambas negamos al unísono. La coincidencia nos hace reír, y en esa risa compartida descubro lo fácil que sería dejarme llevar. Lo fácil… y lo peligroso.

Fuera, Madrid se mueve a su ritmo mientras que adentro, todo parece haberse ralentizado, como si la cafetería se hubiera convertido en un paréntesis entre lo que éramos antes de sentarnos aquí y lo que quizá podríamos ser después.

Y mientras la observo centrarse en la tostada que pidió para desayunar, me descubro pensando que, desde el primer día que la vi, he dejado de escribir como lo hacía antes. Porque la ficción se ha contaminado de realidad. Y porque Inés, de una forma u otra, ya forma parte de mi historia.



CAPÍTULO 20

Lo que se cuenta en las novelas

INÉS

He perdido la noción del tiempo. El café que pedí nada más llegar a la cafetería ya está tibio, pero aun así lo sostengo como si todavía humeara y pudiera filtrarse su calor por mi piel. Me inclino ligeramente hacia la mesa, con los codos cerca de la taza, sin apartar la mirada de sus ojos. Eva me habla de cómo empezó a escribir. De Olivia, su mejor amiga y también su primer amor. No entra en demasiados detalles, pero puedo imaginarlo: la adolescencia, los silencios de los sentimientos que no se hablan, esa timidez torpe que parece ser el idioma inicial del amor.

Eva y yo no somos tan diferentes. Bueno, quizá sí. Yo también me enamoré de alguien que trastocó todos mis planes. Sé que haberme quedado embarazada fue responsabilidad mía, que acceder a mantener relaciones con Pablo sin protección fue una decisión que tomé yo. Y aunque no sea excusa, tenía veinte años y la cabeza llena de castillos en el aire que no se sostenían.

Él era mayor que yo, mucho mayor, y huyó del problema como si le quemara en la piel. Yo, en cambio, lo acepté y lo convertí en el mayor reto al que puede enfrentarse una mujer. Sobre todo, cuando te quedas sola frente a él, sin ayuda de nadie.

Estar en MOTTEAU me devuelve a aquellos días en los que Fran hacía una pausa para sentarse conmigo y preocuparse por cómo me iba

todo. Si no recuerdo mal, en esta misma mesa lloré mucho y estudié demasiado.

—Las personas no solemos darnos cuenta de lo mucho que influimos en la vida de quienes se cruzan en nuestro camino —le digo. Y lo creo de verdad—. Se nos olvida que lo que hacemos, las elecciones que tomamos y las palabras que pronunciamos pueden cambiar el rumbo de la vida de otros.

Eva me observa como si las frases que acabo de soltar flotaran aún en el aire, buscando un lugar donde posarse.

—Por eso debemos ser consecuentes con lo que hacemos… —susurra, y deja que su mirada vague por la cafetería antes de volver a mis ojos—. Pero bueno, Olivia nunca supo que estaba enamorada de ella. Y fue mejor así, porque para mí resultaba más fácil escribirlo que confesarlo —admite con una sonrisa ladeada, cargada de nostalgia.

—¿Y después de Olivia? ¿Ya no ha habido nadie más en tu vida? —pregunto, casi sin pensar. No sé si lo hago por simple curiosidad personal o por querer conocerla mejor. Quizá por ambas cosas.

—Sí, claro que sí… —responde tras tomarse unos segundos—. Elena fue mi última pareja. Terminamos por incompatibilidades. Ella… bueno, no comprendía mi mundo —explica con honestidad. Hay tanta franqueza en sus palabras que me incomoda y me atrae a la vez—. Y no la culpo; ¿quién iba a querer estar con alguien que vive por y para esto? —añade de repente, señalando con un gesto la carpeta donde imagino que guarda lo escrito hasta ahora.

—Cualquiera que sepa ver que tu trabajo alimenta corazones —respondo sin apartar la vista de ella, de cómo sus dedos juegan con el borde de la servilleta.

No planeaba expresarlo así, pero las palabras brotan limpias, directas, y noto el cambio en su gesto. Es apenas un matiz: una sonrisa que se ensancha levemente, una mirada cómplice y esa chispa que se enciende entre nosotras y nos envuelve. Es extraño que ocurra teniendo en cuenta lo poco que nos conocemos, pero sería absurdo negar que existe.

—Me pregunto si eso basta… —murmura finalmente, rompiendo el silencio que nos rodea.

No respondo de inmediato. Me pregunto si se da cuenta de que, mientras habla, yo intento memorizar los reflejos dorados que la luz arranca de su pelo.

—Basta para quien lo entienda. Para quien sepa reconocer que en esas palabras que escribes también está impreso tu corazón —digo al cabo de unos segundos, y noto que mi voz ha adoptado un tono íntimo, casi confidencial.

La puerta se abre. Se escuchan tazas, risas, conversaciones. Todo nuestro alrededor se difumina hasta reducirse solo a nosotras, y aunque me quedaría aquí con ella todo el día, me obligo a mirar el reloj. La reunión con la editorial no espera, y no quiero que esto —sea lo que sea— nos haga llegar tarde.

—Será mejor que nos vayamos —digo, rompiendo el momento, aunque una parte de mí quiera estirarlo un poco más—. Alba y las chicas nos esperan, y estoy segura de que están deseando leer lo que llevas ahí dentro.

Ella asiente despacio, recoge sus cosas y, nos ponemos en pie casi al mismo tiempo. Durante unos segundos hay un titubeo extraño en el que ninguna de las dos sabe quién dará el primer paso hacia la puerta. Finalmente, cedo y avanzo, pero Eva se coloca a mi lado enseguida, como si temiera dejar demasiada distancia entre nosotras.

—¿Sabes? —comento mientras caminamos hacia la puerta—. Este sitio es perfecto para escribir. La gente cree que es ruidoso, pero en realidad está envuelto por ese sonido cálido, ¿no crees? Ese murmullo que te envuelve y te deja sola con tus pensamientos.

Eva gira hacia mí con una sonrisa suave.

—Lo dices como si lo hubieras comprobado más de una vez.

—Más de las que me gustaría admitir —confieso, riendo con un poco de vergüenza—. Aquí estudié, lloré, incluso me escondí del mundo

en su momento. Si tuviera tu talento, probablemente habría llenado cuadernos enteros en estas mesas.

No responde de inmediato, pero noto la curiosidad impregnando su gesto, como si se llevara mentalmente esa idea consigo. Al salir a la calle, el aire fresco nos envuelve y, por un instante, nos detenemos una frente a la otra, con la ciudad estirándose alrededor.

—Quizá tenga que probarlo —dice al fin, y reconozco en su voz un matiz distinto.

Camino junto a ella hacia la editorial, y lo hago con la sensación de que algo invisible nos acompaña. No son las palabras, ni la conversación lo que me inquieta, sino la seguridad de que, aunque intentemos ignorarlo, algo está empezando a nacer entre nosotras.



CAPÍTULO 21

Las sensaciones que encogen el estómago

INÉS

El edificio de la editorial nos recibe como en las veces anteriores, con ese aire clásico que contrasta con los negocios modernos instalados en la planta baja. El vestíbulo es amplio, silencioso y frío. Durante el trayecto hasta aquí no hemos hablado demasiado; Eva tiene el don de volcar sus emociones en el papel, pero no me cabe duda de que le cuesta mucho más ponerlas en palabras cuando conversa.

Caminamos hacia el ascensor y, al entrar, el reflejo de Eva en los espejos me roba la atención. No hace falta ser detective para advertir que está nerviosa, que esta sesión con el equipo la mantiene en tensión.

—No te preocupes por nada —comento, intentando disimular que llevo toda la mañana observando sus gestos—. Seguro que todo va genial.

—Es la primera vez que alguien va a ponerle nota a uno de mis borradores —explica, con las cejas arqueadas—. No puedo evitar estar nerviosa…

Las puertas se abren y chocamos con el movimiento de las personas que van de un lado a otro. La recepcionista, que ya nos conoce, no tarda en invitarnos a pasar, y eso hacemos.

Desde fuera de la sala alcanzo a escuchar la voz de Alba, y algo me dice que ellas también sienten cierta expectación. Eva abraza su carpeta

contra el pecho, como si ese gesto pudiera apaciguar sus emociones.

Al entrar, Joana es la primera en acercarse. Tras ella, Claudia, con una carpeta bajo el brazo y ese aire de organización que se resquebraja cuando nos da dos besos. Natalia no se levanta de su asiento, pero nos dedica una sonrisa amable. Por último, Alba estrecha a Eva en un abrazo de oso que arranca una carcajada a todos.

—Por fin nos reunimos todas… —dice con entusiasmo—. Tenemos muchísimas ganas de conocer de qué trata tu nueva novela.

—Pues yo estoy cagada de miedo… —confiesa Eva sin rodeos.

Su sinceridad transforma la tensión en una ola de risas. Yo me limito a sentarme a su lado. La conversación fluye con naturalidad mientras compartimos anécdotas, recordamos presentaciones pasadas, bromeamos… Por un momento, no parece una reunión profesional, sino un encuentro de viejas amigas en el que solo falta la cerveza en la mesa. Poco a poco, sin embargo, la atención regresa al motivo real de la cita.

—Bueno, basta de distracciones —interviene Claudia, con un destello de curiosidad en los ojos—. Dime que has traído el borrador…

—Os lo prometí. Aunque aún quedan los últimos capítulos.

Eva abre la carpeta, extrae varios montones de folios grapados y reparte uno a cada persona.

—Bueno… los borradores son eso, borradores —aclara con cierta timidez—. No es definitivo, pero creo que os dará una idea del tono, de la temática y de las protagonistas. También del ritmo que va a tener...

No entiendo por qué me mira tanto, pero en cuanto aparto la vista de sus ojos, me concentro en la lectura.

La historia arranca con Clara, una mujer que entra en una cafetería para refugiarse de una llovizna repentina. Su forma de observar el mundo, de detenerse en los pequeños detalles, me resulta sospechosamente familiar. Sigo avanzando y cada línea parece dibujarla a ella, a Eva, que me mira con expectación, como si supiera lo que voy a descubrir entre sus letras.

Paso la siguiente página y me encuentro con Daniela. Camina por la ciudad con seguridad, se detiene frente a un escaparate y se observa en el reflejo. La piel se me eriza. No solo se parece en lo físico —el pelo, la estatura, incluso la forma de sonreír—, sino en la manera de pensar, en sus silencios… me señala a mí. Es imposible no darse cuenta.

Continúo leyendo y la sensación se intensifica. Daniela arrastra un recuerdo que la persigue desde hace años. La descripción de esa memoria es tan precisa que podría jurar que habla de mí, aunque jamás le conté esa parte de mi vida.

Levanto la vista y me sorprendo al encontrarla observándome. No sé si me estoy volviendo loca o simplemente vulnerable, pero bajo la mirada y prosigo. Daniela conoce a Clara en una situación casual y de inmediato surge entre ellas una conexión imposible de disimular. Los diálogos parecen arrancados de conversaciones que yo misma tuve, aunque con otras palabras, en otro tiempo. Es como si hubiera capturado mi esencia y la hubiese transformado en ficción, expuesta, pero lo justo para que los demás no lo sepan.

—Es… muy visual —comenta Natalia desde el otro extremo de la mesa—. Puedo ver cada escena, casi oler el café en la primera página y el perfume de Daniela en la última.

Me encojo y me paso una mano por el cuello.

—Sí —añade Joana—. Y las protagonistas resultan muy cercanas. Te atrapan enseguida.

Yo no digo nada. No puedo. Las palabras se me atascan en la garganta. Vuelvo a leer un párrafo: «Ella no lo sabe, pero su forma de mirarme ha provocado que las paredes que levanto para protegerme cedan».

El pecho se me contrae. Eva responde a las impresiones de los demás con serenidad, pero de vez en cuando su mirada regresa a mí.

Alba interviene:

—Creo que con esto podemos trabajar muy bien la campaña. La historia de las protagonistas tiene muchísima fuerza, y el romance es…

Una palabra se abre paso en mi mente: «inevitable». Mientras el resto debate estrategias y fechas, yo me pierdo en mis propios pensamientos. Quiero preguntarle a Eva cómo nació Daniela. Si es pura coincidencia que se parezca tanto a mí o si lo hizo a propósito. Si lo que sentí al leer aquel párrafo que me envió —y que he vuelto a releer varias veces— es solo cosa mía.

—¿Y tú qué opinas? —me susurra lo bastante bajo para que solo yo lo escuche.

—La verdad es que no sé qué decir —respondo casi en un murmullo—, pero… —Miro de nuevo los folios y suspiro—. Creo que son increíbles.

No sé si esperaba otra cosa, pero sonríe. Y me relajo al instante. Lo único que quiero evitar, de momento, es hablar de esto con ella rodeada de tanta gente.

—Me alegra que os haya gustado. Estaba tan nerviosa que dudaba de estar a la altura.

—Nos has impresionado —asegura Alba con una sonrisa amplia —. Pero necesitamos más. Así que lo mejor es que sigas trabajando mientras nosotros empezamos con lo demás. Con este material ya tenemos bastante.

—Os mandaré los últimos capítulos en los próximos días, ¿de acuerdo?

—Aquí los esperaremos —añade Joana—. Y con muchas ganas.

Eva se levanta y, casi al mismo tiempo, yo la imito. Aún me quedan horas de reunión, pero decido acompañarla hasta los ascensores. Cuando llegamos, me coloco a su lado con las manos en los bolsillos.

—Daniela… —empiezo.

—Espero que no te haya molestado —me interrumpe—. Pero desde aquel día en la cafetería... —confiesa justo cuando el ascensor se abre y se introduce en él. Me lanza una última mirada, una chispa de

conexión—. En un libro de romance siempre hay más verdad que ficción.

Al segundo, la puerta se cierra, dejándome con esa sensación extraña recorriéndome por dentro.



CAPÍTULO 22

Una idea loca

INÉS

No sé cuánto tiempo llevo frente a la puerta del ascensor, observando mi reflejo en el metal pulido. El desayuno con Eva, nuestra conversación y la lectura de los borradores me han atravesado como un rayo, haciéndome temblar desde la raíz hasta las puntas. Sigo anclada en el mismo lugar en el que estaba cuando ella me regaló esa última sonrisa. Incapaz de moverme. Incapaz de despegar los pies del suelo. Y no sé qué espero, porque, sea lo que sea, no lo voy a encontrar aquí.

Cuando por fin consigo dar media vuelta y regresar a la sala de reuniones, el reloj marca casi las doce. El pasillo que une la recepción con la sala está desierto y silencioso, y al abrir la puerta me sorprende encontrar dentro la misma quietud.

Las chicas permanecen sentadas, mirando a la nada. Pero en cuanto notan mi presencia, sus ojos se clavan en mí como si acabara de interrumpir una conversación que me afecta directamente.

—¿Por qué me miráis así? —pregunto, deteniéndome en el umbral.

Nadie responde. Se miran unas a otras, como si debatieran en silencio quién debe atreverse a hablar primero. Cierro la puerta, avanzo hasta mi sitio y me siento.

—¿Tengo algo en la cara o qué? —insisto, mientras recojo la copia de los capítulos que Eva imprimió para mí y la guardo en una de las carpetas de mi maletín.

Alba se inclina hacia delante, apoya los antebrazos sobre la mesa y me sonríe con malicia.

—La verdad es que… —deja caer—. ¿Te has fijado en que Daniela es clavadita a ti?

Siento cómo los hombros se me tensan y cómo, de golpe, lo único que deseo es salir corriendo de allí.

—Estáis exagerando —respondo sin mirarlas a los ojos—. Sabéis de sobra que en los libros hay coincidencias todo el tiempo.

—Inés, no me digas que no te has dado cuenta —interviene Claudia, que hasta ahora había guardado silencio—. No se parece solo físicamente. También en los gestos, en la forma de hablar… ¿Eva no te ha dicho nada?

—¿A mí? —exclamo, alzando una ceja—. Pero si hace apenas dos días que la conozco. No he tenido ni ocasión.

—Si esto fuera una película, tú serías la actriz perfecta para interpretarla —suelta Alba, con ese tono bromista al que ya me tiene acostumbrada—. Voy a tener que preguntárselo porque las similitudes son demasiadas.

—Si lo haces, la vas a incomodar. Y, además, ¿qué más da? Si me ha tomado como inspiración para su personaje, no pasa nada.

Fuerzo una sonrisa, aunque ni yo misma me creo lo que acabo de decir. Pero entonces Joana, que no había abierto la boca en toda la conversación, levanta un dedo hacia mí, y sé que lo que viene no me va a gustar nada.

—¡Ya lo tengo! ¡Es perfecto!

—¿Qué idea absurda se te ha ocurrido ahora? —pregunta Natalia, cruzándose de brazos y girando la silla para encararla.

—¿Y si aprovechamos que Inés y Eva son tan parecidas a Daniela y Clara, y vendemos la historia como si fuese la verdadera historia de amor que se esconde tras la novela?

El silencio dura apenas un par de segundos antes de romperse en carcajadas. Yo, en cambio, me quedo inmóvil, sin saber si unirme a las risas o frenar la locura de inmediato.

—Ni lo sueñes —digo con una firmeza que me sorprende—. Eso no tiene ningún sentido.

—Claro que lo tiene —replica Joana, divertida—. Sería una campaña espectacular: «La novela que nació de un amor real». Las lectoras de Eva se volverían locas.

—No —repito, tajante—. Nos conocemos desde hace un par de días y tampoco es que… —me freno, consciente de que cualquier palabra de más puede convertirse en munición para sus bromas—. En fin, que no. Además, recordad que tengo un hijo y que él podría escuchar cualquier tontería.

Alba levanta las manos en gesto de paz, aunque su sonrisa persiste.

—Está bien, era solo una idea —concede, aunque su mirada me taladra como si quisiera leerme los pensamientos.

Intento desviar la atención hacia lo que realmente importa. Abro mi cuaderno, paso unas cuantas páginas y comienzo a esbozar propuestas de itinerarios, posibles librerías…

Mientras hablamos del diseño del material promocional, mi mente se escapa una y otra vez hacia esas páginas que he leído. Me descubro preguntándome cuántas partes de mí hay en Daniela, y cuántos rasgos de Eva se esconden en Clara, la otra protagonista.

—Inés, ¿crees que con esto ya puedes organizar un programa? —me pregunta Natalia, sacándome en seco de mis pensamientos.

Parpadeo antes de contestar.

—Sí, aunque necesitaré al menos una semana para preparar algo que realmente valga la pena —respondo, aunque no estoy del todo convencida de conseguirlo—. Pero me daré toda la prisa posible.

La reunión continúa, pero sé que la atención ya no está en los plazos ni en los planes. Está en lo que creen haber descubierto entre líneas y que, aunque lo niegue mil y una veces, es real.



CAPÍTULO 23

Todo lo que él espera

INÉS

El ruido de la ciudad a esta hora de la tarde me recibe en cuanto pongo un pie en la acera del colegio. Frente a la verja, varias madres se agrupan en corrillos, compartiendo quejas y opiniones sobre los cien euros que debemos pagar de material este año. Yo, en cambio, me quedo un poco apartada. No me apetece unirme a esa conversación: no me parece un gasto tan grave teniendo en cuenta que este curso no tenemos que comprar los libros.

El timbre suena y libera una corriente de gritos, pasos y voces que se precipitan hacia la salida. La puerta se abre y, en cuestión de segundos, el patio se convierte en un río de uniformes azules y mochilas demasiado grandes para cuerpos tan pequeños.

Entre todos ellos, localizo a Lucas. Sus ojos me buscan incluso antes de atravesar la puerta y, cuando al fin me encuentra, su cara se ilumina con una sonrisa que me desarma. Corre hacia mí, sorteando a otros niños con agilidad.

—¡Mamá! —exclama, y antes de que me dé tiempo a agacharme, ya se ha lanzado a mis brazos.

Lo sostengo fuerte contra mí, aspirando ese olor suyo a sol, a tiza y a un dulzor indefinible que nunca desaparece del todo en su piel. Su

abrazo me devuelve a tierra firme, como si todas las conversaciones que he mantenido a lo largo del día se quedaran en el pasado.

—Hola, mi vida —murmuro contra su pelo—. ¿Qué tal el día?

—Bien —responde, separándose un poco para mirarme—. Hicimos un dibujo de otoño y la *seño* dijo que el mío parecía un cuadro.

—¿Un cuadro? Vaya, entonces tenemos un artista en casa.

Sonríe orgulloso, con las mejillas aún encendidas por la carrera. Caminamos juntos hacia la salida, rodeados de voces, de risas, del traqueteo de los carritos y de algún llanto aislado.

—¿Me lo enseñarás cuando lleguemos a casa? —le pregunto.

—Claro. Está en la carpeta. Pero no me dio tiempo a terminar el árbol, porque… —De pronto se interrumpe, como si otra idea más importante le hubiese ocupado el pensamiento. Me mira con esa seriedad precoz que a veces adopta y que me hace olvidar lo pequeño que aún es—. Mamá, ¿sabes qué? —dice, bajando un poco la voz—. Aitana me ha contado que va a tener un hermanito.

—¿Ah, sí? —respondo, fingiendo despreocupación.

—Sí. Dice que lo sabe desde hace semanas, que sus papás se lo contaron en la cena. Y me dijo que ella le va a enseñar a pintar y a leer, y que cuando llore lo calmará cantándole canciones.

Su entusiasmo es tan puro que me sorprende. Me aprieta la mano y, con esa inocencia tan característica, lanza la pregunta sin rodeos:

—¿Yo puedo tener un hermanito?

El corazón me da un vuelco.

Me detengo apenas un segundo, lo suficiente para que él lo perciba. Su cara me observa con expectación, como si la respuesta dependiera únicamente de mí. Trago saliva, buscando una salida que no encuentro.

—Lucas… —empiezo, con una sonrisa que intento hacer ligera—, esas cosas no funcionan tan rápido.

—¿Y cómo funcionan? —insiste, frunciendo el ceño, curioso.

—Pues… —Mi mente corre a contrarreloj, intentando dar con una explicación que no sea demasiado dura pero que tampoco se quede en una mentira piadosa—. A veces los niños llegan cuando las familias están preparadas. Y otras veces… no llegan.

—¿Y nosotros estamos preparados? —pregunta, y siento que el agua me cubre hasta el cuello.

Mi primer impulso es esquivar la conversación. Su pregunta abre en mí un espacio que preferiría mantener cerrado.

—Tenemos tantas cosas bonitas ahora mismo… —digo, acariciándole el pelo—. Tú y yo hacemos un gran equipo, ¿verdad?

Asiente, aunque no del todo convencido.

—Sí, pero sería mejor si fuésemos tres.

Su inocencia me rompe por completo. No lo dice como exigencia, sino como un deseo limpio que no conoce de las complicaciones adultas. Quiero explicarle que tener un hijo no es como pedir un regalo de cumpleaños, que la vida es más enrevesada. Quiero confesarle que mi tiempo, mis emociones, incluso mi vida entera, están enredadas en un lugar frágil. Pero no puedo. No frente a esos ojos llenos de esperanza.

—Quizás algún día —susurro, y deposito un beso en su frente.

Con eso parece bastar. Su expresión se relaja y enseguida cambia de tema, contándome un partido de fútbol en el recreo y cómo ganó una carrera, aunque se le desató un cordón. Yo lo escucho con sonrisas, con preguntas que completan sus relatos. Pero por dentro, sus palabras se me quedan grabadas.

Seguimos el camino a casa entre el murmullo de las demás familias. Me esfuerzo por mantener la conversación ligera, por dejar que hable de sus cosas sin que note lo que se me remueve dentro. Pero a ratos su voz se convierte en un eco lejano, y mi mente regresa a la sala de reuniones, a las páginas de Eva, a la imagen de Daniela. Porque

mientras él me habla de juegos y de amigos, yo pienso en mis propios huecos, en lo difícil que es sostener los deseos de mi hijo cuando yo misma no sé qué quiero.

Al llegar a casa, Lucas entra corriendo, saca su dibujo de la carpeta y lo extiende sobre la mesa con orgullo. Un árbol torpe pero lleno de color, hojas rojas y naranjas que parecen flotar en el aire.

—¿Ves? —dice.

Lo abrazo de nuevo, intentando grabar ese instante. Porque sé que, mientras me enseña su mundo, me está mostrando también lo que espera del mío. Y por desgracia, yo aún no sé cómo dárselo.



CAPÍTULO 24

Un golpe de pelota

EVA

Cuando salí de mi apartamento a primera hora de la mañana, con el sol apenas insinuándose entre las calles, no imaginé que pasar la mañana rodeada de árboles me fuese a sentar tan bien. Llevo horas en el Retiro, escribiendo esta vez en un cuaderno de mano. Atrás he dejado el escritorio, la silla y también el ordenador. Al menos, durante unas cuantas horas.

Desde que llegué, he logrado completar cuatro escenas que pienso unir a las que he redactado estos últimos días. Me he empapado de situaciones observadas desde la distancia gracias a la gente que pasea por aquí a diario, y me he llenado de esa calidez natural que parece brotar incluso de la hierba que me acoge.

Cansada y con el estómago satisfecho después de haber devorado un bocadillo de calamares que me compré de camino, me tiendo sobre la manta y dejo la historia a un lado. Hace apenas unos minutos envié a Carlos un par de fotografías por mensaje, lo que ha terminado en un plan para comer juntos mañana. Los planes se me acumulan, y me gusta.

Una brisa fresca, ligera, me acaricia las mejillas, y la sensación es tan grata que me sorprendo con una sonrisa que se me escapa sin remedio. Aunque la calma dura poco.

—¡Lucas! —retumba una voz femenina que creo reconocer en la distancia.

Siento un golpe seco en la cara antes siquiera de comprender qué está pasando. El impacto me deja sin aire durante unos segundos y me incorporo de golpe sobre la manta. Los auriculares resbalan por mi cuello y los patos, que dormitaban plácidos en la orilla, baten las alas asustados, salpicando agua en todas direcciones.

Un instante después, la risa cristalina de un niño me alcanza como un eco inocente. Me froto la frente, todavía aturdida, y al abrir los ojos lo descubro frente a mí: pelo oscuro, sonrisa traviesa y unos ojos grandes que me observan con más curiosidad que culpa.

—¿Es tuya esta pelota?

El niño avanza un paso, aun riéndose, y entonces lo reconozco. No porque lo conozca, sino porque lo he visto antes. En la piscina, aquella mañana que ya parece lejana.

—Tú eres… —empiezo a decir.

Él se adelanta con naturalidad, completando mi frase como si fuéramos viejos conocidos.

—Lucas.

—Exacto. —Consigo sonreír, aunque todavía me duele la cara—. ¿Y dónde está tu madre?

Como si la hubiera invocado, la voz de Inés suena tras él, clara y un tanto alarmada.

—¡Lucas! Te he dicho que no le pegaras tan fuerte… porque… —La frase se le queda a mitad.

Se detiene a pocos pasos, con las manos en las rodillas, jadeante, como quien acaba de correr sin parar. Pero lo que me deja paralizada no es verla llegar, sino el instante en que nuestros ojos se encuentran. Sus labios pronuncian mi nombre, incrédula.

—¿Eva?

Asiento, aún sentada sobre la manta, con la pelota entre las manos como única prueba del accidente.

El silencio apenas dura unos segundos, pero pesa como si el aire se hubiera vuelto denso. Lucas gira la cabeza de una a otra, confuso, sin entender por qué de repente todo parece haberse detenido a su alrededor.

—Mamá, ¿la conoces? —inquiere, frunciendo el ceño.

Ella tarda en contestar, y en ese breve intervalo noto cómo la tensión me recorre de arriba abajo.

—Sí, cariño… la conozco —admite al fin, caminando hacia nosotros.

El sol de la tarde ilumina su pelo, arrancando reflejos caoba de ese negro intenso que la hacen parecer casi irreal. Y yo, con el corazón desbocado, no puedo evitar recordar lo que me dijo en la cafetería días atrás, aquellas miradas en la editorial mientras leía mis borradores, o la despedida frente al ascensor.

Lucas, ajeno al torbellino invisible, se cruza de brazos con una naturalidad que me enternece.

—Entonces no pasa nada —dictamina con seguridad—. Le di sin querer.

—No pasa nada —repito, forzando una sonrisa—. Solo ha sido un buen susto.

El niño se acerca, toma la pelota de mis manos y fija la vista en mi cuaderno abierto a un lado. Sus dedos rozan la esquina de la página y, por un instante, temo que empiece a leer en voz alta. Pero solo pregunta.

—¿Qué escribes?

—Una historia —respondo.

—¿De aventuras?

—Algo así. —Lo miro con complicidad—. A veces, las mejores aventuras comienzan sin que uno las busque.

Él asiente, satisfecho, y regresa corriendo hacia la orilla, donde otros niños lanzan piedras al agua.

De pronto, Inés y yo quedamos a solas. Ella se sienta despacio a mi lado, como si necesitara convencerse de que esto está ocurriendo de verdad. Percibo la tensión en sus hombros, pero también la curiosidad que late en su mirada.

—No esperaba encontrarte aquí —murmura, como temiendo romper algo frágil.

—Yo tampoco —respondo—. Hoy decidí cambiar la pantalla por el aire libre. A veces necesito respirar un poco.

Sonríe, y ese gesto basta para que se abra entre nosotras un espacio distinto, y nuevo.

El rumor del estanque nos envuelve; el chapoteo de los patos, las risas lejanas de los niños… El paisaje parece en calma, pero dentro de mí todo es un torbellino. No sé si debería hablarle de Daniela, de por qué la elegí para representarla. Tampoco sé si ella estará pensando lo mismo.

—Tu hijo es incansable… —comento.

—Siempre —responde con ternura, siguiéndolo con la mirada—. Parece que nunca se agota.

Su voz se suaviza al hablar de él, y descubro otra faceta de ella que me hace suspirar. Me pregunto si será así con todas las personas que forman parte de su vida. Me pregunto, y me reprocho por pensarlo.

—Le gusta hacer preguntas que no siempre sé responder —añade de pronto.

—Los niños son así. Preguntan lo que los adultos evitamos —replico, quizás demasiado rápido.

Ella gira la cabeza hacia mí, y siento que me observa más allá de las palabras, como si buscara lo que intento ocultar.

—¿Y tú? —plantea con genuina curiosidad—. ¿Siempre escribes sobre cosas que no te atreves a decir?

La pregunta me sorprende. Bajo la vista hacia el cuaderno y paso un dedo por una frase inacabada.

—Siempre.

El silencio que se abre entre nosotras, dura un poco más de lo que me gustaría. Me sorprendo contemplando su perfil, la curva de su mandíbula, la manera en que el viento mueve algunos mechones de su pelo. Y me pregunto cuánto de ella se ha quedado atrapado en Daniela sin que yo lo buscara del todo.

Lucas regresa corriendo, y rompe la corriente invisible que nos rodea. Se deja caer en la manta con naturalidad y empieza a contar cómo un pato casi le robó una galleta a un niño. Su risa, ligera, llena el espacio, y por un momento agradezco su presencia; nos ofrece un respiro, una excusa para no mirarnos demasiado tiempo.

Aun así, cada vez que nuestras miradas se encuentran, siento que el aire cambia de densidad. Como si El Retiro entero quedara suspendido, expectante, aguardando el siguiente movimiento que vayamos a dar.



CAPÍTULO 25

Cuando las cosas cambian

EVA

El aire de la tarde está impregnado de una luz dorada que se filtra entre las copas de los árboles. Caminamos despacio, bordeando el estanque, y por un instante la escena parece irreal; Lucas entre nosotras, sujetando una mano de cada una, balanceándose de un lado a otro mientras charla sin parar.

—Y entonces el pato casi se lleva la galleta, pero yo la cogí antes de que pudiera y le dije: «¡No cojas las cosas que no son tuyas!» —exclama con los ojos muy abiertos, como si reviviera la hazaña.

Su entusiasmo es tan genuino que me arranca una sonrisa, aunque una parte de mí no escucha del todo sus palabras. Estoy demasiado concentrada en la calidez de su mano pequeña enlazada con la mía y en cómo ese lazo se prolonga hacia el otro lado, donde está Inés. Es una tontería, lo sé, pero de repente parecemos una familia paseando por la tarde.

Intento fijar mi atención en el relato de Lucas, aunque cada tanto mi mirada se escapa hacia su mare. Inés camina erguida, serena en apariencia, aunque noto cómo sus dedos se cierran un poco más en torno a la mano de su hijo. El contraste entre su tranquilidad y la agitación que yo siento me desconcierta.

—¿Y tú qué opinas, Eva? —me interpela Lucas de pronto, exigiendo mi atención.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Opinar de qué?

—De si los patos entienden cuando les hablas. Mamá dice que sí, que a veces parecen escuchar.

Una presión me atenaza el pecho, una incomodidad difícil de explicar. «¿Cómo puedo estar hablando de patos cuando lo único que siento es la electricidad de la escena que estamos viviendo?», pienso, frunciendo un poco los labios.

—Creo que entienden lo que sienten más que las palabras —respondo al fin, midiendo cada sílaba.

Lucas asiente como si hubiera recibido una revelación, y vuelve a entretenerse pateando piedrecillas del camino. Yo, en cambio, necesito liberar la tensión que me oprime.

—Voy a… —Hago un gesto, soltándome con suavidad de su mano —. Regreso enseguida.

Inés me lanza una mirada de soslayo, sin formular pregunta alguna. Quizá también haya percibido la rareza del momento. O tal vez solo sea yo la que lo magnifica en exceso.

Camino hasta el chiringuito y me apoyo en la barra de madera. Necesito este breve paréntesis, esta distancia mínima que me permita disipar la extraña sensación que me acompaña desde que los tres empezamos a caminar juntos hacia la salida del parque.

—Tres helados, por favor —pido casi sin pensarlo.

Cuando regreso, ellos me esperan a la sombra de un árbol. Lucas da un salto al verme, entusiasmado con lo que llevo en las manos.

—¡Helados!

—Uno para ti… —Le ofrezco el suyo, de fresa, y sus ojos se iluminan.

Luego me vuelvo hacia Inés.

—Y este, para ti.

Ella extiende la mano, pero nuestras miradas se cruzan antes de que el helado cambie de dueño. El contacto visual apenas dura un par de segundos, aunque es suficiente para que sienta todo lo que se remueve dentro de mí.

—Gracias —susurra, aceptando el helado.

Me quedo con el tercero en la mano, aunque en realidad no me apetece. Más que hambre, es un gesto, una excusa para prolongar este instante antes de que se diluya.

—Tengo que irme —anuncio entonces, intentando sonar firme, aunque por dentro deseo lo contrario—. Se me hace tarde y… ya sabes, tengo que seguir escribiendo.

Lucas arruga el ceño, decepcionado.

—¿Ya?

—Ya —confirmo, forzando una sonrisa para suavizar su disgusto —. Pero te prometo que nos veremos pronto.

Él asiente con desgana, aunque vuelve a concentrarse en su helado, mordiéndolo con un entusiasmo renovado.

Inés, en cambio, me observa en silencio. Su expresión es calmada, pero en sus ojos descubro algo que no alcanzo a descifrar.

—Bueno, pues nos vemos. Ya le comenté a Alba que, en cuanto tenga el proyecto organizado, te llame —comenta poco después—. Cuídate.

—Tú también —respondo, aunque mis palabras se quedan cortas.

Retrocedo un paso, después otro, y antes de girarme me permito un último instante. La miro un segundo más, grabando en mi memoria la forma en que sostiene el helado y cómo la luz dorada de la tarde resalta su perfil. Es un gesto breve, imperceptible para cualquiera, pero que para mí significa demasiado.

Y entonces me marcho.

El murmullo del parque vuelve a envolverme mientras me alejo. Camino con paso firme, aunque siento que algo se queda atrás, pero no sé exactamente qué es. Tal vez sea la risa de Lucas, la serenidad de Inés, o esa imagen imposible de borrar: los tres unidos de la mano, como si el destino se hubiera tomado la libertad de mostrarme un presente que no me pertenece y un futuro que siempre deseé.

Me esfuerzo por apartar la sensación, por repetirme que no ha sido más que una tarde cualquiera en un parque cualquiera. Pero mientras avanzo hacia la salida, siento que cada detalle se ha quedado grabado en mí; el canto de los gorriones, el crujir de las hojas secas bajo mis zapatos... Todo parece impregnado de nostalgia, como si ese instante ya perteneciera al pasado.

Respiro hondo y trato de recuperar la compostura. «Tienes que centrarte en lo tuyo», me digo. El manuscrito espera, los plazos se acercan y no es momento de distraerse con sentimientos que ni siquiera sé si son reales o fruto de mi imaginación desbordada.

Saco el móvil del bolso. No tengo mensajes nuevos, pero mi dedo se queda suspendido sobre la pantalla, tentado a escribirle algo a Inés. Una frase banal, un agradecimiento por la tarde, cualquier excusa para prolongar el contacto. Me obligo a bloquear el teléfono y guardarlo otra vez. No. No quiero parecer impulsiva, ni dejar al descubierto lo que me ronda por dentro.

Cuando llego a la calle principal, el ruido de coches y transeúntes me arranca de golpe de esa burbuja que había sido el parque. Todo suena más alto, más brusco. El tráfico, los cláxones, una pareja discutiendo en la acera contraria. Camino sin rumbo fijo durante unos minutos, dejándome llevar por la corriente humana.

Me sorprendo recordando lo que me dijo Inés sobre la influencia de las personas en nuestra vida. «Las elecciones que tomamos y las palabras que pronunciamos pueden cambiar el rumbo de la vida de otros». Esa frase vuelve a mí y me pregunto si ella se da cuenta de que ha hecho exactamente eso conmigo. Que en pocos encuentros y días ha movido algo que yo creía petrificado.

Cruzo la avenida y me refugio en una librería pequeña, una de esas en las que el tiempo parece detenerse. El olor a papel y tinta me calma, me da la sensación de estar en territorio seguro. Recorro con la vista los estantes, paso los dedos por los lomos de los libros y respiro más tranquila. Siempre he dicho que una librería es mi segunda casa, pero hoy descubro que ya no me basta. Porque, aunque este lugar me reconforte, la imagen de Inés y Lucas sigue flotando en mi mente, reclamando un espacio que no sé si quiero —o puedo— concederles.

Al salir, camino hacia la entra del metro con una sensación extraña en el pecho. Con cada paso que doy, no puedo evitar recuperar de mi mente la imagen de Inés mientras sostenía el helado, con la luz dorada acariciando su cara. Podría describirla al detalle, trazar en palabras cada gesto suyo, convertir ese instante en una escena crucial de mi novela, pero sé que no puedo convertir en ficción todo lo que estoy viviendo con ella porque dejaría de ser real, mío.

Ya en el interior del vagón, tomo asiento, busco un bolígrafo y comienzo a escribir. No escribo sobre Clara ni sobre Daniela. No escribo ficción. Escribo sobre ella. Sobre lo que me ha provocado. Sobre lo que me aterra reconocer.

Las palabras brotan con una intensidad que me sorprende. No sé si algún día las mostraré, pero necesito dejarlas salir, como quien abre una ventana en una habitación demasiado cargada.

Cuando termino, guardo el cuaderno en mi bolso y pongo atención en mi reflejo en la ventana. Sonrío, aunque no sé bien por qué. Tal vez porque, después de mucho tiempo, siento algo removiéndose dentro de mí. Algo frágil, incierto, pero vivo e intenso. Y esa sensación se convierte en un ataque de nervios cuando me recuerdo a mí misma huyendo.



CAPÍTULO 26

Huir no es la solución

EVA

La brisa de la tarde me azota la cara mientras cruzo la calle como si me persiguiera un fantasma. Mis pasos son torpes, apresurados, y sé que desde fuera debo parecer una loca huyendo de algo invisible. Hace ya un buen rato que bajé en la parada del metro, y aunque me he alejado lo suficiente de lo vivido en El Retiro, sigo cargando con la sensación que me gobernaba cuando paseábamos juntos los tres.

No debería haber salido corriendo, lo sé. No es que lo vivido en el parque fuese un drama, pero esa escena tan sencilla y perfecta, la de Lucas agarrado de nuestras manos e Inés sonriendo, me golpeó tan fuerte que me devolvió de golpe a la realidad.

Entro en el portal de la urbanización, atravieso las zonas comunes y cuando llego a mi escalera no lo dudo; necesito hablarlo con alguien, y tengo a la persona perfecta. El ascensor se detiene en el quinto piso y mis pies avanzan hasta el piso de Carlos.

Estoy tan atrapada en mi burbuja que pierdo la cuenta de las veces que aprieto el timbre y lo desesperada que debo de parecer. Tengo suerte de que él me conozca bastante bien, porque cuando por fin se abre la puerta, ni siquiera necesito contarle qué es lo que hago allí.

—¿Vienes de correr o de escapar de un ladrón? —pregunta con ironía, apartándose para dejarme pasar—. Llevas una cara de susto. ¿Ha ocurrido algo?

Sin darle explicación —y jadeando como si hubiese corrido diez kilómetros— me cuelo dentro y me dejo caer en el sofá, apartándome el pelo de la cara.

—¿Eva? —insiste, siguiéndome—. Vamos, suéltalo. ¿Qué ha pasado ahora? Y no me digas que es por lo del bloqueo o la editorial, porque ya sabes de sobra cuál va a ser mi respuesta.

Cierro los ojos y resoplo.

—Ojalá fuese solo eso.

—¿Entonces…? —Se sienta a mi lado y me da un golpecito en la pierna—. Esto huele a drama sentimental. Y con esa cara tuya, fijo que hay una mujer de por medio.

En ese instante caigo en la cuenta: aún no le he hablado de Inés. Tampoco le he contado que Daniela, uno de los personajes de mi nueva novela, ha cobrado vida gracias a ella. Que es un bombón. Que tiene un hijo precioso. Y sí, que después de lo de hoy, siento algo.

Me cubro la cara con las manos como si así pudiera esconderme de él, del mundo y hasta de mí misma.

—He conocido a alguien —confieso al fin, encogiendo las piernas sobre el sofá—. Se llama Inés. Es la encargada de llevar a cabo el evento de mi promoción en la editorial. Y es…

—Seguro que está buenísima. Solo hay que verte esa cara de adolescente enamorada para saberlo —bromea, riéndose—. Eva, que ya no tienes dieciocho años.

—No te rías de mí, Carlos. Estoy hecha un lío.

Su sonrisa se suaviza y se acomoda mejor en el sofá.

—Vale, venga, cuenta. ¿Qué ha pasado con esa tal Inés?

Abrazo un cojín contra el pecho y respiro hondo.

—Hoy estaba en El Retiro, escribiendo, como siempre. Y de repente, sin previo aviso, un balón me golpeó de lleno en la cara —explico—. Cuando abrí los ojos, me encontré con Lucas. Su hijo. Y justo detrás, con Inés.

Carlos contiene la risa a imaginarse la escena, mientras yo —atacada de los nervios— me paso la mano por el pelo.

—Después de eso todo fue… fácil, natural. Hablamos, nos reímos. Paseamos juntas de la mano con Lucas. Y ahí, en medio de una de esas escenas que podrían ser perfectamente el clímax de una de mis novelas, me entró el pánico y… —Hago una pausa—. Parecíamos una pareja de verdad.

—¿Y saliste corriendo?

—Sí. ¡No! Bueno… sí —balbuceo, sin saber ni qué responder—. Me di cuenta de que no es solo atracción lo que siento por ella, Estoy empezando a sentir algo más… profundo. Ella está removiendo dentro de mí cosas que no esperaba y estoy bastante alterada

Él se reclina hacia atrás, apoya los brazos en el respaldo mirándome con calma.

—Eva, suena a que te estás enamorando.

«Enamorando». La palabra queda flotando en el aire. Yo, que me esfuerzo tanto en describir emociones con precisión en mis novelas, soy incapaz de manejar las mías cuando se despiertan de verdad.

—¿Enamorándome? —repito en un hilo de voz, negando varias veces—. No. Eso es imposible. Apenas nos conocemos y…

—Y lo sabes. Punto. Lo que pasa es que te da miedo.

—¡Claro que me da miedo! —exclamo, alzando la voz—. Sí, pasa algo entre nosotras, lo admito, pero de ahí a… enamorarme…

Él sonríe con ternura y me aparta el pelo de la cara, como hace siempre que quiere calmarme.

—Dime una cosa, ¿desde cuándo puede elegirse cuándo se enamora uno? —pregunta con serenidad—. Quizá no seas la única que siente así. Quizá ella también lo note.

Me quedo callada barajando esa posibilidad y después, niego.

—Es que… cuando la miro siento algo que no sé explicar. Es guapísima, sí, pero no es solo deseo lo que me provoca. Es como si a su lado pudiera bajar la guardia, como si no tuviera que preocuparme de nada. Y eso me asusta porque significa que ya no tengo control sobre lo que siento.

Carlos suelta una carcajada.

—¿Control? Eva, nunca lo has tenido. Ni en tu vida ni en tus novelas. Siempre escribes dejándote arrastrar, y siempre vives igual. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? —me recuerda—. Además, que lo tuyo con Elena acabase fatal no significa que Inés vaya a ser como ella.

Le lanzo un cojín, fingiendo enfado, pero termino riendo también.

—Eres insufrible.

—Y tú una exagerada —replica, guiñándome un ojo—. Pero hablando en serio, lo único claro que tienes es que Inés te gusta mucho.

—Sí… —admito en un susurro.

—Pues entonces deja de pensar tanto y enfréntalo. Si sale mal, al menos no te quedarás con la duda.

—¿Y si afecta al trabajo en la editorial? —pregunto, con un nudo en el estómago—. Forma parte del equipo de Rubor, voy a verla en la gira y…

—Si eso llega a complicarse, será porque ella no es profesional.

Carlos ve que estoy a punto de venirme abajo y me rodea con los brazos, pegándome a su hombro.

—Venga, mujer, que no es para tanto.

—No sé qué haría sin ti —murmuro, ya más tranquila.

—Probablemente hablar sola en tu casa, como buena escritora en crisis.

Le lanzo otro cojín, este con más fuerza, y él finge desplomarse como si lo hubiesen abatido. Ambos reímos y de repente el peso que me aplastaba desde que salí de El Retiro y me escondí en esa librería, ya no resulta tan insoportable.



CAPÍTULO 27

Me gusta Eva, mamá

INÉS

El ascensor se detiene en el tercer piso y Lucas sale disparado hacia el pasillo, arrastrando su mochila mientras me apremia a que me dé prisa. Apenas consigo seguirle el ritmo. Su entusiasmo me contagia, aunque intento disimularlo. Aún tengo en la cabeza lo que ha ocurrido esta tarde en El Retiro; las imágenes vuelven una y otra vez: el balón de Lucas golpeando la cara de Eva, ella sentada en la hierba, la risa de mi hijo cuando se balanceaba entre las dos, la mirada de Eva al entregarme el helado… No debería recrearme en ello, pero regreso constantemente a esa última escena.

—Mamá, ¿puedo jugar un poquito antes del baño? —me pregunta en cuanto abrimos la puerta del piso.

Deja la mochila en el suelo y corre hacia el salón sin esperar respuesta. Su voz resuena por las paredes como si la casa entera despertara con él. Yo cierro la puerta, deposito el balón en un rincón cualquiera y me apoyo un momento contra la madera, respirando hondo.

—Primero el baño, Lucas —indico con un tono suave mientras me encamino a la cocina para dejar las llaves y el bolso sobre la mesa—. Luego, a la cama.

—¡Pero si todavía no es de noche! —protesta desde el pasillo.

—Mañana tienes cole —le recuerdo.

—¡Pero tú también trabajas y te acuestas más tarde!

Sonrío para mis adentros. Su lógica infantil me desconcierta y, al mismo tiempo, me enternece. Empiezo a preparar lo necesario: la toalla limpia, el pijama, el champú de siempre con su aroma a manzana verde. Todo ese ritual doméstico me centra, me ayuda a no dejar que mi mente se disperse hacia donde no quiero.

Lucas aparece en la puerta del baño con esa expresión de resignación exagerada que adopta siempre que siente que le obligo a algo injusto.

—Mamá… —alarga la palabra con la esperanza de convencerme solo con el tono.

—Cuanto antes empieces, antes acabas —replico, inclinándome para abrir el grifo de la bañera. El agua comienza a llenarla con un murmullo cálido, y el vapor asciende poco a poco.

Mientras se quita la camiseta, me observa con una curiosidad inesperada.

—Oye, mamá… ¿Eva es tu amiga?

La pregunta me sorprende tanto que me quedo quieta unos segundos, sosteniendo la prenda entre las manos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es la única amiga tuya que conozco —responde con naturalidad, como si hablara de cualquier cosa—. Siempre me cuentas que tengo que compartir con mis amigos en el cole, que es bueno tenerlos cerca, pero yo nunca veo a los tuyos.

Su razonamiento me deja sin palabras. No sé si reírme o sentirme expuesta. Finalmente, opto por un gesto de ternura mientras le revuelvo el pelo, y él frunce la nariz fingiendo fastidio.

—Tengo amigos, Lucas. Lo que pasa es que no siempre puedes verlos.

Se encoge de hombros, se mete en la bañera y empieza a chapotear con tanta energía que el agua salpica por todas partes. Yo me siento en el taburete junto a él, con la toalla sobre las piernas. Intento mantenerme tranquila, pero sus palabras siguen dando vueltas dentro de mí.

No dejo de preguntarme cuándo fue la última vez que invité a alguien a casa. Cuándo compartí de verdad mi vida con otra persona. Pablo me dejó rota, sola, me abrió el corazón para después destrozarlo. Lo más duro fue darme cuenta de que lo necesitaba en un momento en el que no supe ver que era mejor mantener lejos a desalmados como él.

—Pues a mí me gusta Eva —dice de pronto, como quien confiesa un secreto importante—. Porque sonríes más cuando está cerca.

Su afirmación me golpea con una fuerza inesperada. Lo miro, incrédula, mientras él juega distraído con un patito de goma, sin dar importancia a lo que acaba de revelar.

«¿De verdad es tan evidente?»

—¿Sonrío más? —pregunto, esforzándome por sonar despreocupada.

—Sí —asiente con esa seguridad aplastante que solo tienen los niños—. Cuando hablabas con ella en el parque estabas contenta, igual que yo cuando me divierto en el recreo.

Trago saliva. Procuro que no se note la intensidad de lo que siento por dentro. Lucas sigue jugando, ajeno a la tormenta que acaba de desatar en mí.

—Eva es… diferente —murmuro, casi sin querer.

—¿Diferente cómo?

La transparencia de su mirada me deja paralizada. No quiero engañarle, pero tampoco sé cómo responder. Me encojo de hombros.

—Es especial, supongo.

Lucas sonríe satisfecho, como si esa respuesta le bastara. Luego se sumerge en el agua y reaparece con el pelo pegado a la frente. Me río, incapaz de contenerme. Él también ríe, y el baño se llena de ese sonido contagioso que, por un momento, me devuelve la calma.

Sin embargo, en lo más hondo, la inquietud sigue latiendo. Mi hijo ha percibido algo que yo intento negar, algo que ni siquiera me permito pensar demasiado. Me aterra la idea de que sea tan perceptible, de que él vea con tanta claridad lo que yo trato de ocultar.

Cuando termina de bañarse, lo envuelvo en la toalla y lo llevo hasta su habitación. Mientras le ayudo a ponerse el pijama, murmura con voz somnolienta:

—Ojalá Eva venga más veces con nosotros al parque.

Lo contemplo en silencio, incapaz de responder. Él ya se acurruca entre las sábanas, con esa paz inocente que solo los niños conservan. Apago la luz y me quedo un instante en la penumbra, observando el ritmo pausado de su respiración.

Cierro la puerta con cuidado y me apoyo en la pared del pasillo. La casa está en calma, pero dentro de mí retumba un ruido constante, una pregunta que no sé contestar, ¿quiero realmente que Eva forme parte de este espacio, de nuestra vida?

Respiro hondo y camino hacia el salón. Las luces de la ciudad se cuelan por la ventana, dibujando destellos sobre la mesa donde aún reposan las llaves y el bolso.

Me dejo caer en el sofá, agotada, y cierro los ojos. No quiero admitirlo, pero la voz de Lucas insiste en repetirse como un eco imposible de acallar: «Me gusta Eva, mamá. Porque sonríes más cuando está cerca.» Y me doy cuenta de que tiene mucha razón.

…

La casa respira silencio después de que Lucas se haya quedado dormido. El murmullo lejano del tráfico apenas se filtra por las ventanas cerradas y me acompaña como un telón discreto, casi reconfortante. Camino descalza hasta el salón y enciendo la lámpara de

pie que baña de luz la mesa baja, creando un círculo dorado en mitad de la penumbra. Pienso en servirme una copa de vino, pero desisto. No quiero adormecerme, necesito lucidez. El día ha sido largo, pero me obligo a seguir despierta.

Sobre la mesa me esperan los documentos que enviaron desde la editorial. Los tomo entre las manos y los ordeno con un gesto mecánico. Las ciudades aparecen alineadas en columnas: Madrid, Barcelona, Málaga, Sevilla, Bilbao… y, por supuesto, Valencia. A un lado, las fechas ya confirmadas, los cafés literarios y las librerías elegidas. Todo el plan de promoción de Eva se va perfilando con tanta precisión que apenas deja lugar a la improvisación. Tal como me gusta.

Me inclino sobre los papeles con un bolígrafo preparado, subrayando detalles, apuntando ideas. Las chicas fueron claras; no quieren firmas impersonales, buscan que cada encuentro tenga un aire íntimo, casi romántico, como si las lectoras pudieran sentarse frente a Eva y compartir con ella un instante de complicidad.

La palabra romántico me atraviesa. Me obligo a apartarla, a centrarme en el trabajo. Pero inevitablemente regreso a esta tarde, a la imagen de Eva tendiéndome el helado con una sonrisa que aún no logro borrar de la memoria. Suspiro y cierro los ojos un instante, intentando recobrar el foco. No puedo permitirme perder el rumbo; este proyecto depende de mí, de mi capacidad para ordenar cada detalle. Sin embargo, mi mente insiste en desviarse.

A mi lado, dentro de una carpeta, el manuscrito inacabado que Eva compartió con nosotros. Dudo antes de abrirla. Sé que, si lo hago, me abandonaré a esas páginas como si fueran un espejo. Aun así, cedo. Paso las hojas y me reencuentro con Daniela, mientras comienzo a leer.

No tardo en sentirlo; cada palabra se acomoda en mí como si hubiera sido escrita para que yo la habitara. Daniela no es solo un personaje; es una versión de mí misma que me desconcierta, alguien que se atreve a decir lo que yo callo, a mostrarse sin miedo. Reconozco gestos, silencios, maneras de pensar demasiado familiares. No comprendo cómo lo ha hecho. Cómo ha logrado ver tanto en mí cuando apenas nos conocemos de unas semanas.

Me sorprendo sonrojada en mitad del salón, como si alguien me hubiera sorprendido leyendo un secreto, y en parte lo es. Dejo los borradores a un lado y tomo el teléfono. Abro nuestro chat y, aunque tardo unos segundos en decidirme, al final escribo:

Inés: *¿Cómo has conseguido que Daniela sea tan parecida a mí si apenas nos conocemos?*

Me quedo mirando la frase. Podría borrarla, suavizarla, darle un matiz más ligero. Pero no lo hago. Pulso «enviar» y el mensaje queda fijo en la pantalla. Un vacío me atraviesa el pecho, como si hubiera lanzado una piedra a un lago y ahora solo me quedara esperar a que la superficie regresara a su estado natural. Dejo el móvil boca abajo sobre la mesa y me obligo a retomar los documentos.

Repaso propuestas, ajusto ideas, escribo notas en los márgenes. Intento concentrarme, pero cada pocos segundos mi mirada se desliza hacia el teléfono. Me muerdo el labio y me reclino en el sofá, cruzando los brazos. No sé qué espero. Quizá no lea el mensaje hasta mañana. O quizá lo lea y decida no contestar. Esa posibilidad me inquieta más de lo que quiero admitir.

Vuelvo a tomar los capítulos. Leo un párrafo al azar y ahí está de nuevo esa sensación: Daniela camina por una calle. Su forma de detenerse ante un escaparate, de distraerse con los reflejos en un cristal… es mía. No puedo negar que esas líneas me hacen sentir vulnerable, expuesta.

Apoyo la frente en las manos y cierro los ojos. Intento descifrar qué se oculta detrás de todo esto. No puede ser pura coincidencia. Debe haber algo más. Aunque ignoro cómo es posible que Eva me conozca tanto si apenas hemos compartido momentos fugaces.

Un zumbido suave me hace abrir los ojos. El teléfono vibra sobre la mesa. El corazón me da un vuelco y su nombre aparece junto a un nuevo mensaje.

Eva: *Quizá te conozca más de lo que piensas. O quizá sea solo una casualidad. Ante la duda, solo me queda decir que para descubrirlo tendríamos que salir un día, fuera de las reuniones de trabajo.*

Sus palabras me ponen hecha un flan. Siento que me falta aire, como si la habitación se hubiera encogido de pronto. Las releo varias veces y apoyo el móvil contra el pecho, dejándome caer en el sofá, mirando al techo como si allí pudiera hallar una respuesta. Una parte de mí quiere escribirle de inmediato. Porque ha dado en el clavo; quiero salir con ella, conocerla lejos del ambiente de la editorial. Otra parte prefiere callar, guardar el misterio y vestirse de excusas.

Cierro los ojos y sonrío. Tiene razón, porque la única manera de saberlo es dejar que lo haga, permitir que me conozca, que me descubra. El problema es si yo seré capaz de abrirle la puerta a alguien y ofrecerle la posibilidad de romperme como ya hicieron antes.



CAPÍTULO 28

La mujer que yo veo

EVA

Madrid, un viernes por la noche, es sinónimo de diversión. A mi alrededor, la calle vibra con un murmullo constante de pasos que van y vienen, risas y conversaciones que se entremezclan en las terrazas de los bares.

Llevo más de quince minutos apoyada en la fachada de un edificio, mirando el reloj una y otra vez, como si con ese gesto pudiera detenerlo o acelerarlo a voluntad. No sé en qué momento ha ocurrido todo esto. Apenas hace unas semanas Inés no era más que un nombre, la mujer encargada de organizar el proyecto de promoción que la editorial le había confiado.

Y ahora estamos a punto de tener una cita. Sí, una cita. Y todavía me pregunto por qué tuve que responder a su mensaje de aquella manera. Parte de mí esperaba un simple visto, una evasiva, no un: «Nos vemos el viernes y tomamos unas copas, ¿te parece?». Porque ahora, lo que me parece, es que voy a sufrir un ataque al corazón.

Saco el móvil del bolsillo. Mis dedos se mueven por pura necesidad, como si llamarle a él, a Carlos, pudiera darme algo de aire y calmar la ansiedad.

—¿Eva? —responde casi gritando, con ese fondo de platos y voces de cocina que me resulta tan familiar.

—Estoy a punto de… bueno, de encontrarme con alguien.

—¿Con alguien? —Adivino su sonrisa incluso a través del ruido—. Ah, ya entiendo, Inés.

No me da tiempo a protestar, porque enseguida añade:

—Escúchame. Deja de pensar en lo que significa, en lo que pasará después, en todo. Solo vívelo. Mira a la persona que tienes delante y disfruta de la noche. Lo demás ya llegará. Es fácil.

Me río, aunque con un deje tembloroso.

—Fácil lo dices tú, que no estás con un nudo en el estómago.

—¿Y qué si estás nerviosa? Eso solo significa que te importa. Y si te importa, entonces merece la pena.

Sus respuestas fluyen rápidas, y me pregunto en qué momento se me ocurrió que llamarlo a estas horas sería buena idea. Estoy segura de que el restaurante está a rebosar de gente. Sin embargo, me aferro a sus palabras como si fueran una brújula orientándome en mitad de un mar inmenso.

—Gracias, Carlos. Intentaré… —respiro hondo.

—Eso es. Ahora cuelga, que tengo que sacar un arroz al punto. Y deja de darle vueltas.

—¿Arroz a las diez de la noche?

Antes de que pueda replicar, cuelga la llamada. Una brisa inesperada se cuela entre las calles y me provoca un escalofrío. Sí, sé que tengo que mantener la calma, pero la última vez que salí con alguien fue con Elena y, después de que me tratara como un bicho raro, las ganas de permitir que alguien entre en mi vida —tan llena de letras y cicatrices— se me hacen cuesta arriba. Aunque me asusta aún más la idea de que Inés descubra que mi historia está plagada de momentos dignos de una novela dramática.

El tiempo, en un gesto cruel o compasivo, se ralentiza cuando Inés aparece. No sé si es la luz de las farolas que la acaricia o si es mi manera

de mirarla lo que lo provoca, pero todo lo demás se difumina hasta que solo queda ella.

Viste con sencillez: un pantalón oscuro y una blusa clara, de un rosa palo que la brisa mueve sobre su cuerpo. Pero no es la ropa lo que me atrapa, sino su sonrisa.

Nuestros ojos se encuentran y un fogonazo de calor me recorre desde la espalda hasta las mejillas. Es tan súbito que me obliga a bajar la mirada por un instante, como si temiera que pudiera leer todo lo que pienso.

—Hola —saluda al acercarse, a apenas un par de pasos. Su voz es suave, cercana, y aun así me deja sin aliento.

—Hola —respondo en un murmullo, notando la garganta reseca.

No sé qué hacer con las manos, si ofrecérselas, esconderlas en los bolsillos o dejarlas colgando, inútiles. Al final me limito a sonreír, aunque siento que es una sonrisa torpe, como si estuviera aprendiendo a usarla por primera vez.

Ella también sonríe, y esa simple curva en sus labios me derrite entera. Hay algo en su mirada, en cómo me observa, que me hace preguntarme si estará tan nerviosa como yo o, por el contrario, se siente con el control de la situación.

Un silencio breve, cargado de electricidad, se instala entre nosotras, hasta que rompe esa calma.

—Espero no haberte hecho esperar demasiado. Lucas pretendía venirse conmigo.

—No… —contesto enseguida—. En realidad, llegué temprano. Aunque, si quieres, la próxima vez que nos veamos puedes traerlo.

«La próxima vez». Y en ese instante me doy cuenta de lo que implica decirlo. No quiero que crea que estoy ansiosa, aunque lo esté, y quizá no sea tan grave dejarlo entrever.

Caminamos unos pasos en silencio, tanteando el terreno. Escucho el zumbido de mis latidos en los oídos, y cada uno de sus gestos me

parece amplificado; cómo se coloca un mechón tras la oreja, cómo humedece sus labios antes de hablar. Recuerdo las palabras de Carlos y, al final, me animo.

—Sigo alucinando con esto…

Ella arquea una ceja, curiosa.

—¿Con qué?

—Con esto… —gesticulo, abarcando el espacio entre nosotras—. Que estemos aquí, saliendo.

No sé si su sonrisa es traviesa o tímida, quizás ambas cosas.

—Supongo que ninguna imaginó que esto ocurriría —admite, con la vista al frente—. Pero debo confesarte que me tiene un poco aturdida. No sé cómo has conseguido que Daniela sea…

—¿Clavadita a ti?

Inés asiente y yo suelto un suspiro.

—La verdad es que tengo la costumbre de guardar en mi memoria cada detalle de una persona y, después, trasladarlo al papel —confieso —. Lo hago con todas las que me cruzo por la calle. Por eso voy al parque de vez en cuando, o me subo a un autobús y me dejo llevar por la ciudad. Me ayuda a darle realismo a las historias.

—Ahora entiendo por qué dijiste que un libro está lleno de realidad… —susurra, y yo sonrío—. Daniela soy yo, aunque tiene la suerte de no tener un hijo que la reclame porque no está con él para leerle un cuento.

Suelto una risilla.

—Lucas es adorable…

—Es quien me mantiene en tierra firme —responde con firmeza —. Desde que nació.

Su afirmación me deja muda unos segundos.

—A veces creo que es el adulto de la familia —añade, dedicándome una sonrisa—. Tiene la misma capacidad que tú; percibir lo que los demás pasan por alto.

Cuando la miro, siento ese vértigo que avisa de que estoy caminando al borde de algo del que, si caigo, no habrá escapatoria posible. Porque ella genera esa sensación de la que no quiero escapar: la de estar flotando.



CAPÍTULO 29

Compartiendo más que miradas

EVA

Después de dar varias vueltas, decidiendo qué cenar y qué descartar, acabamos en un bar pequeño, escondido en una calle lateral. Inés recordó que existía este rincón secreto y me guio hasta él como si supiera exactamente lo que necesitaba: un oasis en pausa, un lugar donde lo único importante fuese lo que tienes delante. En este caso, ella.

Nos sentamos en una mesa pegada a la pared, con bancos acolchados. El camarero aparece enseguida e Inés pide dos copas de vino sin ni siquiera mirarme, sin comprobar si estoy de acuerdo. Su seguridad me desconcierta y, al mismo tiempo, me reconforta. Yo no habría sabido qué elegir.

—Espero que te guste el vino —me dice, girándose hacia mí con una sonrisa que roza la complicidad.

—Estás de suerte —respondo, esforzándome por sonar relajada, aunque sé que mis manos bajo la mesa me delatan—. ¿Siempre lo bebes?

«Menuda pregunta más tonta».

—No, mujer. También bebo agua, zumos, batidos… y, cuando salgo, cerveza —bromea, antes de soltar una risa ligera—. Espero que te guste el afrutado. Es… refrescante.

Inés habla con naturalidad. Sus frases fluyen sin miedo, como si no necesitara filtros para mostrar lo que piensa. Me pregunta por la novela, por mis rutinas de escritura, por si tengo un lugar favorito para trabajar. Yo respondo como puedo; a veces titubeando, otras con frases demasiado breves. Pero ella insiste con un interés genuino que me desconcierta tanto como me atrae.

—¿Nunca te quedas en blanco? —pregunta tras dar un sorbo de vino.

—Más veces de las que me gustaría —confieso con una sonrisa nerviosa—. A veces es solo un bloqueo de unas horas o unos días… pero en ocasiones son semanas, y ahí es cuando me desespero.

Ella apoya el codo en la mesa y se inclina un poco hacia mí.

—¿Y qué haces cuando te pasa eso?

La pregunta, tan sencilla, me corta la respiración. Podría salir del paso con tecnicismos, hablar de música o de lecturas, pero la manera en que me mira me empuja a ir más allá.

—La última vez… me di tiempo y me escuché —digo al fin, en un susurro—. Intenté averiguar por qué no podía avanzar y busqué la forma de solucionarlo.

Inés asiente, pensativa. Yo me animo a añadir:

—Aunque tú fuiste clave para ese desbloqueo.

En ese momento llega la comida; varias raciones para compartir. Ella corta pan, me acerca un plato, me sirve sin preguntar. Yo apenas puedo contener la sonrisa.

—Daniela ya existía antes de que tú aparecieras en la cafetería ese día —continúo—. Pero nunca tan real y auténtica como hasta entonces.

—Pues vas a tener que darme parte de las comisiones… —ironiza, y su broma me provoca un temblor por dentro—. Es broma. Me alegra haberte servido de ayuda.

Intento concentrarme en el crujido del pan, en el sabor del vino y de la comida, pero mis sentidos vuelven una y otra vez a ella, a la forma en que mueve las manos al hablar, cómo la luz resalta destellos dorados en su piel, la manera en que sus ojos buscan los míos con una insistencia suave, nada invasiva, pero imposible de ignorar.

En algún momento me doy cuenta de que mi voz tiembla cada vez que intento hilar una respuesta a sus preguntas, cada vez más personales. Ella también lo nota. Su sonrisa se suaviza, se vuelve íntima. Y entonces, sin previo aviso, su mano cruza la mesa y roza la mía.

Es apenas un contacto, una caricia leve sobre mis dedos, pero me atraviesa como un relámpago. Todo mi cuerpo reacciona y el mundo desaparece; solo queda el calor de su piel fundiéndose con la mía.

Quiero hablar, pero no hallo las palabras. Mis labios se abren y se cierran, inútiles. Ella no retira la mano. Al contrario, la deja descansar sobre la mía con una naturalidad tan maravillosa que me invita a no apartarme.

—¿De qué tienes miedo? —susurra, con una voz tan baja que parece destinada solo a mí.

El aire se queda atrapado en mi garganta. Podría bromear, desviar el tema, fingir que no pasa nada. Pero ese roce ha derribado mis defensas y ya no hay espacio para la mentira.

La miro, y en sus ojos encuentro paciencia. La clase de paciencia que te permite ser honesta.

—Supongo que, como todos —respondo al fin—, tengo miedo de que me rompan el corazón.

Lo digo, y noto cómo algo dentro de mí se libera. Como si esa confesión, guardada en silencio demasiado tiempo, al fin pudiera respirar.

Ella aprieta un poco mis dedos, y mi corazón da un vuelco.

—El miedo no te protege de eso —murmura—. Solo consigue que lo vivas a medias.

Sus palabras se clavan en mí, pero lejos de herirme, me conmueven. No suenan a consejo vacío, sino a experiencia vivida.

Sostengo su mirada unos segundos más de lo que nunca me atrevería en otra circunstancia. Y me descubro respirando mejor, más hondo. Por primera vez en mucho tiempo, siento que no necesito demostrar nada. Solo estar presente, a su lado. Sin más.

—No sé cómo consigues que parezca tan fácil —le digo casi en un murmullo.

—No lo es —responde, con una sinceridad que provoca que tiemble aún más—. Pero he aprendido que, si no me muestro tal como soy, nadie podrá conocerme de verdad. Y si vas a usarme como protagonista, al menos que Daniela sea lo más real posible.

Escapo de la tensión gracias a una risa suave, mezcla de nervios y alivio.

—No sabes lo peligroso que es que me des permiso para usarte…

Ella se encoge de hombros, sonríe después. Y yo me quedo ahí, anclada en su mirada, como si estuviese hundida en una burbuja repleta de sentimientos.



CAPÍTULO 30

Si hay sonrisa que enamoran, esa es la suya

INÉS

Son las once de la noche y, a esta hora, la ciudad se viste de un modo distinto. El calor del día ya no pesa y una brisa suave acaricia mi piel. El tráfico continúa rompiendo el silencio en cada esquina. Algunas personas, como nosotras, regresan a casa; otras, más trasnochadoras, siguen alargando una noche que, para mi desgracia, no es eterna. Eva y yo caminamos en paralelo, muy cerca la una de la otra, en silencio.

No sé qué decir. Siento la urgencia de estirar el tiempo, de prolongar cada minuto como si pudiera engañarlo y evitar que nuestra cita llegue a su final. Ella mantiene la vista hacia adelante y me pregunto sin descanso si estará pensando lo mismo que yo.

Nuestras manos se rozan de vez en cuando de forma accidental, pero la electricidad que me recorre la piel no tiene nada de casual. Es un roce tímido, sí, aunque constante, que me recuerda lo que bulle en mi interior; esa madeja de emociones que se ha desatado con su sola presencia. Me encantaría decirle que me ha sorprendido, que ha conseguido hacerme sentir tan cómoda que resulta casi irreal que apenas nos conozcamos de unas semanas, que me encanta su risa y ese brillo inconfundible en sus ojos.

—Ha sido una noche bonita.

Me vuelvo hacia ella y sé que esas palabras se quedan cortas para todo lo que en realidad siento.

—Ha sido más que bonita —respondo con una sinceridad que me desconcierta incluso a mí.

Eva me sostiene la mirada y confirmo que no me equivocaba.

Seguimos andando, y tras unos minutos más, reconozco la urbanización en la que vive desde la distancia. No quiero que llegue el final de esta noche, pero es inevitable.

—¿Sabes? Creo que tienes un don, y no solo con las letras… —comento, intentando aliviar la tensión que flota entre nosotras.

Ella arquea una ceja.

—¿Un don?

—Sí. No hablas demasiado, pero cuando lo haces, dejas caer frases imposibles de olvidar.

Su risa es suave, casi tímida, y descubro en ese instante que me encanta.

—Supongo que me cuesta mucho decir lo que siento.

—Pues lo haces muy bien —admito, y mi tono me delata—. No hacen falta grandes discursos para mostrar lo que uno lleva dentro. A veces basta una palabra, o una mirada, para colarse en el corazón de alguien.

Ella baja la vista, como si necesitara un segundo para digerir lo que acabo de confesar. Yo me muerdo la lengua, convencida de haber sido demasiado directa.

El portal está ya tan próximo que siento el final soplándonos en la nuca. No quiero despedirme todavía. No quiero regresar a casa y dejar atrás esta electricidad, porque sé que, en cuanto me quede sola, la noche se volverá interminable, insoportable. A propósito, reduzco el paso. Ella también lo hace, como si instintivamente decidiera

acompasarse conmigo, y así, el silencio regresa, cargado de todo lo que no me atrevo a hacer.

Me gustaría tocarla. Sujetar su mano de verdad, sin excusas ni roces fortuitos. Quiero besarla. Pero la prudencia me atenaza, porque esto apenas empieza y no debo precipitarme. Sin embargo, el deseo, desobediente como siempre, se adelanta.

—Eva… —susurro, casi sin darme cuenta de que pronuncio su nombre en voz alta.

Ella me mira con los ojos más abiertos de lo habitual, expectante.

—¿Sí?

La ansiedad me muerde los labios. Tengo tantas palabras acumuladas que, al final, escapan las menos deseadas.

—Gracias por esta noche… —acierto a decir, maldiciéndome por lo simple de la frase.

Pero ella me regala una sonrisa. No una cualquiera, sino *esa* sonrisa. La que ilumina incluso las sombras de la calle, la que no se esfuerza en ser perfecta, la que parece escapársele del alma sin permiso. Esa sonrisa.

Me desarma. Y me descubro pensando que, si existen sonrisas que enamoran, desde luego que esa es la suya.

Callo, porque sé que si abro la boca ahora podría decir demasiado. Nos detenemos frente a la entrada y un reloj invisible dicta en mi cabeza que la cita ha terminado. Aun así, ninguna de las dos se mueve.

Un coche pasa y se detiene a la altura del garaje. La luz de los faros nos envuelve un segundo y, después, desaparece. La calle queda casi en calma, como si nos perteneciera.

—Inés —dice entonces. Y mi nombre en sus labios me estremece.

—Dime.

—¿Lo repetiremos pronto?

La pregunta, sencilla y a la vez inmensa, se cuela por cada poro de mi piel. Respondo sin dudar, porque la respuesta lleva horas escrita en mí.

—Claro que sí.

Nuestras miradas se encuentran. No hay contacto físico, pero el espacio entre nosotras vibra como si lo hubiera. Y, aunque no me atrevo a besarla, aunque contengo el impulso con todas mis fuerzas, siento que hemos cruzado un umbral invisible.

—Bueno, espero que descanses… —digo finalmente—. Yo me voy a por el taxi.

—Está bien…

Sé que me observa cuando me giro y empiezo a andar con la sensación en el pecho de que estoy cometiendo un error, de que debería girarme y romper con cualquier señal de peligro que esté formándose en mi corazón.

—¡Inés, espera!

Y, antes de comprender lo que sucede, sus brazos rodean mi cuello y sus labios se funden con los míos.

…

No sé en qué momento hemos llegado hasta aquí. Solo sé que sus labios se posan sobre los míos y todo lo que nos rodeaba deja de existir. La calle, los ruidos lejanos, incluso la brisa que acariciaba mi piel hace apenas un segundo, se desvanecen en el instante en que me permito hundirme en el calor de su boca.

El beso comienza suave, titubeante, pero pronto se convierte en una llama que me arde en la piel. No hay prisa, no hay urgencia, sino una ternura inesperada que me derrite por completo. Y esa ternura rompe todas las barreras, porque hacía demasiado tiempo que nadie me besaba así; con cuidado, con delicadeza, con una paciencia estremecedora.

Me sorprendo respondiéndole con la misma entrega hasta que la conciencia me alcanza como un golpe seco en el pecho. «¿Qué estoy haciendo?». La pregunta me atraviesa y, con un esfuerzo inmenso, reduzco la intensidad del beso hasta detenerlo. No me aparto de golpe; al contrario, dejo que mis labios se desprendan de los suyos despacio, como si quisiera guardar su sabor un poco más.

Apoyo mi frente en la suya, cierro los ojos y trato de ordenar mi respiración. No quiero que esto parezca un rechazo, porque no lo es. Así que le acaricio la mejilla y, al abrir los ojos, me fijo en los suyos.

—Eva, yo… —susurro.

Ella no abre los párpados; noto su respiración mezclándose con la mía. Me quedo mirándola, fascinada, como si lo que contemplo fuese un sueño.

—No quiero que pienses que no quiero esto, porque lo quiero… —confieso en un murmullo apenas audible—. Pero me da miedo…

En ese instante, Eva abre los ojos y nuestras miradas se enganchan.

—¿Miedo de qué? —pregunta. Su voz vibra dentro de mí.

Respiro hondo y me obligo a decir lo que me consume.

—De sentir esto tan rápido. De dejarme llevar y acabar haciéndome daño. No he tenido buenas experiencias y… no soy solo yo, está Lucas. No puedo permitir que nada rompa la tranquilidad que tiene —le confieso—. Hace unos días me pidió un hermanito y no supe qué contestarle. Y la otra tarde, en El Retiro, me pidió que te invitara a venir con nosotros más veces.

Eva sonríe pese a que mis palabras se atropellan unas a otras. No quiero sonar frágil ni rota. Ella guarda silencio unos segundos que se me hacen eternos. Después se aparta apenas lo justo para mirarme mejor.

—No debería haberte besado, lo siento.

La ternura de su disculpa me atraviesa más que el propio beso. Y yo, que quiero decirle que no tiene nada que lamentar, me quedo atrapada entre la razón y el deseo. Aun así, la sonrisa que se me escapa de los labios es inevitable, porque, a pesar de lo que he dicho, lo que arde en mi pecho es puro fuego.

—No te disculpes —respondo casi en un susurro—. Porque lo he querido tanto como tú.

Ella asiente, y ese gesto me deshace un poco más. Sus ojos se desvían hacia el portal, y sé que la cita termina aquí.

—Bueno, entonces ya hablamos.

—Sí, claro.

La veo girarse para marcharse, y la sensación que me queda en el pecho es tan ardiente que apenas la soporto. Da unos pasos, y algo en mí se rebela. No puedo dejar que la noche acabe con un adiós contenido, con palabras suspendidas en el aire como si nada hubiera sucedido.

Antes de pensarlo demasiado, mis pies se mueven solos.

—¡Eva! —la llamo con urgencia en la voz.

Ella se detiene y gira la cabeza. La luz de la farola acaricia su rostro y el leve desconcierto de su expresión me resulta tan hermoso que me roba el aliento. Camino hacia ella, la sujeto de la mano y la empujo suavemente contra la pared. Entonces me dejo arrastrar por lo que siento.

Mis manos buscan su cintura y la atraigo hacia mí. Nuestros labios se encuentran otra vez, sin titubeos. Este beso no es suave ni temeroso, es voraz. Un hambre que no es vulgar, sino nacida de la necesidad de sentir algo que llevaba demasiado tiempo dormido. Ella me responde con la misma intensidad, y en un instante ya no sé dónde termino yo ni dónde empieza ella.

Mis manos recorren su espalda; siento cómo su cuerpo encaja en el mío con una naturalidad que me resulta asombrosa. Y cuando la

consciencia de que estamos en plena calle me golpea, no puedo evitar soltar una risa entrecortada.

—Creo que sería mejor subir… —me sugiere, y yo me veo reflejada en sus ojos.

El deseo me consume; me encantaría perderme en su piel ahora mismo. Pero todo sucede demasiado deprisa, y siento que, si cruzamos esa línea, podríamos estropear algo que apenas ha empezado a latir.

—Es mejor que subas tú… —respondo.

Ella suspira, y sus labios rozan los míos una última vez.

—Gracias por esto. Descansa, Inés.

Y ahora sí, se separa de mí y camina hacia el portal. Yo me quedo quieta, observándola en silencio, sintiendo los nervios arremolinarse en mi estómago y el corazón agitado marcando un compás lento pero insistente.

No sé qué ocurrirá mañana, ni si seré capaz de enfrentar el miedo que me provoca la idea de que alguien pueda herirnos, a Lucas o a mí. Pero ahora, en este preciso instante, lo único que quiero es esto: ella, sus labios, esa sonrisa que me enciende, y la certeza de que, aunque sea una locura, no quiero renunciar a lo que siento.



CAPÍTULO 31

Sus labios de menta

EVA

Me he pasado toda la mañana suspendida en una burbuja. Aunque despierto temprano con la intención de ponerme a trabajar, revisar varios documentos que me envió Alba y centrarme en los últimos retoques de la novela, nada consigue arrancarme esa sensación extraña que me envuelve desde anoche. Es como si Inés, y ese beso que nos dimos contra la pared del edificio, hubiesen colapsado mi mente y solo quedara espacio para ella y el sabor a menta de sus labios.

Sé que solo fue un beso. Bueno… fueron dos. Pero el segundo me quemó tanto la piel que estuve a punto de perder el control allí mismo, en mitad de la calle. Todavía siento la presión de sus manos en mi cintura, la suavidad de sus labios, la ternura en su voz cuando me dijo que le daba miedo que las cosas fueran tan deprisa.

Esto no es un libro en el que todo se resuelve con dejarse llevar. En la vida real no basta con desearlo. Inés tiene una vida en la que Lucas es el centro y lo más valioso que posee, y yo no puedo hacer como si eso no existiera.

El reloj marca las seis de la tarde y, mientras me arreglo para salir con Carlos, me descubro sonriendo como una idiota. No sé cómo voy a esconderle lo que ha pasado, aunque tampoco estoy segura de querer hacerlo. Él y yo nos hemos pasado la vida compartiendo nuestras penas

—yo más que él, todo hay que decirlo—, y sé que lo notará en cuanto me mire.

No recuerdo cuánto tardo en reunirme con él en la puerta del cine ni en comprar las entradas. Solo sé que lo hacemos sin apenas hablar, aunque no tarda ni un minuto en soltar algún comentario sobre la película. Yo apenas le escucho; estoy tan distraída que me acabo las palomitas antes incluso de que empiece la introducción en la pantalla.

Durante las dos horas de proyección, mi mente se escapa una y otra vez hacia anoche: la mirada de Inés, sus gestos, esa caricia en mi mano, la naturalidad con la que me hizo sentir cómoda, sus labios y el calor que me recorrió la espalda cuando me arrinconó contra la pared. Revivo mi propia historia como si fueran fotogramas que pasan ante mis ojos, componiendo mi película privada.

En la cena, Carlos lo nota enseguida y me observa en silencio mientras juguetea con una patata frita.

—Vale, a ver, ¿me vas a contar qué te pasa o te lo voy a tener que arrancar de la boca a tirones?

Trato de disimular, pero con él es inútil.

—¿De qué hablas? —pregunto, aunque su sonrisa burlona ya me delata.

—Llevas toda la tarde en otro planeta. Y me juego lo que quieras a que ese planeta tiene nombre.

Un calor repentino me sube al rostro. Muerdo el borde de mi labio y, tras un suspiro, lo confieso:

—Está bien… —susurro—. Inés y yo nos besamos.

La sorpresa en su cara me arranca una carcajada nerviosa.

—¿Cómo? ¿Qué? —Abre mucho los ojos, aunque la sonrisa que aparece después lo dice todo.

—Pues eso. Bueno, en realidad no fue solo una vez. El primero fue… suave, como si tanteáramos el terreno. Pero el segundo… Carlos, el

segundo casi… —me detengo, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda.

—Casi os liais en plena calle, ¿no? —me interrumpe. Cuando asiento, remata con su teatralidad habitual—: Guapa, yo te dije que la disfrutaras, no que te la devoraras.

No puedo evitarlo y me río con ganas, y su risa se suma a la mía hasta que varios comensales de la mesa de al lado nos miran de reojo.

—Eres idiota —le suelto entre risas.

—Y tú estás perdida —replica, señalándome con el tenedor—. Mírate la cara.

No lo niego. No puedo. Me encojo de hombros y bajo la vista hacia el plato.

—Me gusta mucho —confieso en un susurro, como si decirlo en voz alta lo hiciera todavía más real.

Carlos guarda silencio un instante, observándome con esa paciencia suya, esperando que añada algo más. Pero como no lo hago, insiste.

—¿Y qué pasa con ella?

Le cuento lo que Inés me dijo después del beso, su miedo a equivocarse. Le hablo de Lucas, y al pronunciar su nombre no puedo evitar pensar que en su vida no hay nada que no lo incluya.

Carlos deja el tenedor sobre el plato y se inclina hacia mí con seriedad.

—Eva, escúchame bien. Antes de lanzarte, tienes que estar segura de lo que vas a hacer. No se trata solo de ti ni de ella. Hay un niño en medio. Y lo último que necesita es que alguien aparezca en su vida para desaparecer al poco tiempo.

Sé que no lo dice para asustarme ni para frenarme, sino porque tiene razón. Y esa claridad me golpea como un jarro de agua fría.

—Lo sé —respondo casi en un murmullo—. Y eso es lo que me asusta. Que ella tenga razón, que esto se esté dando demasiado rápido, demasiado intenso y que nos equivoquemos.

Carlos me sostiene la mirada con calma.

—No tienes por qué huir, solo piensa bien cada paso. Porque si de verdad quieres algo con Inés, no puedes hacerlo a medias.

Su advertencia me sacude, me arranca del estado de ensoñación en el que llevaba todo el día. Yo, que anoche solo pensaba en sus labios y en el deseo que me devoraba, ahora tengo que enfrentarme a la evidencia: no basta con querer, ni con desear.

—Supongo que tengo que pensar todo con calma… —murmuro—. Aunque me muera de ganas por besar esos labios de menta.

Él arquea una ceja, divertido.

—Eso es lo más cursi que te he escuchado decir en mucho tiempo. Lo que escribes en los libros no cuenta —se defiende.

—Pues es la verdad —respondo, y me sorprende darme cuenta de que, por primera vez, no me avergüenzo de tanta zalamería.

El silencio se instala entre nosotros. Yo jugueteo con el borde de la servilleta, pensativa. La pregunta no es si quiero seguir tratándola como lo hice anoche o si deseo acercarme más. La verdadera cuestión es si estoy preparada para hacerlo. Porque una cosa es escribir historias de amor y otra muy distinta es dejar que el amor entre en mi vida de nuevo.



CAPÍTULO 32

Lo que cambia después de un beso

INÉS

El ascensor se abre con ese sonido metálico tan característico, y la editorial me recibe con el ritmo frenético de un lunes a primera hora. Todo el mundo se mueve de un lado a otro; varios teléfonos suenan, las conversaciones se entrecruzan y yo intento calmar el dolor de cabeza que me acompaña desde que Lucas decidió despertarme saltando sobre la cama.

Desde la cita con Eva y el beso que nos dimos, me he sumergí en mi propia burbuja. Por suerte —y con mucho esfuerzo— conseguí organizar el calendario para la promoción que me pidieron en Rubor. Cada firma, los horarios, viajes y hoteles. Todo está listo a falta de que el resto del equipo ajuste lo suyo. Aunque, siendo sincera, lo que más me inquieta no es la logística, sino enfrentarme a la mirada de Eva y controlar las ganas de besarla que me han asaltado durante todo el fin de semana.

Al doblar el pasillo y acercarme a la sala de reuniones, la descubro dentro. A través del cristal distingo a Joana, también a Tamara inclinada sobre la pantalla de su portátil, y a Natalia y Alba anotando cosas en la pizarra. Eva está tan concentrada en lo que sostiene entre las manos que me encantaría detener el mundo para sorprenderla por la espalda y abrazarla.

No sé si es intuición o simple casualidad, pero cuando aparta la vista y la cruza con la mía a través del cristal, se me escapa una sonrisa. Ella me responde del mismo modo y, antes de que mi corazón me delate, decido entrar.

—Buenos días —saludo, procurando que mi voz suene natural—. De verdad, cada día soporto menos las reuniones de padres —añado, como si fuera una queja compartida—. Pero bueno, ¿cómo va todo? ¿Ya le habéis enseñado el calendario?

Hablo como si Eva no estuviera allí, aunque siento su mirada clavada, recordándome nuestro beso, sacudiéndome por dentro.

—Ahora mismo se lo hemos mostrado —interviene Tamara con una sonrisa—. Eso, y todo el material inicial. También tenemos el informe con el diseño de la cubierta que aprobamos el viernes y que a Eva le entusiasma.

—Perfecto. —Dejo mi bolso en una de las sillas y me siento a su lado. Intento parecer serena, aunque escondo las manos bajo la mesa para que no descubran lo alterada que estoy—. Yo no tuve problemas con las librerías ni con los centros que contacté. Es más, están encantados con la idea de que las firmas sean exclusivas y no iguales a las que organizan otras editoriales.

—Eso es una gran noticia.

—Yo temo que mis lectoras no aparezcan —admite Eva, rompiendo el tono optimista—. No es que no confíe en ellas, pero me aterra que pongáis tanto empeño y luego resulte un fracaso.

—¡Menuda tontería! ¿Sabes lo que opinaron los editores del borrador completo de tu novela? —exclama Alba—. Daniela y Clara, su historia, ¡es una maravilla!

Yo guardo silencio. Intento hacerlo porque soy la menos objetiva; después de todo, Daniela es mi reflejo ficticio, y Clara, aunque distinta a Eva, lleva en sí parte de su personalidad.

La conversación continúa. Tamara expone el plan de márquetin, las redes sociales, presentaciones, entrevistas online… Joana puntualiza

sobre los plazos, Natalia propone ideas creativas para la campaña. Yo debería estar centrada, pero mi mente se divide entre la parte profesional, que busca ser impecable, y la parte íntima, que late con fuerza cada vez que Eva se mueve, toma notas o roza el bolígrafo entre sus dedos.

Cuando Tamara hace una pausa, Alba toma el relevo.

—Lo que quiero destacar es que la novela es muy sólida. Es cierto que habrá que pulir algunas cosas, pero una vez revisada quedará… increíble. Se nota el trabajo, la entrega. El amor que le has puesto. Todo —le asegura a Eva, que se encoje con timidez—. Sabía que tenerte con nosotras sería un acierto.

Eva me mira un par de segundos antes de responderle.

—Gracias. La verdad es que fue un fin de semana intenso. Quería avanzar y entregar la novela completa.

«Intenso». La palabra me golpea. Intenso fue también lo que vivimos nosotras el viernes. Y me pregunto si ella se refiere solo al trabajo o si, como yo, no puede evitar recordar lo demás.

Seguimos repasando. Natalia comenta los viajes y hoteles que yo misma organicé; las firmas, las fechas. Yo añado matices que Eva anota en su libreta. Me gustaría asomarme a esas páginas y descifrar qué guarda allí.

En un momento, Natalia reparte pruebas impresas de la cubierta. Al llegar a mis manos, las sostengo unos segundos antes de entregárselas a Eva. Y entonces nuestros dedos se rozan apenas un instante, insignificante, pero suficiente para que me recorra el mismo temblor que sentí el viernes al besarla. Sé que ella también lo percibe, porque sus ojos se clavan en los míos y yo aparto la mirada antes de dejarme arrastrar.

—Es preciosa… —susurra—. Juro que lloraré cuando la tenga entre las manos. No me lo voy a creer.

—Pues prepárate, porque seguramente no la verás hasta que empiecen las firmas —bromea Alba con picardía—. Queremos darte esa

sorpresa.

La reunión continúa hasta que Joana, satisfecha, la da por concluida. Todas empiezan a recoger sus cosas. Todas menos Eva y yo. Ambas nos quedamos quietas, como si esperáramos ese instante a solas. Mi corazón se acelera cuando por fin se vacía la sala.

—Siento no haberte escrito en todo el fin de semana —se justifica ella—. Quería dejarle a Alba todo listo para que avanzara, y bueno…

—Me alegra que tu silencio haya sido por eso y no por…

—En lo único en lo que pensé cada hora de cada día, fue en tus labios —me interrumpe, fijando su mirada en mi boca—. No podía distraerme, pero el recuerdo del beso me asaltaba a cada instante.

Aguanto la respiración unos segundos. Y después hago lo que llevo deseando desde que me giré y me marché a casa el viernes: besarla de nuevo. Puede que alguien nos vea, que Alba aparezca en cualquier momento y nos sorprenda traspasando esa línea que no deberíamos cruzar. Pero no me importa. Me dejo llevar y, con mi boca atrapando la suya, saboreo el leve regusto a café en su lengua hasta perderme por completo.

—¿Te apetece que hagamos algo juntas? —me propone, todavía cerca, sin soltarse del todo.

—Depende… —respondo mirándola a los ojos—. Tengo que recoger a Lucas a las cuatro. Así que… —Consulto el reloj—. Soy tuya hasta las tres y media.

—Me conformo con tenerte aunque sean unos minutos.

No sé si es la forma en que lo dice o lo que intuyo en sus palabras, pero si de algo estoy segura, es que no me importaría perderme con ella durante horas.



CAPÍTULO 33

Sintiéndome viva otra vez

INÉS

No sé muy bien cómo hemos llegado hasta el apartamento de Eva. Solo sé que la puerta se cierra a mi espalda con un golpe sordo y que, en ese mismo instante, me besa como si le faltara el aire. Tropiezo con lo que debe de ser el borde de una alfombra y casi pierdo el equilibrio, pero sus manos me sujetan fuerte de la cintura, atrayéndome hacia ella con una urgencia que me arranca un gemido entremezclado con nuestras risas.

El pasillo, apenas iluminado por la claridad que llega desde la sala de estar, nos envuelve mientras su aliento se mezcla con el mío, es cálido, rápido, cargado de ansiedad. Noto su lengua recorriendo mi boca con torpeza y hambre, como si temiera que en cualquier momento alguien pudiera arrebatarnos este instante.

Mis manos se enredan en su pelo, que bajo la luz parece encendido como el fuego, y la beso sin pensar, como si estuviera cayendo al vacío y ella me esperara abajo para sostenerme. Me empuja contra la pared y mi espalda choca con el frío, generando un contraste tan brutal que me eriza la piel de golpe.

—Eva… —murmuro entre beso y beso, con la voz temblorosa y el corazón golpeándome en el pecho.

Ella se aparta apenas un poco, apoya su frente en la mía y respira con desorden, igual que yo, pero en sus ojos descubro ese brillo de deseo que me hace temblar.

—No me digas que pare ahora…

Sonrío, porque tampoco quiero que lo haga. Pero algo en mí, muy hondo, grita que deberíamos detenernos, pensar, poner límites. Sin embargo, esa voz se apaga cuando su lengua invade de nuevo mi boca y sus manos se apresuran a deshacer los botones de mi camisa.

Avanzamos a tientas, besándonos como si solo pegadas pudiéramos respirar. Cuando tropezamos con la cama, caemos casi juntas sobre el colchón. Nos reímos entre jadeos, y esa risa compartida tiene un matiz de ternura que equilibra la intensidad del momento.

—Hace tanto que no… —susurro, sin completar la frase.

Eva acaricia mi rostro con los dedos y baja hasta mi cuello con una delicadeza que contrasta con la voracidad de sus besos.

—Entonces dejemos que ocurra.

Su voz es baja, firme, como si no dudara de lo que estamos a punto de vivir. La busco de nuevo y la beso, recorriéndola con mis manos en un intento desesperado por guardar cada detalle; el regusto a café que aún permanece en su boca, la textura de su ropa en mis dedos, el temblor que me sacude el pecho. Quiero grabar cómo huele, el calor de su cuerpo, los jadeos que escapan de su garganta.

Sus manos se deslizan por mi espalda y la tela de mi blusa se me vuelve insoportable. Yo hago lo mismo. Mis dedos se cuelan bajo su ropa y tocan su piel, cálida, suave. Ese contacto mínimo me estremece hasta la médula.

Cada beso nos arrastra un paso más allá. Cada roce despierta en mí una urgencia que desconocía. Me descubro perdida entre el vértigo del deseo y la vulnerabilidad de abrir una puerta que llevaba años cerrada. Pablo fue el último en atravesar ese umbral, y de eso ha pasado demasiado tiempo. Tiempo de silencio, de vacío, de miedo a volver a sentirme expuesta.

Pero ahora solo existe lo que late en su boca, en sus manos, en la manera en que susurra mi nombre mientras recorro su piel con mis dedos. Ese susurro se expande entre nosotras mientras nos despojamos de la ropa, hasta quedar sin barreras que nos separen.

Me dejo guiar por ella. Me empuja suavemente hacia atrás y quedo tumbada por completo. Se coloca encima y, durante un segundo, me limito a observarla; cómo el pelo le cae alrededor de la cara y los hombros, la respiración agitada, la duda apenas contenida en sus ojos.

—Si no quieres que siga, dímelo y paro.

—No quiero que pares, Eva.

Y ya no hay vuelta atrás.

Sus labios recorren mi cuello, mi clavícula, mi pecho, dibujando un mapa de fuego sobre mi piel. Sus manos me descubren con torpeza y cuidado al mismo tiempo, como si peleara contra el impulso de arrebatarme la poca cordura que me queda.

El roce de su cuerpo sobre el mío es casi insoportable. Su boca entre mis muslos se convierte en todo lo que deseo. Cada caricia de su lengua me atraviesa con una intensidad que me recuerda que sigo viva, que mi cuerpo no ha olvidado cómo arder.

Cierro los ojos y me abandono al momento. Escucho mis propios gemidos mezclados con los suyos, el sonido sordo de un cojín cayendo al suelo, la respiración entrecortada que llena la habitación.

En un momento, la miro y la encuentro observándome mientras me entrega un placer que me sacude entera. Y lo que descubro en su mirada lo cambia todo, porque me está acogiendo con todas mis grietas, con todas mis contradicciones.

Y lloro. Las lágrimas me sorprenden tanto como a ella. Eva se detiene, asustada, y me acaricia la mejilla.

—¿Estás bien?

Asiento, con las lágrimas resbalándome por las sienes y una sonrisa que me nace sin control.

—Sí… demasiado bien.

Apoya su frente contra la mía y, durante un instante, no hacemos más que respirar juntas, desnudas, vulnerables, con el mundo reducido a su cama.

Nos besamos otra vez, ahora más despacio, más suave, como si quisiéramos memorizar el sabor de la calma antes de la tormenta. Pero después regresa el descontrol; la pasión de sus manos, los arañazos en su espalda, mis gemidos y los suyos, y el orgasmo que estalla en mi vientre y me hace volar. Con ella. Con Eva. Sintiéndome viva de nuevo.



CAPÍTULO 34

Enredada en el sabor de su piel

EVA

El silencio nos rodea y temo abrir la boca y estropear el momento. Inés está a mi lado, con su pelo oscuro extendido sobre el blanco de las sábanas y el aroma de su piel aún pegado al mío. No dejo de mirarla de reojo. Apenas me muevo, porque tengo la certeza de que, si lo hago, todo esto se disolverá como un sueño demasiado frágil.

Su respiración es lenta, profunda. Intento acompasarla, pero mi corazón sigue desbocado por lo que acaba de ocurrir y apenas consigo serenarlo. Hace mucho tiempo que no me entregaba así a otra persona, con el deseo prendido en los labios y las ganas recorriéndome las manos. Tanto, que aún me cuesta asumir que Inés y yo acabamos de hacer el amor.

Ella se remueve un poco, busca acomodo y apoya su rostro en mi pecho, mirándome a los ojos.

—¿Estás nerviosa…? —inquiere con suavidad—. Por lo de la presentación.

Tardo unos segundos en procesar su pregunta. Me giro hacia ella, todavía bañada en sudor, y me pierdo en sus ojos oscuros que reflejan la claridad del día. Esa calma suya se me mete dentro como una brisa que ordena el desorden.

—Un poco —admito, sintiendo cómo la ansiedad regresa sin que la haya invitado—. En la reunión me sentí colapsada. Temo decepcionarlas, no estar a la altura de lo que esperan de mí. Alba, Tamara, todas están ilusionadas. Y sí, yo creo en mi historia, pero… ¿y si sale mal?

Inés se incorpora un poco, apoya la espalda en el cabecero y abre los brazos. Me acomodo entre ellos, con la cabeza en su pecho. Sus dedos recorren mi hombro en un gesto distraído, como si quisiera despegarme los miedos de la piel.

—Si Alba te buscó y te ofreció entrar en Rubor, es porque creen en ti. No solo en tu historia, sino en tu voz. —Me obliga a mirarla y en sus ojos brilla una franqueza que me desarma—. Créeme, te lo dice alguien a quien se le erizó la piel solo con leer esa frase que me mandaste por WhatsApp.

Un calor súbito me incendia el estómago y el rostro. Nunca me atreví a preguntarle qué pensó en realidad ni si había comprendido que Daniela era ella. Supongo que no lo hice porque apenas nos conocíamos, pero ahora… «Ahora que la conozco un poco más, sigue sin dejar de asustarme».

—Me da miedo —susurro—. Siempre me ha dado miedo que todo mi mundo se derrumbe. Que lo que ahora parece brillar se revele como algo frágil, como una ilusión pasajera.

Inés se inclina hacia mí, hasta rozar mi nariz con la suya. Puedo oler el rastro de nuestra piel mezclada, el calor íntimo que aún flota entre nosotras.

—Todo puede derrumbarse en cualquier momento, Eva. Pero eso no es motivo para dejar de confiar en ti —añade mientras me acaricia la mejilla.

Tiene razón. Cierro los ojos y me dejo envolver por ese roce que barre mis miedos, por la serenidad que me transmite. El tiempo parece diluirse y sonrío, porque hacía demasiado que no me sentía así.

—Intentaré no ser tan dura conmigo misma —murmuro, consciente de que no basta con intentarlo, que debo hacerlo—. Soy muy autoexigente y si algo no sale bien desde el principio…

—La autoexigencia te ha traído hasta aquí. Yo también lo soy —me confía, mirándome fijamente—. Pero si algo te incomoda, si algo te supera, está bien reconocerlo. Ser honesta no es un defecto.

—Entonces… ¿puedo decirte que no quiero que te vayas, aunque eso me haga sentir egoísta por arrebatarle a tu hijo horas contigo? —me atrevo a decir, con una risa breve que se me escapa antes de suspirar—. Te haré caso.

Me inclino y beso su clavícula, despacio, como si quisiera escribir en su piel lo que no me atrevo a poner en palabras. Su sabor es cálido, todavía impregnado de la intensidad de nuestro encuentro.

—No quiero que lo nuestro sea un error…

Inés hunde los dedos en mis rizos, acariciándome el pelo con ternura.

—Para mí no lo es.

Sus palabras me deshacen por dentro. Quiero creerlas, quiero aferrarme a ellas como a un salvavidas, aunque sé que el miedo seguirá ahí, latente. La miro y siento que podría perderme en esa calma suya, en esa seguridad que a mí me falta y que, de algún modo, me enseña a ser un poco más valiente.

Pasamos un rato así, en silencio, con los cuerpos enredados bajo las sábanas. Escucho su respiración, su corazón latiendo cerca del mío. Y en esa quietud me descubro pensando que tal vez las cosas no tengan que ser tan complicadas como yo las vuelvo —o incluso como las escribo—. Quizás, a veces, la sencillez también existe.

—Me gusta estar aquí contigo —murmuro.

Ella sonríe, besa mi frente y me estrecha contra su pecho.

—Y a mí contigo. Aunque vamos a tener que levantarnos y preparar algo de comer… —añade con un tono pícaro que me ruboriza

—. Porque tengo el estómago vacío y no creo que, comiéndote a ti, me mantenga en pie hasta la cena.

—¿Te gusta la comida italiana? —pregunto, esquivando su mirada mientras el calor me recorre la espalda hasta el cuello.

—Tengo otros platos favoritos, pero por ahora me conformo con ese.

Ya estoy en pie, desnuda, caminando hacia el aseo cuando la escucho decirlo. Algo se agita dentro de mí. Entro, cierro la puerta y me apoyo en ella. Respiro hondo con los ojos cerrados, tratando de guardar este instante: el sabor de su piel en mi boca, el calor de su cuerpo junto al mío, la certeza de que por primera vez alguien me acepta como soy, sin reservas ni condiciones.

Y sí, tengo miedo. Esto avanza a la velocidad de la luz. Pero hay cosas que solo aparecen una vez en la vida, e Inés, presiento que es una de ellas.



CAPÍTULO 35

Construyendo algo que no quiero soltar

INÉS

Llevo aún la calidez del agua de la ducha pegada a la piel cuando salgo del dormitorio de Eva. Me ha prestado una camisa diferente a las que yo suelo usar, impregnada de su perfume: jazmín, limón… como una primavera intensa bajo el sol. Camino por el pasillo y, al girar hacia la cocina, me envuelve el aroma inconfundible del beicon dorándose, mezclado con la cremosidad de la mantequilla. La fragancia se expande y me despierta el apetito en cuestión de segundos.

Eva está de espaldas, frente a la encimera. Su melena roja cae suelta, acompañando el ritmo de la música que suena en el altavoz. Reconozco la canción, pero no me fijo en ella, sino en sus caderas, que dibujan un vaivén sutil mientras remueve la sartén al compás.

Me detengo en el marco de la puerta, observándola. El mundo se suspende en esa imagen. Podría quedarme horas contemplando cómo la luz se refleja en su piel, cómo el vapor de la pasta sube en espirales hasta rozarle la cara, cómo sonríe sola creyendo que nadie la mira.

La escena me resulta tan tierna… y, al mismo tiempo, tan sensual que apenas consigo controlar el deseo súbito y voraz que se enciende en mi interior. Me muerdo el labio, atrapada entre acercarme o permanecer ahí, rendida al embrujo de su movimiento.

De pronto, se gira apenas, como si la intuición la hubiese alertado, y me descubre.

—Vaya… —susurra con esa media sonrisa que me deja paralizada —. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente —replico, intentando sonar casual, aunque mi sonrisa me delata.

Eva deja la cuchara de madera en el borde de la sartén y se seca las manos con el paño. Avanza hacia mí despacio, con un gesto que parece coreografiado por el latido de mi corazón, que golpea sin piedad en mi pecho. Cuando está a un palmo, me rodea el cuello con los brazos.

—Me miras como si fuese un sueño —murmura.

—Lo eres —confieso en un hilo de voz apenas audible.

Ella ríe, y ese sonido me provoca una punzada de ternura que me atraviesa el estómago. Antes de que pueda añadir nada más, me atrae hacia sí y me besa.

El beso estalla como una tormenta contenida. No es apresurado, pero tampoco tímido. Es profundo, cargado de la certeza de que lo que ocurrió hace un rato y lo que empieza a crecer entre nosotras es real. Sus labios saben a sal y a un dulzor ahumado, como si el aire de la cocina se hubiera fundido con su piel.

Cierro los ojos, rindiéndome a la sensación. Cuando se separa apenas un instante, sus ojos buscan los míos.

—Debería volver a la cocina… —dice, aunque sus brazos siguen rodeándome.

—Deberías —respondo, pero tampoco la suelto.

Reímos juntas en un suspiro compartido, y ese momento sencillo me resulta más íntimo que cualquier caricia de las que nos entregamos en la cama.

Ella acaricia la línea de mi mandíbula con el pulgar, lenta, como si explorara la textura de mi piel, y suspira.

—Me desconcentras, Inés —admite en voz baja—. No sé si conseguiré que la pasta no se pase.

—Podrías dejar que se pase —propongo casi en un murmullo—. Yo no me quejaría.

Ella suelta una risita y me roba otro beso, breve esta vez, antes de separarse con un gesto juguetón para volver a la sartén.

Camino hasta la mesa y me siento sin apartar los ojos de ella. La música sigue llenando la estancia, ligera, cómplice de lo que estamos compartiendo. La observo sacar la pasta del agua, mezclarla con el huevo batido y el beicon dorado. La veo probar un espagueti, fruncir el ceño concentrada y, tras añadir bastante pimienta, asentir satisfecha.

—Parece mentira que nos conozcamos solo desde hace unas semanas —le digo, apoyando el codo sobre la mesa—. ¿Sabes por qué?

—Dime —responde mientras reparte la comida en los platos.

—Porque podría acostumbrarme a esto. A ti bailando en la cocina, al olor de tu ropa, al de tu cuerpo pegado al mío.

Eva me lanza una mirada por encima del hombro, y en sus ojos brilla algo que me obliga a contener la respiración. Tal vez me haya pasado, pero yo misma le pedí sinceridad minutos atrás.

—Yo también podría acostumbrarme a tenerte mirándome así.

El silencio que sigue se siente pleno, lleno de los sentimientos que hay en medio de estas palabras. Me descubro sonriendo con una sensación de plenitud que hacía mucho no conocía.

Finalmente, coloca los platos sobre la mesa y el aroma me envuelve de nuevo, más intenso todavía.

—Espero que esté a la altura de tus expectativas —comenta, sentándose frente a mí.

—No lo dudes. —Atrapo un bocado con el tenedor y lo pruebo. El sabor estalla en mi boca, cremoso, reconfortante, con el equilibrio perfecto entre lo salado y lo suave—. Están deliciosos.

Eva se inclina un poco hacia delante, observándome con una mezcla de orgullo, ternura y deseo.

—No más que tú.

Aparto la mirada un segundo, intentando disimular el sofoco que me sube por el pecho hasta la cara. Pero al volver a encontrarme con sus ojos, sé que no sirve de nada ocultarlo.

—Quizá sea demasiado rápido, pero… me gustas, Eva.

Deja el tenedor en el plato y me sostiene la mirada en silencio. Después, con ese gesto lento y suave que parece definirla, alarga la mano sobre la mesa y entrelaza sus dedos con los míos. El contacto es cálido, vertiginoso. Me estremezco, no porque me sorprenda, sino porque confirma lo que ya intuía: que aquí, en su apartamento, en su cama y en esta cocina, estamos empezando a construir algo a lo que no quiero renunciar.



CAPÍTULO 36

Las heridas que siguen abiertas

INÉS

El sol de la tarde acaricia las calles de Madrid con una tibieza que me arranca una sonrisa sin que apenas me dé cuenta. Camino ligera, todavía impregnada del recuerdo de los besos de Eva, del calor de su cuerpo junto al mío, del sabor de la carbonara en mis labios y de la risa que me ha acompañado hasta la puerta de su apartamento. Tengo la sensación de flotar, como si cada paso fuese más liviano que el anterior. No recuerdo la última vez que me sentí tan plena, tan dueña de mí, como si el mundo entero hubiera decidido girar a mi alrededor.

Jamás pensé, al despertar esta mañana, que acabaría enredada en sus sábanas, rindiéndome al deseo que despertaron los besos del viernes. Pero ha ocurrido, y ahora camino envuelta en una nube que sabe a ella, que huele a ella y que late al compás de su corazón.

Al doblar la esquina del colegio, me envuelve el bullicio habitual: las voces de los niños en el patio, las conversaciones de madres y padres reunidos en pequeños grupos, los coches mal aparcados en doble fila. Es una escena conocida, casi rutinaria, que me aporta una inesperada sensación de estabilidad. Me mezclo entre la multitud y me sitúo junto a la verja, esperando el timbre que anunciará la salida de Lucas.

El aire se me corta al girar la cara. Mi sonrisa se apaga de golpe, como una vela que se extingue con una ráfaga de viento. A pocos

metros, rígidos, inmóviles como dos estatuas, están mis padres.

Han pasado ocho años desde la última vez que los vi. Sin embargo, bastan dos segundos para que mi cuerpo entero se tense. Mi padre conserva la espalda erguida; mi madre, esa expresión contenida que siempre fue su sello. El tiempo les ha regalado nuevas arrugas y un gris apagado en el pelo, pero las miradas siguen siendo las mismas. Miradas que, en su día, me hicieron sentir pequeña.

El corazón me golpea con violencia. La felicidad que me envolvía se derrumba como un castillo de arena alcanzado por la marea. Respiro hondo una y otra vez, intentando sofocar la oleada de emociones que amenaza con desbordarme. Al final, avanzo hacia ellos.

Mi madre da el primer paso.

—Inés, cariño… —balbucea, con la voz temblorosa, como si el simple hecho de pronunciar mi nombre la desgarrara.

Permanezco inmóvil. Cada fibra de mi cuerpo me suplica que me marche, que me dé la vuelta y no les permita acercarse, pero siento los pies clavados al suelo.

—No deberíais estar aquí —espeto al fin, con un tono más duro de lo que suelo emplear.

Mi padre frunce el ceño, incómodo. Ella entrelaza las manos con nerviosismo.

—Solo queríamos verte… —titubea—. Saber de ti. Y de Lucas.

El nombre de mi hijo en su boca me enciende por dentro. La rabia me recorre, nítida, y me da fuerzas para contestar.

—Lucas no necesita conoceros. No después de que le dierais la espalda durante ocho años.

Mi madre avanza otro paso y siento que el aire se me escapa de los pulmones.

—Lo sabemos, hija. Sabemos que te fallamos. —Su voz se rompe, aunque no logra conmoverme. O quizá no quiero permitírmelo—. No

hemos pasado un solo día sin pensar en vosotros.

—No me llaméis hija —la corto con un filo en la voz que hasta a mí me sorprende—. Hace ocho años dejasteis de ser mis padres. Cuando me quedé embarazada, cuando más os necesitaba, me abandonasteis. Eso no tiene perdón.

Mi padre inspira profundamente.

—Fuimos… fuimos unos cobardes —reconoce, despacio, mirándome de frente—. No supimos aceptar que nos superaba, que nos aterraba la idea de que tu vida se destrozara. Y lo lamentamos.

Sus palabras me atraviesan, pero me aferro a la furia que me mantiene en pie.

—¿Y ahora qué? —pregunto, conteniendo el sollozo que me arde en la garganta—. ¿Venís aquí como si nada hubiese pasado? ¿Esperáis que os perdone y que Lucas os abrace como si fueseis los abuelos perfectos?

Mi madre extiende la mano hacia mí, y yo retrocedo un paso. El gesto me hiere más de lo que debería.

—No queremos borrar el pasado —susurra—. Solo pedimos una oportunidad.

El murmullo de los padres alrededor apenas me roza; mi mundo se reduce a esas dos figuras que un día fueron mi familia y hoy son solo fantasmas empeñados en abrir viejas heridas.

Aprieto los puños. Pienso en Lucas, en su sonrisa luminosa cada vez que me busca a la salida, en la seguridad que he construido para él con tanto esfuerzo. No voy a permitir que nada ni nadie lo confunda, y mucho menos ellos.

—No sois bienvenidos aquí —declaro con firmeza, aunque mi voz tiembla al final—. No quiero que Lucas os vea. No quiero que aparezcáis en su vida fingiendo un derecho que no tenéis.

Mi padre baja la mirada, vencido. Mi madre contiene las lágrimas, aunque su voz se resquebraja.

—Te hemos echado de menos. Te echo de menos cada día, Inés.

Su confesión se me clava dentro. Por un instante, el muro que me protege se tambalea. Vuelven a mí los recuerdos: el miedo cuando Pablo me dejó en la calle, las noches en las que su abrazo me habría salvado, el pánico del parto, el vacío de criar sola en el momento más duro de mi vida. Pero esta herida no cicatriza con una disculpa tardía.

—Yo también os he echado de menos —susurro, casi contra mi voluntad—. Pero he aprendido a vivir sin vosotros. Y no voy a abrir otra vez la puerta para que volváis a marcharos en cuanto algo os incomode.

El timbre del colegio rompe la tensión. La verja se abre y el patio se inunda de voces alegres. Mis ojos buscan a Lucas, que corre hacia mí con la mochila colgando y los ojos brillantes.

Mis padres también lo ven.

—Por favor, no —les advierto, levantando la mano como si erigiera una barrera invisible—. Ni una palabra.

Ellos se quedan quietos, tragándose las ganas de intervenir, mientras Lucas se lanza a mis brazos. Lo abrazo con toda mi fuerza, escondiendo el rostro en su pelo despeinado. El olor me ancla a la realidad; él es mi presente, mi hogar, mi verdad.

—Mamá, ¿qué pasa? —pregunta, notando la tensión en mi cuerpo.

—Nada, cariño. —Le acaricio la mejilla y le sonrío, ocultando la tormenta que me devora—. Vámonos. Hoy te llevo a merendar a un sitio especial.

—¡Genial! ¿Habrá chocolate?

—Muchísimo.

Sin mirar atrás, le tomo la mano y nos alejamos del colegio. Siento la mirada de mis padres clavada en mi espalda, pero no me detengo. No ahora. Quizá nunca.

Y, sin embargo, mientras avanzo, me descubro pensando en la grieta que han abierto con una sola frase: «Te hemos echado de menos.

Te echo de menos cada día, Inés». Me repito que es demasiado tarde, que no necesito esas palabras, que Lucas tampoco. Pero, por más que intente apartarlo, algo en mi interior late distinto. Una mínima fisura en la muralla que llevo años levantando.

Quizá jamás lleguen a atravesarla y lo más posible, es que no vuelvan a intentarlo. Pero por primera vez en años, me pregunto si quiero seguir cargando con esto, si de verdad quiero que mi relación con ellos acabe de esta manera y prohibir que Lucas, no conozca a sus abuelos.



CAPÍTULO 37

Empezar a soñar

INÉS

La conversación con mis padres todavía me pesa dentro. Camino con Lucas de la mano, alejándome del colegio y de esas miradas que continúo sintiendo clavadas en la espalda a pesar de haber recorrido ya varias calles. No quiero que perciba el desorden que llevo dentro, así que me esfuerzo por mostrarme tranquila, como si nada hubiese pasado. Él me habla de lo que ha ocurrido en el patio, de un balón que se coló por la ventana y golpeó a Julia —su compañera— en la cabeza. Yo asiento, respondo con sonrisas breves, agradecida de que su voz logre apartarme de mis pensamientos y mis dudas.

A los pocos minutos entramos en una cafetería situada a dos manzanas de casa. El rumor de las conversaciones se mezcla con el tintinear de los vasos y el aroma a café recién hecho. Es un lugar sencillo, pero acogedor, con un mostrador repleto de dulces que atraería hasta al más indiferente.

Elegimos una mesa junto a la ventana. Lucas trepa a la silla con tal ímpetu que me arranca una carcajada, la primera desde el encuentro con mis padres. Cuando la camarera se acerca, pido para él un dónut de chocolate y un zumo de naranja, y para mí un café con leche. No tengo hambre, pero necesito algo que me devuelva un poco de ánimo.

Mientras esperamos, lo contemplo en silencio. Sus ojos brillan de expectación; sus dedos tamborilean sobre la mesa como si interpretase

en un piano invisible una melodía que solo él conoce. Y entonces me invade la certeza de que él es la razón por la que sigo en pie, la fuerza que me ha rescatado una y otra vez sin siquiera saberlo. No voy a consentir que nadie lo hiera ni que le rompan el corazón.

Su merienda llega y lo primero que hace es darle un bocado enorme al dulce.

—Hoy ha sido un buen día, mamá —proclama de pronto, con la boca llena, inaugurando la conversación—. En clase de plástica hicimos dibujos de animales. Yo hice un tigre.

—¿Un tigre? —le pregunto, inclinándome hacia él—. Seguro que quedó impresionante.

—Tenía unas rayas muy chulas. —Se ríe, mostrando restos de chocolate entre los dientes—. Y también jugamos al escondite. Me escondí detrás del columpio y nadie me encontró.

Lo escucho con atención, con la boca manchada y los ojos abiertos, y siento cómo la opresión de mi pecho se disuelve poco a poco. Cada palabra suya es un bálsamo que me devuelve al presente, lejos de los fantasmas que han querido reaparecer esta tarde.

El zumo llega, frío, con gotas resbalando por el cristal del vaso. Lucas lo agarra con ambas manos y da un trago largo. Luego me señala con el dedo, con una naturalidad pasmosa.

—Mamá, esa camisa no la habías llevado antes.

Bajo la vista hacia los pequeños corazones rosas estampados en la tela blanca. Me sorprende que lo haya advertido, aunque debería saberlo: Lucas se fija en todo.

—Es verdad, no la habías visto —respondo, y la sonrisa me brota sola, inevitable—. Me la prestó Eva.

Sus ojos se iluminan, como si hubiera oído el nombre de un personaje de sus cuentos favoritos.

—¿Eva? ¿Tu amiga? ¿La que conocimos en el parque?

Asiento, recordando aquella tarde en El Retiro en la que coincidimos con ella casi por azar. Lucas la observaba con curiosidad, y yo… yo trato de disimular la tempestad que me provocaba su presencia.

—Esa misma.

Él se inclina hacia mí, con aire conspirador.

—¿Y por qué te ha dejado una camisa?

Me muerdo el labio, conteniendo la risa.

—Porque me manché la mía —contesto, fingiendo que con eso basta.

Lucas arquea las cejas, como si analizara la historia en busca de huecos. Después asiente satisfecho y da otro mordisco a su dónut.

El silencio que sigue me da un respiro. Bebo un sorbo de café y dejo que el calor se expanda por mi cuerpo. Pienso en Eva; en sus caricias, en la intensidad de su mirada, en el sonido de su risa. De pronto, casi sin planearlo, las palabras se escapan de mis labios.

—Lucas… —susurro, bajando la voz—. ¿A ti te gustaría que mamá invitara a Eva a cenar un día en casa?

Él abre los ojos de par en par. Un segundo después sonríe con entusiasmo, como si acabara de recibir una noticia maravillosa.

—¡Sí! —exclama, y sus manos golpean con suavidad la mesa.

Su reacción me sorprende y me enternece al mismo tiempo.

—¿De verdad? —insisto, queriendo asegurarme de que no es solo un capricho momentáneo.

—Claro. Eva es simpática. Me gusta cómo habla. Y su risa es graciosa.

La descripción me arranca una carcajada, aunque siento a la vez un nudo de emoción en la garganta. Su sencillez choca con mis dudas, con mis miedos, con los recuerdos que todavía arden dentro de mí.

—Entonces la invitaré —decido por fin, más para mí que para él, saboreando el peso de esa elección.

Lucas se recuesta en la silla, orgulloso de su triunfo, y da otro sorbo a su zumo. Yo lo observo, y por un instante siento que el mundo recupera un orden.

El café se enfría en mi taza, pero no me importa. Inspiro hondo y me repito en silencio que puedo con todo; con el peso del pasado, con la incertidumbre del futuro. Porque ahora, justo aquí, tengo dos cosas que me sostienen: la risa de mi hijo y el recuerdo de los labios de Eva sobre los míos.

Y de pronto, lo que me parecía imposible hace apenas unas noches, ahora se me presenta diáfano, porque estoy dispuesta a permitir que esas dos cosas se encuentren, a abrir la puerta para que la vida deje de ser una lucha constante y se transforme, al fin, en un comienzo.



CAPÍTULO 38

Cena improvisada en su casa

EVA

El ascensor se detiene con un leve chirrido y, de repente, siento que me falta el aire. Camino por el pasillo despacio, como si cada paso me acercara a un territorio desconocido. Tengo las manos frías y la piel erizada bajo la chaqueta vaquera. El corazón late con un ritmo irregular, un tamborileo que me recuerda a la sensación de estar al borde de un salto al vacío.

Cuando llego frente a la puerta de la casa de Inés, respiro hondo y fijo la vista en el timbre. Es un gesto sencillo, casi mecánico, pero me resulta tan importante que dudo. Sé que esta noche no se trata solo de cenar. Es entrar en su espacio íntimo, en la vida cotidiana que comparte con su hijo. Es hacerme visible en ese mundo en el que hasta ahora solo había tenido apariciones fugaces e insignificantes.

Recuerdo lo que me dijo Carlos: «Si estás segura de querer intentarlo con ella, tienes que estarlo también de lo que eso implica». Y lo estoy. Estoy segura de querer averiguar qué historia puedo escribir con Inés. Pero eso no evita que el estómago me tiemble como si fuese a enfrentar un examen que no quiero suspender.

Acaricio el timbre con la yema del dedo y, antes de perder el valor, lo presiono.

El sonido resuena al otro lado. Escucho pasos, una carrera ligera, y la puerta se abre con brusquedad.

—¡Eva! —exclama Lucas con una sonrisa que ilumina su cara. Tiene el pelo revuelto, los ojos chispeantes y un pijama azul cubierto de cohetes y planetas.

Su espontaneidad me arranca una risa nerviosa.

—Hola, astronauta —le saludo, procurando que no se note el temblor en mi voz.

—¡Mamá, ya está aquí! —grita hacia dentro, y sin darme respiro me agarra la mano y tira de mí para que entre.

El gesto me derrite. Sus dedos pequeños, enredados en los míos, tienen la fuerza de una invitación que va mucho más allá de esta noche.

Al cruzar el umbral, me recibe el olor a comida casera, una mezcla de sofrito y especias que me traslada a los domingos en la cocina de mi abuela. La calidez del apartamento contrasta con el fresco de la calle. Me quito la chaqueta con cierta torpeza y, al levantar la mirada, me encuentro con ella.

Inés aparece desde la cocina con un recogido improvisado y una camiseta de algodón sencilla que realza el color de su piel bajo la claridad del salón. Sus ojos se encienden al verme, y ese gesto basta para que el mundo recupere su ritmo.

—Hola —susurra, y la palabra suena como una caricia.

—Hola —respondo, consciente de que mi sonrisa no consigue contener lo que siento.

Se acerca y me besa en la mejilla. Es un roce rápido, pero en su calidez se condensa toda la intimidad compartida. Lucas nos observa, curioso, y su presencia añade un matiz nuevo; no somos solo dos mujeres enredadas en un deseo secreto, sino algo que él también empieza a mirar, a interpretar con su inocencia.

—Pasa, siéntate. La cena está casi lista —dice Inés, con un brillo nervioso en la voz que me hace sentir menos sola en mis propios

nervios.

Lucas corre al sofá y vuelve con un cojín que coloca en la silla junto a la mesa.

—Aquí puedes sentarte tú, Eva.

Sonrío agradecida.

—Gracias, caballero.

Nos sentamos y el ambiente se llena con el tintinear de platos y cubiertos. Inés coloca en el centro una fuente de pasta gratinada, humeante, cubierta de queso fundido que burbujea en los bordes. El aroma es irresistible, y el simple hecho de que haya cocinado para mí, para nosotros, me produce una ternura inesperada.

—Huele increíble —comento, mirándola con admiración.

—Espero que también lo sepa —responde ella, apartándose un mechón rebelde de la frente.

Comemos entre risas y las anécdotas de Lucas, que lleva el peso de la conversación. Me relata cómo un compañero escondió la goma de borrar de todos y fue descubierto; cómo marcó un gol en el patio; cómo su profesora les habló de planetas. Lo escucho fascinada, respondo a sus preguntas y, en cada intercambio, descubro lo sencillo que resulta conectar con él.

En un momento dado, Lucas se inclina hacia mí y señala mi plato.

—Eva, ¿sabes qué? Tú comes más despacio que mamá.

Me echo a reír.

—Es que quiero saborear bien la cena. Está demasiado rica para acabarla rápido.

Inés nos observa con una sonrisa que combina orgullo y emoción. Y por un instante siento que formo parte de algo que siempre me había parecido ajeno: un hogar, una familia. Porque yo crecí en un hogar roto y solo tuve la presencia real de mi hermana a mi lado.

Después de la cena recogemos los platos. Lucas insiste en ayudar, aunque lo único que consigue es empapar la encimera al intentar enjuagar los vasos. Inés se ríe y lo abraza, y yo la contemplo con el pecho lleno de una sensación que no sé si llamar felicidad o vértigo.

Cuando por fin el apartamento recobra la calma, Lucas bosteza.

—Hora de dormir, astronauta —dice Inés, acariciándole el pelo.

—Pero quiero estar un rato más —protesta él, aunque sus párpados ya se rinden.

—Mañana tienes cole.

Antes de irse, se vuelve hacia mí.

—¿Vendrás otro día?

La pregunta me sorprende, pero me despierta una ternura que me desarma.

—Claro que sí —le prometo, sonriendo.

Asiente satisfecho, me da un abrazo rápido y se deja llevar por su madre hacia su habitación.

No sé el tiempo que pasa, pero la calma se instala en el salón cuando Inés regresa. Se sienta a mi lado en el sofá, con un gesto cansado pero feliz y durante unos segundos, dejamos que la quietud nos envuelva. Sostiene la copa de vino entre las manos, aunque apenas la prueba. Juega con el borde, dibujando círculos con el dedo, como si buscara refugio en ese gesto. La observo unos segundos en silencio, preguntándome qué hay detrás de esa quietud tensa que se refleja en sus ojos.

—Gracias por venir —dice al fin, mirándome con una sinceridad que me traspasa—. Sé que no es fácil, que… que esto es mucho más que nosotras dos.

—Lo sé —respondo, alto titubeante—. Pero quiero estar aquí, Inés. Con todo lo que eso significa.

Ella me busca la mano y la aprieta suavemente.

—Eso me da miedo y paz al mismo tiempo —susurra.

Me acerco y apoyo la frente en la suya. El calor de su piel me calma.

—A mí también —confieso.

Y en ese instante, mientras sus labios rozan los míos en un beso lento, entiendo que el miedo no desaparece, pero puede convivir con la certeza de que quiero esto: quiero estar con ella, aceptar incluso las dudas que traerá el camino.



CAPÍTULO 39

El sabor irrepetible de lo que empieza

EVA

El beso dura unos segundos, aunque me deja una sensación de eternidad en el pecho. No es el fuego de la primera vez ni la urgencia que nos arrastró hasta mi apartamento días atrás. Es distinto, lleno de peticiones, de silencios, de sencillez, de eso que empieza a construirse entre nosotras.

Cuando nos separamos, Inés suspira como si hubiera contenido la respiración desde que Lucas se fue a dormir.

—¿Estás bien? —pregunto, sin rodeos.

Ella me mira, sorprendida, como si no esperara que lo advirtiera.

—Sí… —responde demasiado deprisa, y ese «sí» se queda flotando, hueco, como una mentira mal disimulada.

—Inés —insisto, inclinándome un poco hacia ella—. Te noto tensa. Y no quiero que finjas conmigo.

La copa tiembla en sus manos antes de que la deje sobre la mesa. Respira hondo, como quien se prepara para sumergirse en el agua fría. Por un instante temo que se eche atrás, que cierre la puerta a cualquier confesión. Pero entonces me sostiene la mirada, y en sus ojos late la necesidad de contarlo, de ser escuchada.

—No es fácil para mí hablar de esto —admite en voz baja.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres. —Le ofrezco una salida, aunque por dentro deseo que confíe en mí.

Ella niega con la cabeza en silencio. Luego se recoge el pelo con un gesto nervioso y empieza a hablar, despacio, midiendo cada palabra como si temiera que se rompieran al salir.

—Me quedé embarazada con veinte años. —Su voz tiembla, pero no lo suficiente para dejar el relato a media—. Fue… inesperado. No estaba preparada, pero cuando supe que Lucas venía, decidí seguir adelante. Pensé que no importaba lo que ocurriera, que podría con todo.

Hace una pausa. Yo la escucho conteniendo la respiración, sintiendo el peso de cada sílaba.

—Pablo, el padre de Lucas, me dejó. Simplemente se marchó. —Traga saliva, y noto la amargura que aún arrastra—. Y cuando se lo conté a mis padres… —Cierra los ojos un instante—, me dieron la espalda. Me dijeron que había arruinado mi vida, que no era la hija que esperaban. Y se fueron también.

El nudo en mi garganta se aprieta.

—Dios… Inés.

—Durante años no tuve a nadie más. Nadie excepto a Fran. —Un destello de ternura suaviza sus facciones—. La conocí casi por accidente y… se convirtió en una especie de madre para mí. Sin ella, no sé si habría conseguido salir adelante.

Se queda callada, contemplando el vino como si en el fondo líquido se reflejara aquella versión rota de sí misma.

—Y ahora… la otra mañana, me los encontré —prosigue con un suspiro entrecortado—. A mis padres. Allí, en la puerta del colegio de Lucas, ocho años después. Querían hablar conmigo, pedirme perdón, decirme que me echaban de menos.

La rabia asoma en sus ojos, contenida pero viva.

—Pero yo no quiero que aparezcan como si nada. No pienso dejar que entren en la vida de Lucas para después desaparecer otra vez. No voy a permitir que le hagan lo que me hicieron a mí.

El silencio que sigue es denso, cargado de emociones que temo empañar con palabras torpes. La miro, y siento que mi pecho se encoge con una mezcla de dolor y admiración. Dolor, porque me jode imaginarla tan sola. Admiración, porque, a pesar de todo, ha levantado un mundo para su hijo.

—Entiendo lo que sientes —digo con la voz más firme que consigo, buscando sus manos—. Y tienes razón. Ellos no tienen derecho a presentarse ahora y reclamar lo que no supieron darte. Pero hay algo que quiero que sepas, Inés.

Sus ojos, abiertos y vulnerables, se clavan en los míos.

—Yo no voy a desaparecer. —Dejo que las palabras salgan despacio, con el peso que merecen—. No quiero entrar en la vida de Lucas para marcharme después. Si estoy aquí, es porque quiero estar. Con él, contigo. Con todo lo que eso significa.

Ella me observa, como si buscara grietas en mis palabras y yo la sostengo con firmeza, porque no hay fisuras que ocultar.

—A veces siento que estamos corriendo demasiado —admite, bajando la mirada hacia nuestras manos entrelazadas—. Como si no me diera tiempo a pensar en lo que significa dejarte entrar en mi vida… en nuestra vida.

Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar, despacio, intentando transmitir calma.

—Y yo siento que llevo años esperando esto. Quizá por eso me da miedo que sea demasiado bonito. No quiero que se desvanezca como un sueño.

Ella sonríe con un matiz triste, melancólico, que hasta entonces no me había mostrado.

—No quiero que Lucas sufra —me explica—. Lo último que quiero es que piense que esto es un juego que puede desvanecerse de un día para otro —explica.

—No lo es —aseguro, con una firmeza que me sorprende a mí misma—. No estoy aquí para pasar de puntillas.

La intensidad de mis palabras hace que levante la vista. Sus ojos oscuros me buscan, y noto cómo una oleada de confianza atraviesa la barrera que aún nos separa.

—¿Y si un día descubres que es demasiado? —pregunta en un susurro.

—Entonces lucharé contra esa sensación —respondo sin vacilar —. Porque no voy a dejar que el miedo decida por mí.

Su respiración se acelera, como si mis palabras hubieran removido un fondo que mantenía a raya. Por un instante temo haber ido demasiado lejos, pero entonces aprieta mi mano con fuerza.

—No sabes lo que significa escucharte decir eso —susurra, con los ojos humedecidos.

—Puedo imaginarlo —murmuro, sin dejar de acariciar su piel—. Pero si alguna vez necesitas recordarlo, te lo repetiré tantas veces como haga falta.

—¿Alguna vez imaginaste algo así? —murmura al cabo de un rato.

Me río con suavidad, sacudiendo la cabeza.

—No —admito con sencillez—. Pensaba que los finales felices, que las historias de amorque escribo eran lo más cerca que podría estar de sentirlo. Hasta que llegaste tú y me obligaste a reconocer que me equivocaba.

La emoción se acumula en su rostro, y antes de que pueda reaccionar, me besa. Esta vez con más hambre, con un deseo que late bajo la piel y que nos arrastra a ese terreno donde la ternura y la pasión se mezclan. El beso se intensifica, y por un instante pienso que el

tiempo se detiene otra vez. Pero entonces se aparta despacio, como si la realidad la reclamara.

—No podemos —susurra—. No aquí. Lucas podría levantarse en cualquier momento y...

Asiento, comprendiéndola. No me siento rechazada, al contrario. Su límite es una muestra de que lo nuestro empieza a ser real, de que no quiere esconderlo ni convertirlo en algo furtivo.

Nos acomodamos en el sofá, más cerca que antes. Ella apoya la cabeza en mi hombro y yo paso un brazo por su espalda. Permanecemos así, escuchando el murmullo amortiguado de la calle.

—¿Sabes qué pienso? —dice al fin, con un hilo de voz.

—Dime.

—Después de lo de Pablo, de que Lucas naciera... nunca creí posible sentirme así de tranquila con alguien. Y me asusta que de pronto, todo lo que he intentado mantener bajo control, se tambalee.

—Quizás eso no sea malo —le respondo, girando la cabeza para besar su pelo—. A veces hay que dejar que tiemble el suelo para descubrir dónde queremos echar raíces.

Ella no responde, pero su respiración se serena poco a poco contra mi pecho. Siento cómo su cuerpo se rinde a la calma de ese momento, como si necesitara permitirse descansar en alguien más.

—Creo que debería irme —digo en voz baja.

Inés se endereza, aunque mantiene sus manos en las mías.

—Gracias por venir —susurra—. Y por quedarte un poco más.

—Gracias a ti por dejarme entrar —respondo.

Nos despedimos en la puerta con un último beso suave, y al salir al pasillo siento que, a partir de hoy, todo lo que construyamos tendrá el sabor irrepetible de lo que empieza a convertirse en hogar.



CAPÍTULO 40

La hermana imperfecta

EVA

Alba me ha enviado esta mañana un mensaje para decirme que la correctora ya va por la mitad del manuscrito y que, según le ha comentado, la historia es una maravilla. En cuestión de unos días lo tendré conmigo para revisarlo y darle el aprobado definitivo. Pero mientras llega ese momento, me he puesto manos a la obra con la organización de la ropa que pienso llevarme.

El salón está patas arriba, cubierto de montones en los que intento clasificar todo según la ciudad: Madrid, Sevilla, Málaga, Bilbao, Barcelona y Valencia… cada una con su propio clima, con su propia gente… No quiero que se me olvide nada.

Aunque si algo se me escapa, sé que Inés estará allí para que no me falte de nada. Estoy tan entusiasmada como nerviosa, y todavía me cuesta creer que esté a punto de embarcarme en lo que siempre ha sido mi sueño. Doblo una chaqueta cuando un recuerdo de hace unas noches me asalta como una ráfaga de viento. El gesto de Inés mientras hablaba de sus padres, cargado de decepción y tristeza. La firmeza en sus ojos al decirme que no quería que nadie entrase en la vida de Lucas para marcharse después y hacerle daño. Y cómo, con toda la seguridad que siento, le prometí que yo no iba a desaparecer. Todavía percibo la presión de su mano entrelazada con la mía y el alivio reflejado en su mirada después de besarnos.

Sonrío sola, con el recuerdo de aquella conversación latiendo en mi pecho. Pero el sonido del móvil irrumpe en el silencio de la mañana. El nombre que aparece en la pantalla me corta la respiración y me provoca un nudo incómodo.

Paula. Mi hermana mayor. Hace meses que no hablamos, quizá más de un año. Nuestra relación nunca ha sido sencilla; en realidad, siempre ha rozado lo imposible. Ella, la mujer perfecta; yo, todo lo contrario, salida de otro guion. No sé por qué me llama, pero contesto antes de que me invadan las ganas de rechazar la llamada.

—¿Sí?

—Eva. —Su tono sigue siendo firme, casi impersonal—. Vaya, creía que no me cogerías el teléfono. Como siempre estás metida en tus… cosas.

Respiro hondo. Ya está. Ese «cosas» que resume todo lo que no entiende de mí.

—Hola, hermanita. ¿Qué tal te va? —me esfuerzo en sonar cordial.

—Bien. —Hace una pausa breve antes de continuar—. Los niños están en el colegio y Sergio en el trabajo. Así que, como estoy en mi día libre, pensé en llamarte.

—Qué bien que descanses… —respondo, aunque mi voz titubea un poco.

—Sí, bueno… —El silencio que sigue me incomoda. Sé que pronto lanzará una de esas preguntas que siempre consiguen hacerme daño. Y no tarda—. ¿Y tú qué? ¿Sigues… escribiendo?

Ahí está, el retintín en su voz. Como si escribir fuese un capricho adolescente del que ya debería haberme deshecho.

—Sí —respondo sin titubear—. Es mi trabajo, Paula. No sé para qué preguntas si sabes la respuesta.

—Eva… —Su tono se suaviza apenas, aunque no pierde ese tinte de reproche—. No sé cómo puedes seguir dedicándote a eso. ¿No crees que ya va siendo hora de pensar en algo estable?

Cierro los ojos un instante e inspiro despacio. Podría dejarlo pasar, como tantas veces, pero no quiero seguir ocultando lo mucho que me apasiona mi vida. No esta vez.

—Paula, me va bien.

—¿Bien en qué sentido? —replica enseguida—. Porque vivir con incertidumbre constante, con las regalías que te da Amazon y sin un futuro claro… eso no es «bien».

Muerdo el labio inferior mientras mi mirada recorre los montones de ropa sobre el sofá. Ahí está la prueba de que mi trabajo no es incierto, de que gracias a mis letras estoy escribiendo mi propio futuro.

—Voy a viajar en cuestión de días —digo sin rodeos—. Tengo una gira organizada. Varias ciudades, presentaciones, firmas de mi nueva novela.

El silencio al otro lado se alarga tanto que pienso que la llamada se ha cortado.

—¿Qué? —su voz surge al fin, incrédula.

—Una editorial ha apostado por mí. —Y ahora lo digo con orgullo, saboreando cada palabra—. El libro se publicará y también voy a conocer a mis lectoras en persona.

El aire se espesa. Paula siempre fue la estrella, sobre todo a ojos de nuestra abuela, y que ahora sea yo quien pronuncie esa frase —«una editorial ha apostado por mí»— altera un equilibrio que parecía inamovible entre nosotras.

—No lo esperaba —murmura al cabo de unos segundos.

—Yo tampoco. Pero es real. Y estoy muy feliz. Intento ignorar que los nervios me quitan el sueño, que a ratos dudo incluso de mi capacidad para crear buenas historias.

—Eva… —dice después de un silencio—. Me alegro por ti. De verdad. Aunque me cueste comprender tu manera de vivir.

—No tienes que comprenderlo, Paula. Solo aceptarlo. Esto es lo que soy. Lo que da sentido a mi vida, lo que amo hacer.

Ella suspira al otro lado y, por un instante, temo que la conversación acabe de forma abrupta.

—Siempre fuiste diferente a mí, no sé por qué me sorprende tanto —confiesa, y sus palabras me arrancan un suspiro. Por un segundo vuelvo a ser la niña que intentaba encajar en el molde de la hermana menor perfecta.

—Ser distinta no significa estar equivocada —respondo, más suave de lo que esperaba—. Significa que busco mi propio camino, que no me dejo atrapar por moldes y que pienso en mi felicidad.

Tras eso, la conversación deriva hacia otros temas más tranquilos. Le pregunto por mis sobrinos, por Sergio, mi cuñado. Hacía mucho que no hablábamos sin que las cosas a mi alrededor volvieran a temblar.

Cuando colgamos, me quedo mirando el teléfono unos segundos y respiro hondo, como quien se libera de un peso que llevaba demasiado tiempo encima. Tomo una blusa del montón destinado a Sevilla y la doblo con cuidado. No sé qué pasará en los próximos meses: la gira, Inés, Lucas, todo lo que se abre ante mí. Pero sí sé que no me avergüenzo de lo que soy. Y si Paula empieza a verlo, aunque sea a su manera, quizá las piezas de mi vida estén empezando a encajar al fin.

Dejo la ropa a un lado y camino por el salón esquivando los montones de ropa, para ir a la cocina. El suelo parece un mapa de rutas, cada ciudad una estación distinta de un mismo viaje que empieza dentro de mí y no puedo evitar rescatar de mi memoria cada segundo de él.

El timbre suena de repente, sacándome de mis pensamientos. Me asomo al telefonillo y la voz del repartidor anuncia que me ha llegado un paquete. Después de unos minutos, y con él entre las manos, me siento en la alfombra y al abrirlo, descubro una caja repleta de marcapáginas con la portada de mi novela impresa en tonos azules. Paso los dedos por uno de ellos, y se me eriza la piel. Mi nombre

aparece allí, claro y firme, como si al fin hubiera encontrado el lugar al que pertenece.

Sonrío. Tal vez Paula nunca llegue a comprenderme del todo, pero ahora sé que no necesito su aprobación, ni la de nadie, para avanzar. Lo que tengo entre mis manos —este libro, este viaje, esta oportunidad— habla por mí mucho más alto que cualquier discusión pasada que hayamos tenido y sí, el futuro todavía me da vértigo, pero también me llena de algo nuevo: de la posibilidad de que, por primera vez camino hacia mis sueños con los brazos abiertos.



CAPÍTULO 41

Aún es pronto para hablar de amor

EVA

Tras varias horas, mi salón parece un campo de batalla repleto de ropa, bolsas de viaje y prendas descartadas que tengo que llevar a donar. Doblo, desdoblo, dudo, vuelvo a doblar. Nunca se me ha dado bien organizar las cosas con antelación, pero tras la breve llamada con mi hermana y la llegada de los marcapáginas me siento más ligera, más feliz.

Para mantener el ánimo, he puesto música. Una lista de canciones que me acompaña desde que empecé a escribir mi primera novela suena de fondo y convierte el salón en una celebración. Me sorprendo tarareando, incluso me muevo un poco mientras guardo en la maleta una blusa que, probablemente, terminaré sin estrenar.

El móvil vibra sobre la mesa del salón. Alargo la mano sin prisa, convencida de que será otro correo de Alba con alguna corrección o comentario de la editora, pero no. Es un mensaje de Inés y solo ver su nombre en la pantalla me arranca una sonrisa automática.

Inés: *¿Te animas a salir esta noche? Las chicas quieren celebrar el comienzo de la gira contigo. Dicen que no vale esconderse en casa preparando maletas.*

Suelto una risa breve. La imagino escribiendo con una sonrisa traviesa, sabiendo perfectamente que lo último que me apetece ahora

es estrechar lazos con nadie. Y no porque me caigan mal, sino porque la sola idea de socializar en grupo me abruma.

Mientras pienso en la excusa perfecta para rechazar la invitación, llega otro mensaje.

Inés: *Quieren verte y celebrarlo contigo, Eva. Les hace ilusión. Y a mí también.*

Ese «a mí también» se queda flotando en la pantalla. Respiro hondo y me paso la mano por la frente. No me está dando una opción, me está regalando una oportunidad de estar a su lado en un contexto distinto, uno que no controlo tanto como el silencio de su salón o del mío. Salir con todas no me entusiasma. Preferiría un plan tranquilo con ella, solas, lejos del ruido. Pero su tono cambia las cosas. No quiero darle la impresión de que me escondo ni que soy incapaz de mantener una relación normal con las personas que han hecho posible que mis lectoras estén tan ilusionadas con la gira. No quiero decepcionarla.

Eva: *Está bien. Voy. Dime dónde y a qué hora.*

Su respuesta llega al instante, acompañada de un emoji de corazón rojo que me roba otra sonrisa. Me dejo caer en el sofá, observando los montones de ropa a medio organizar y, de pronto, la urgencia por dejarlo todo listo me parece lo menos importante del mundo.

Hacer la maleta puede esperar. La idea de ver a Inés esta noche en un escenario diferente, lejos de nuestras rutinas y complicidades privadas, me agita. Porque no estaremos solas: estaremos en compañía, y pensar que el equipo pueda intuir lo que hay entre nosotras es… demasiado.

Me levanto y empiezo a rebuscar en el armario. No quiero ir demasiado formal ni demasiado casual. Quiero estar a la altura de la celebración, pero, sobre todo, quiero que ella me mire y que se note, aunque no lo diga, que le gusta lo que ve.

De entre todo lo que tengo, elijo un vestido negro. Uno de esos que no necesitan más porque ya lo tienen todo. Ajustado en el lugar preciso, sencillo en apariencia, pero con un detalle invisible que me da seguridad.

Aún me quedan unas horas, así que camino hasta el aseo y abro el grifo del agua caliente para llenar la bañera. El vapor se eleva poco a poco, empañando el espejo, mientras el chorro golpea la porcelana con un sonido que me relaja al instante. Sé que necesito desconectar, así que me desnudo despacio, dejo caer la ropa al suelo y me sumerjo en la espuma perfumada.

El calor me envuelve y los pensamientos se deshacen poco a poco. Cierro los ojos y me dejo llevar. Pero incluso aquí, en este rincón íntimo y silencioso, ella aparece. La sonrisa de Inés, sus gestos, la manera en que me observa cuando hablo de las cosas que me apasionan. Algo se remueve en mi interior, un latido distinto, casi eléctrico.

Sé que aún es pronto para hablar de amor. No quiero precipitarme ni poner nombre a lo que apenas empieza. Pero me importa. Quiero estar a su lado, formar parte de sus días, aunque el miedo me susurre que no todo será sencillo. El futuro se abre ante mí con un abanico de posibilidades: viajes, presentaciones, firmas, noches de cansancio, mañanas de ilusión. Habrá instantes inolvidables gracias a ella y al resto del equipo, pero en el fondo anhelo algo más; que lo que estoy escribiendo con Inés no se parezca a ninguna novela. Que sea real, impredecible, imperfecto… pero nuestro.

Porque si algo he aprendido es que las historias de verdad no traen un epílogo cerrado. Se construyen día a día, con silencios, con dudas, con risas compartidas. Y quizá, solo quizá, esta sea la mejor historia que me toque contar.

Respiro hondo, me hundo unos segundos bajo el agua y dejo que el silencio me rodee, como si pudiera guardar este torbellino dentro de mí para soltarlo después, en el momento justo. Cuando salgo de la bañera, el vapor todavía cubre el espejo. Mi reflejo aparece borroso, difuso, como si también yo estuviera en transición hacia otra versión de mí misma y sonrío porque tal vez eso sea exactamente lo que está ocurriendo.



CAPÍTULO 42

De cervezas por Madrid

INÉS

Me ha costado un mundo salir de casa esta noche. Y no porque no tuviera ganas, sino porque Lucas, después de una tarde de cine y palomitas, se negaba rotundamente a que Fran fuese la encargada de leerle un cuento antes de dormir. Al final lo he conseguido.

No sé cómo he logrado darme una ducha, vestirme y maquillarme en menos de media hora, pero ahora, camino hacia el lugar en el que hemos quedado con un cosquilleo en la boca del estómago, fruto de los nervios. Sí, estoy nerviosa. No tendría por qué, lo sé, pero después de todo lo que ha pasado con Eva, salir en grupo hará que lo nuestro deje de ser solo nuestro. Además, hace años que no salgo de copas con amigos y eso convierte la ocasión en algo aún más real.

Madrid, un sábado por la noche, ruge con esa fuerza magnética. Y mientras avanzo por la calle, disfrutando de una brisa suave, no puedo evitar viajar a ese viernes en el que todo estalló entre nosotras. Todavía me pregunto qué fue lo que nos llevó a besarnos. Si fue la magia de sus letras, la sinceridad de sus palabras, el brillo de sus ojos o la necesidad de comprobar si era auténtico lo que nos estaba pasando. Desde entonces las cosas han cambiado y, de algún modo, me alegra que lo haya hecho. Porque estaba cansada de vivir a solas, de no poder compartir mis días con nadie más que Lucas. Y necesitaba… necesitaba amor, complicidad, conexión.

El teléfono vibra en el bolsillo del pantalón. Cuando lo saco, descubro que es una llamada de Eva.

—Dime que no te has arrepentido —respondo en cuanto descuelgo.

—No —ríe al otro lado—. Aunque estuve a punto de inventarme una excusa. Solo te llamaba para decirte que estás preciosa.

—¿Qué?

—Pues eso… que eres una mamá muy sexi, Inés —susurra, y por un segundo creo que está tan cerca que su voz atraviesa mis oídos y me obliga a girarme. Y cuando lo hago, ahí está, a apenas unos metros de mí—. Sorpresa…

Dejo caer la mano con el teléfono todavía en llamada y mis ojos recorren su cuerpo como si fuese la primera vez. La Eva que tengo delante no es la misma que conocí en aquella cafetería, ni la que apareció en la piscina, ni la que vi en El Retiro. Tiene mucho de la que besé aquel viernes, de la que me devoró hace días.

—Estás…

Ella sonríe y, al acercarse, no dice nada. Me besa, compartiendo conmigo ese pintalabios color melocotón que se mezcla con el mío.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que nos separamos, pero la sonrisa en mi rostro seguro que lo revela todo.

—Tú también estás irresistible —confiesa con una dulzura que me derrite—. Me encanta cómo te quedan esos pantalones ajustados.

—¿Ah, sí?

—Sí… entre otras cosas.

«Me la comería aquí mismo si pudiera». El pensamiento me obliga a carraspear y a mirar el reloj del teléfono.

—Creo que llegamos tarde, pero luego hablaremos de esto.

—Trato hecho.

Y aunque me cuesta horrores, empezamos a caminar hasta que distingo al resto del grupo al final de la calle. Hay cosas imposibles de contener, como el latido de mi corazón cuando Eva me toma la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Sé lo que significa, sé lo que quiere, y los nervios me dominan hasta el punto de hacer lo que no debería: soltarme.

—¡Inés! ¿Eva?

La voz de Alba rompe la tensión y convierte mi gesto en una torpeza más. Eva se queda un par de pasos detrás de mí, y siento su mirada clavada en mi espalda, pero me obligo a centrarme en otra cosa.

Se nota que hoy no hemos quedado para hablar de trabajo, porque los trajes de oficina han quedado atrás. Esta vez los sustituyen conjuntos mucho más atrevidos. Alba, con ese vestido rojo que la convierte en una auténtica diablesa; Joana, a la que ni siquiera imaginaba con ese aire de chica mala.

—Siento la tardanza —le digo a Joana mientras le doy un par de besos—. Mi hijo no quería soltarme. No sabéis lo pesado que puede llegar a ser cuando se lo propone.

Eva me lanza una mirada fugaz y luego saluda a Tamara con un abrazo rápido.

—No exageres, seguro que es un encanto.

—Ya me lo dirás el día que lo conozcas —le advierto, soltando una risita antes de saludar a Natalia—. Puede poner el mundo patas arriba si se lo propone.

—Pensaba que vendrías en taxi —comenta Joana, dirigiéndose a Eva, que fuerza una sonrisa.

—Sí, bueno… nos encontramos de camino —responde sin mucho entusiasmo.

Alba se da cuenta enseguida y, sujetándose de su brazo, le cuchichea algo al oído que no alcanzo a escuchar.

—Pues, si os parece, vamos yendo. No quiero que nos quiten la reserva de la mesa —propone Joana con una carcajada—. Me muero por una cerveza.

—¿Desde cuándo te gustan tanto?

—Desde siempre, solo que es la primera vez que salimos juntas a cenar —replica señalando a Alba. Ambas se echan a reír—. Y deberíamos hacerlo más a menudo. Es la mejor manera de cerrar el círculo y crear buen ambiente.

Joana tiene razón, pero mi cabeza no está en la conversación. Solo pienso en Eva; en ese gesto apagado que le ha borrado la sonrisa y en el malestar que arrastro dentro. No sé por qué lo he hecho. O quizá sí, por el miedo, que a veces es tan traicionero que se adelanta al corazón y actúa en su lugar.



CAPÍTULO 43

El beso bajo los focos de luz

INÉS

La terraza del bar está abarrotada, pero gracias a Joana no tenemos que esperar para sentarnos y empezar a disfrutar. Madrid, de noche, se mueve incluso más que de día; vibra con la euforia, con la prisa por olvidar la rutina.

Las primeras cañas llegan enseguida. Alguien pide bravas, otro se anima con unas croquetas, y Tamara —que es fanática del queso— encarga una tabla acompañada de panes variados. La charla fluye ligera, salpicada de carcajadas y anécdotas, con un esfuerzo casi heroico por esquivar los temas de trabajo.

Eva y yo no dejamos de buscarnos con la mirada… y de esquivarnos a la vez. No sé si soportaré el resto de la velada con este nudo en el estómago. Estoy convencida de que ella pensará que me importa más lo que opinen los demás que lo que estamos construyendo. Y me encantaría poder decirle que no es así.

—¿De verdad te quedaste encerrada en el ascensor? —inquiere Natalia entre carcajadas.

—Y con un sofoco que no os podéis imaginar —añade Alba, explotando en una risa escandalosa—. Pero lo peor no fue eso, lo peor fue encontrármela en la cafetería al día siguiente. ¡Se creía que me había rajado y la había dejado plantada!

Eva, sentada justo enfrente, se ríe, y su risa me arranca la sonrisa. Ese sonido me invade el pecho y me arrastra a los recuerdos de esos momentos dulces que hemos compartido y que ahora muero por repetir.

—¿Y tú, Inés? —me interpela Joana, girándose hacia mí con una media sonrisa dibujada en los labios—. ¿Qué es lo más loco que has hecho por amor?

—¿Por amor… o por un calentón? —replico, arrancando una ronda de carcajadas que agradezco, que alivian mis nervios y la tensión que llevo sobre los hombros.

—Vale cualquiera de las dos —añade Eva, y por primera vez desde que le solté la mano para reunirnos con todos me habla directamente. Sus ojos no se apartan de los míos—. Tengo curiosidad.

Entrecierro los ojos, doy un trago a la cerveza y después la miro con esa intensidad que ella sola ha despertado en mí.

—Pues… dejar la carrera, por ejemplo —contesto con franqueza —. Cuando conocí al padre de mi hijo yo era una cría. Me sacó a bailar, me hizo reír… nos liamos, empezamos a salir, lo convertí en el centro de mi vida y… en fin, todo acabó mal. Pero de aquello me quedó lo mejor que tengo.

A Eva se le iluminan los ojos. Alba, atenta, la señala con la cerveza en alto:

—¿Y tú qué?

—¿Yo? —ríe Eva, negando con la cabeza—. Yo soy de las que se tiran de cabeza cuando se enamoran, sin pensar en las consecuencias. Si hay locura más grande que esa, que alguien me lo diga.

Me mira y, de pronto, me entran ganas de que me trague la tierra. Apuro la cerveza y me levanto.

—Voy al aseo… y a pedir otra ronda.

Siento las miradas de todos clavarse en mí, pero solo la suya me atraviesa. Eva se queda inmóvil, con la jarra suspendida en el aire. Y

cuando empiezo a andar, escucho el roce de una silla y pasos siguiéndome.

Dentro, el ruido es ensordecedor. El aire está cargado de olor a cerveza. Esquivo a un par de camareros, a una pareja despistada, y justo antes de llegar a la barra, una mano me detiene.

—¿Va todo bien? —pregunta con un tono que suena a reproche. Lo primero que hago es mirar alrededor; por supuesto, ella lo nota—. Tranquila, no me ha seguido nadie. ¿Es que no quieres que sepan que estamos juntas?

—No es eso, es que…

—Claro que lo es, Inés —me corta de inmediato—. Si no querías que se enteraran, podías haber puesto una excusa y evitar esta salida. Pero no me pidas que esconda lo que me haces sentir, porque no puedo. Y estoy segura de que tú tampoco.

La interrumpo con un beso. Sí, mi respuesta llega en forma de beso. La sujeto por las mejillas y la atraigo hacia mí. He sido una estúpida, he dejado que el miedo hablara por mí, pero no quiero que crea ni por un instante que no me interesa, que no me gusta o que no deseo todo lo que ella trae consigo.

—Vaya…

—Ahora ya sabes lo que quiero de verdad —le susurro, mirándola a los ojos mientras varias personas pasan junto a nosotras con curiosidad—. Quiero que sepan que estamos juntas, pero el miedo, a veces, habla por mí. Lo siento.

Un carraspeo detrás me obliga a tensarme. En los ojos de Eva descubro el reflejo de Alba.

—Esto me lo vais a tener que explicar, porque…

—No era nuestra intención —me adelanto antes de que hable Eva —. Te juro que intenté evitarlo, pero…

—Pero es que besa tan bien que yo no quise —interviene Eva con desparpajo. Alba estalla en carcajadas y yo la miro con una ceja alzada

—. No me mires así —dice entre risas—. Sabes que es verdad.

—Cuando Joana se entere de que vosotras dos estáis juntas, ya sabes lo que va a soltar, ¿no? —advierte Alba.

—¿De qué habláis? —pregunta Eva, desconcertada.

—De que Joana quiso usarme para hacer creer que la historia de Daniela y Clara era real —confieso, sorprendiendo a Eva—. Quería que formara parte del márquetin, pero yo me negué. Porque una cosa es que me parezca a Daniela, y otra muy distinta es engañar a tus lectoras.

El brillo de los ojos de Eva se apaga de golpe. Y con él, ella también se desvanece.



CAPÍTULO 44

Hay líneas que no quiero ni pienso cruzar

EVA

La terraza está abarrotada y las conversaciones se entrecruzan en un murmullo constante. Han pasado más de diez minutos desde que Alba nos sorprendiera a Inés y a mí besándonos. Diez minutos desde que descubrí que Joana propuso jugar con el parecido de Inés con Daniela para impulsar las ventas de la novela. Y, aunque intento disfrutar, dejarme arrastrar por la alegría del grupo, la tensión que corre bajo mi piel me lo impide.

Inés, sentada a mi lado, no me quita los ojos de encima. Estoy segura de que espera a que abra la boca y suelte lo que me está mordiendo por dentro, pero soy adulta, y lo último que quiero es permitir que sea la rabia quien hable en mi lugar.

Le doy un sorbo a la cerveza, pincho un trozo de tortilla y me lo llevo a la boca. Alba me lanza una sonrisa fugaz. La conversación se orienta hacia los eventos que organizan distintas editoriales y, de repente, Joana abre la boca y suelta:

—El márquetin se hace solo, ¿no lo veis? A la gente le encanta creer que todo es real. ¿O acaso no pensáis que las relaciones ayudan a vender? —lo dice con una sonrisa ladeada, como si tuviera en la mano la fórmula del éxito.

Y entonces entiendo que este es el momento que esperaba.

—¿Por eso querías usar a Inés como reclamo? —pregunto al fin, con un tono tan seco que me sorprende incluso a mí.

Joana arquea las cejas, desconcertado.

—No seas tan dramática, Eva. Fue una idea que se desestimó —contesta antes de darle un trago a la cerveza—. Además, para que funcionara tendríais que estar juntas y…

Alba carraspea.

—Ya sabes cómo funciona este mundo. Si las lectoras creen que hay algo real detrás de una novela, la devoran.

Muerdo el interior de mi mejilla. Sus palabras me producen un rechazo inmediato, visceral. No se trata solo de Inés ni de mí. Se trata de mis lectoras, de lo que significa para mí escribir, de lo que me ha traído hasta aquí.

—No. —La palabra me brota tan rápido que casi no la contengo—. Aunque ella y yo estemos juntas, eso no va a pasar.

El bullicio alrededor continúa, pero en nuestra mesa se instala un silencio demasiado pesado. Inés me mira de reojo, consciente de que acabo de confirmar delante de todos lo nuestro, y el resto aguarda expectante a que continúe.

—Mis lectoras no son una masa que manipular para vender unos cuantos ejemplares más —añado, alzando la voz lo suficiente para que Joana no pueda fingir que no me escucha—. Son quienes me han acompañado desde que empecé, quienes han esperado con paciencia cada novela, quienes confían en que lo que escribo tiene un sentido. No pienso permitir que se utilice algo personal, algo mío, para jugar con ellas.

Joana intenta sonreír, pero su gesto se vuelve rígido.

—Eva, tienes que entender que en este mundo…

—No, Joana —la corto en seco, y Natalia le hace un gesto para que se calle de una vez—. En este mundo hay muchas maneras de vender, pero no todas son válidas. No a costa de mi vida. Ni a costa de la suya.

—Lanzo una mirada fugaz a Inés, que baja la vista, dolida por ser el centro de la discusión.

Alba carraspea de nuevo, buscando rebajar la tensión.

—Quizás estamos exagerando un poco —propone en tono conciliador—. Nadie está planeando una campaña basada en tu relación, Eva. Fue un comentario…

—Un comentario que nunca debió hacerse —respondo sin mirarla.

El aire me pesa en los pulmones. No sé si es la música, las carcajadas del resto del bar o el calor de la multitud, pero siento que me falta espacio para respirar. Me reclino hacia atrás, apoyo la espalda en la silla y bebo otro sorbo de cerveza para obligarme a recuperar el control.

Joana cruza los brazos.

—Mira, entiendo tu postura, pero no puedes negar que la autenticidad vende. Y si la gente piensa que tu historia está inspirada en… —Señala con un leve gesto hacia Inés, sin nombrarla—, eso solo te beneficiará.

El movimiento me enciende de nuevo.

—No necesito beneficios que nazcan de ahí —replico con firmeza —. He llegado hasta aquí por lo que escribo, no por lo que vivo. Y quiero que siga siendo así.

La mesa queda sumida otra vez en silencio. Claudia, Tamara y Natalia niegan con la cabeza un par de veces; Alba, en cambio, me pide perdón en silencio con la mirada.

Inés coloca su mano sobre la mía. Es un gesto pequeño, pero suficiente para que la tensión de mis hombros ceda un poco. La calidez de su piel me recuerda por qué estoy defendiendo esto con tanta vehemencia. No por orgullo, sino por respeto. Respeto hacia mí, hacia ella y hacia quienes me leen.

—Joana —añado, más despacio, suavizando el tono—, sé que tu trabajo es vender. Pero el mío es escribir. Y si algún día confundimos esas dos cosas, perderemos lo que de verdad importa.

Ella suspira, aparta la mirada y guarda silencio. Para mí, eso basta. Al menos por esta noche. Respiro hondo, intentando que mi pulso se estabilice.

Inés me aprieta la mano bajo la mesa y, al mirarla, sus ojos me lo dicen todo: gratitud, orgullo… y esa chispa de miedo que nos acompaña. Yo le sonrío apenas, queriendo tranquilizarla, aunque por dentro sigo ardiendo.

Esta noche debía ser una celebración. Sin embargo, me ha recordado algo esencial, que hay líneas que no quiero ni pienso cruzar. Ni por un contrato, ni por el éxito, ni por alcanzar los sueños que siempre he perseguido. Porque escribir nació de la necesidad de ser honesta con mis emociones. Y lo que me une a mis lectoras, y a Inés, merece exactamente la misma honestidad.



CAPÍTULO 45

Colocando límites

EVA

El bar queda atrás y la brisa nocturna me golpea el rostro aliviándome de inmediato. El aire fresco se enreda en mi pelo y se cuela por el cuello de la americana que Inés me ha prestado, mitigando la sensación extraña que arrastro en el pecho. Camino junto a ella en silencio, con las manos hundidas en los bolsillos, aún con el amargor que me ha dejado la discusión con Joana.

No paro de repetirme las frases que le solté, como si todavía estuvieran brotando de mi boca. Recuerdo las miradas de las demás, los carraspeos de Alba, su intento de suavizar la tensión… y no dejo de preguntarme si habré cruzado una línea peligrosa. Me inquieta pensar que mis palabras puedan convertirse en un problema con la editorial. El éxito nunca ha sido lo que me movía, pero perder la oportunidad incluso antes de empezar me aterra.

Inés camina serena. Su bolso roza su cadera con un vaivén rítmico y el sonido de sus pasos acompasa los míos. Me pregunto qué estará pensando. Si ha sentido vergüenza, incomodidad… o miedo por verse demasiado expuesta. La posibilidad de que lo malo pese más que lo bueno me angustia, así que me obligo a romper el silencio antes de que mi cabeza siga estropeándolo todo.

—Creo que la he liado —musito, sin atreverme a mirarla.

Inés se vuelve hacia mí con una ceja arqueada.

—¿Por qué dices eso?

—He hablado demasiado… He sido dura con Joana. Quizá tendría que haberme mordido la lengua y esperar otro momento para decir lo que pensaba. —Suelto una risita amarga—. No es precisamente la mejor idea empezar una gira de promoción enfrentándome al equipo de márquetin.

—No te has enfrentado a nadie —replica con convicción—. Has puesto límites. Y eso nunca es un error.

Sus ojos me analizan unos segundos en silencio y yo, casi sin darme cuenta, freno mis pasos.

—¿Y si creen que no estoy dispuesta a darlo todo para que esto funcione? —pregunto en voz baja.

—Entonces es que no te conocen lo más mínimo —responde sin vacilar—. Nadie puede cuestionar tu esfuerzo, Eva. Has terminado el manuscrito en apenas unas semanas y tu historia, más allá de los personajes, es brillante. Y lo sé porque te conozco. Poco todavía, sí… pero lo suficiente como para saber que has puesto el corazón en ello.

Inés me pasa un brazo por la espalda y, en ese medio abrazo que huele a refugio, retomamos el camino. Inspiro hondo, tratando de domar el nudo que me oprime el pecho. Mis ojos se entretienen en los escaparates apagados, en el rumor incesante de Madrid a estas horas. Me encantaría poder retroceder y reescribir la conversación del bar.

—Me ha sorprendido tu carácter —comenta de pronto, con una sonrisa traviesa que transforma la tensión en ligereza.

La miro de reojo, intrigada.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Muy bueno. —Su sonrisa se amplía—. Me ha parecido muy sexi.

No puedo evitar echarme a reír. La carcajada estalla y parte en dos el peso que llevaba encima. La observo incrédula, y ella finge inocencia,

como si no hubiera dicho nada fuera de lo común.

—¿Sexi? —repito, aún entre risas—. Estaba furiosa, Inés. Tenía ganas de estrangularla.

—Y yo tenía ganas de besarte.

Lo dice con tanta naturalidad, en un tono tan bajo, que el calor me sube de inmediato a las mejillas. La tensión de hace un rato se convierte en algo más íntimo, en una corriente invisible que me acerca a ella, que me obliga a fijarme en sus labios, en la calma que irradia, en las luces reflejándose en sus ojos.

—Eres increíble —susurro sin pensar.

Ella no responde. Me mira, y yo me estremezco al recordar sus besos, sus manos recorriendo mi piel.

—¿En qué piensas? —inquiere con curiosidad.

—En nosotras —confieso en un hilo de voz—. En lo deprisa que está ocurriendo todo y en cómo lo haremos para que mis lectoras no descubran que Daniela… eres tú.

Inés se detiene y me rodea con los brazos, atrayéndome hacia ella. Apoyo mis manos en su pecho y siento el calor traspasando la tela.

—No hace falta hacer nada —responde con dulzura—. Además, la protagonista de tu historia eres tú, no yo. Créeme, me he encargado de que haya momentos tan especiales que estarán demasiado emocionadas para fijarse en otra cosa que no sea estar contigo.

—Tengo miedo… —admito—. No de lo que siento por ti, sino de que todo lo demás lo arruine: la gira, las fans, la editorial…

Ella acaricia mi mejilla con los dedos.

—Lo único que puede dañarnos —asegura— es que dejemos de ser honestas entre nosotras. Lo demás… ya encontraremos la manera de sobrellevarlo.

Su voz me calma, me afloja por dentro. Quizá porque sé que tiene razón, quizá porque esa serenidad suya es justo lo que necesito ahora.

—No sé cómo lo haces —musito.

—¿El qué?

—Hacer que todo parezca más sencillo.

Inés sonríe.

—No lo es. Pero si merece la pena, hay que luchar por ello.

A pesar de las dudas, del miedo, de los obstáculos, estar con Inés merece la pena. Porque a su lado recuerdo quién soy y qué es lo que de verdad importa. Lo dijo hace apenas unos minutos: pase lo que pase, lo enfrentaremos juntas.

Sin pensarlo, me acerco y la beso. No es un beso urgente ni rabioso como el que me habría brotado antes. Es lento, profundo, como si quisiera grabar en mi memoria que no estoy sola en esto.

Cuando nos separamos, nuestras frentes permanecen unidas. Respiro su aire, ella respira el mío, y cierro los ojos unos segundos.

—La noche no ha sido del todo un desastre… —murmuro con una sonrisa tímida.

—A tu lado nada es un desastre… —susurra.

Y en su voz se abre ante mí un futuro más grande que cualquier libro, que cualquier sueño, que cualquier gira o editorial.



CAPÍTULO 46

Todo va demasiado rápido

INÉS

Llevo varios días dándole vueltas a la conversación que Eva tuvo con Joana, a la intensidad de sus palabras, a la franqueza y la honestidad con las que dijo, sin titubeos, que estamos juntas a pesar de llevar semanas viéndonos. Y aunque al principio, en caliente, no me pareció algo tan alarmante, con el paso de las horas me descubro preguntándome si soy la única que siente que avanzamos a toda velocidad en una carrera sin frenos.

El aroma a limón del bizcocho que Fran ha preparado esta mañana impregna toda la casa. Ese olor me transporta a mi infancia, a los días en los que todo parecía sencillo, cuando aún creía que las familias eran indestructibles. Lucas, sentado a la mesa, devora su porción con una sonrisa que me llena el alma. Habla con Fran sobre las cosas del colegio, gesticulando con las manos mientras ella lo escucha con una paciencia infinita.

Estos ratitos me dan paz. Sobre todo ahora, que mi vida parece moverse tan deprisa que apenas consigo sostenerla. Es como si el tiempo se detuviera en sus bonitos ojos, en el sonido de su voz, en esa risa que consigue que mi corazón lata con más fuerza.

—¿Quieres más café? —me pregunta Fran, mirándome de reojo.

—Sí, gracias. —Le sonrío—. Espera, te acompaño.

Dejamos a Lucas en el salón y caminamos juntas hasta la cocina, donde el olor a limón se intensifica y me arranca una sonrisa inevitable.

—Tienes otra cara —comenta mientras llena mi taza—. Y no me refiero solo a esa sonrisa que llevas puesta desde esta mañana.

Me muerdo el labio y suelto un suspiro. Sabía que lo notaría. Me conoce demasiado bien, como si de verdad fuese mi madre.

—¿A qué te refieres? —pregunto, fingiendo inocencia.

Fran me señala con la mano libre y se apoya en la encimera con su taza.

—A que algo en ti ha cambiado. Y no es que no te haya visto feliz antes… pero esta vez es distinto.

Desvío la mirada hacia Lucas, al que veo a través de la pequeña ventana que comunica con el salón, y sonrío. Él sigue entretenido, ajeno a lo que hablamos, y al mismo tiempo me recuerda todo lo que está en juego.

—Es que… hay alguien —confieso al fin, en un susurro apenas audible.

Los ojos de Fran se iluminan y una sonrisa asoma en sus labios.

—Ya me lo imaginaba. Cuéntame.

—No sé ni por dónde empezar… —resoplo, nerviosa. Hablar de Eva me revuelve por dentro, no solo por cómo se han dado las cosas, sino por esa intensidad que me arrastra cada vez que me pierdo en sus ojos—. Se llama Eva —añado al fin—. Es la escritora con la que estoy trabajando en la editorial. Yo me encargo de organizar sus eventos y… desde que nos conocimos… —Hago una pausa, sin saber cómo seguir—. Todo va demasiado rápido.

—¿Rápido? —inquiere, serena.

—Sí. —Juego con el borde de la taza entre los dedos—. Es como si hubiera irrumpido en mi vida de golpe y hubiera llenado todos los huecos vacíos. Con ella me siento viva, ilusionada, como no me había

sentido en años. Y, aunque estoy a gusto, me da miedo. Muchísimo miedo.

—¿Miedo a qué, exactamente?

—A que desmorónelas cosas se vayan al traste. —Las palabras me salen atropelladas, como si hubiesen estado aguardando su momento —. A que tanta intensidad acabe apagándose demasiado pronto. A dejarme arrastrar… y que, después, Lucas sufra las consecuencias.

Miro a mi hijo, que recoge las migas del bizcocho con los dedos.

—A Lucas le gusta —añado en voz baja—. Ya la ha conocido y la adora. Pero eso lo complica aún más, porque… ¿qué pasa si ella desaparece?

Fran guarda silencio, obligándome a enfrentarme de lleno a lo que acabo de decir. Siempre ha sido así, no me regala respuestas fáciles, solo me devuelve mis propios temores para que los mire de frente.

—¿Y ella? —pregunta de pronto—. ¿Qué siente?

—Parece segura. —Me froto las manos, inquieta—. Me dice que está dispuesta, que quiere estar conmigo, que sabe que no soy solo yo, que también soy yo y Lucas. Y quiero creerla, Fran. Lo quiero con todo mi corazón. Pero… todo es tan frenético, tan intenso, que a veces me pregunto si de verdad sabemos lo que estamos haciendo.

Fran sonríe con ternura, esa sonrisa que me recuerda por qué siempre la he visto como una madre.

—Inés, cariño… las cosas importantes casi nunca se sienten tranquilas al principio. El amor no es un camino recto. Es caótico, sí, pero también es lo que te recuerda que estás viva.

Sus palabras me duelen. Porque lo sé, lo siento en cada mirada que Eva me dedica, en cada conversación que compartimos. Pero mis miedos no desaparecen.

—Es que no quiero cometer otro error —admito con un nudo en la garganta—. Ya me equivoqué una vez, y no pienso permitir que Lucas vuelva a pagar por mis decisiones.

Fran me toma la mano con firmeza.

—No estás cometiendo un error, Inés. Estás dándote la oportunidad de volver a sentir. Y créeme, Lucas necesita verte feliz más de lo que imaginas.

Cierro los ojos un instante y dejo que sus palabras calen hondo. Quisiera creerlas sin reservas, pero en mi interior la duda persiste.

—¿Y si todo se derrumba? —pregunto en un murmullo.

Fran aprieta un poco más mi mano.

—Entonces lo enfrentarás. Como siempre lo has hecho. Pero no puedes vivir pensando solo en lo que puede salir mal. A veces hay que dejarse llevar, aunque asuste.

La miro. Sus ojos brillan con esa claridad que me ha salvado tantas veces, y pienso en Eva, en su risa, en la manera en que me hace sentir.

Quizá Fran tenga razón. Quizás esta vez lo que me toca es arriesgarme… y dejar de anticipar lo que pasará mañana.



CAPÍTULO 47

Las cosas que no ves

INÉS

El vapor comienza a empañar el espejo del baño mientras ayudo a Lucas a enjabonarse el pelo. El olor del champú se mezcla con el del jabón infantil, ese aroma a manzana verde suave que me recuerda que todavía es pequeño, aunque a veces quiera comportarse como si no lo fuera. Él chapotea con los pies en la bañera, divertido, y yo sonrío a pesar de estar distraída, con la mente aún perdida en la conversación que tuve con Fran.

Sus palabras me han acompañado desde que abandonamos su casa y no dejo de preguntarme si tiene razón. Si tal vez, en mi empeño por protegerlo, le estoy negando la posibilidad de crecer sabiendo que el amor puede ser algo bueno, y no solo una herida que te impide avanzar.

—Mamá —me llama de pronto, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Mm? —respondo mientras le aclaro la espuma con la alcachofa de la ducha.

—A mí Eva me gusta mucho.

Me quedo quieta, el agua corre entre sus bucles oscuros, mientras intento procesar lo que acaba de decir. Lo miro, con las mejillas

sonrojadas por el calor del agua, y veo en sus ojos un brillo que me deja sin palabras.

—¿Y ahora a qué viene eso? —le pregunto, intentando tantear el terreno.

Lucas se encoge de hombros y juega con las burbujas que flotan en la superficie.

—Escuché que te gustaba… —dice en un murmullo, como si temiera haber hecho algo malo—. Que te hace feliz. Y a mí me gusta verte feliz.

El corazón me da un vuelco. No sé si reír, llorar o abrazarlo en ese mismo instante. Mis ojos se llenan de una ternura que me cuesta contener, porque sí, a él le encanta Eva, pero nunca imaginé que mi felicidad le importase tanto.

—¿Escuchaste mi conversación con Fran? —le pregunto, tratando de sonar seria, aunque la emoción me tiembla en la voz.

—No mucho. —Levanta la mirada, sincero, con esa inocencia que me abraza por dentro—. Solo entendí que Eva te hace sonreír. Y es verdad. Ya te lo dije. Cuando ella está, sonríes diferente.

Cierro los ojos un instante, intentando controlar la corriente de sentimientos que me atraviesa. Siempre he subestimado la capacidad de Lucas para percibir lo que me pasa, como si su edad fuera un escudo, pero ya veo que no. Él me observa y me descifra de una manera que a veces ni yo misma puedo hacer conmigo.

—Cariño… —me inclino hacia él y le acaricio la mejilla húmeda—. No sabía que se me notaba tanto.

—Lo noto —afirma, convencido—. Y me gusta.

Me río con suavidad porque no sé qué otra cosa hacer. Esto es muy sencillo para él; si me ve feliz, entonces todo está bien. Yo, en cambio, complico cada sentimiento hasta volverlo un laberinto.

—¿Sabes, Lucas? —digo mientras cierro el grifo y lo envuelvo en una toalla—. A veces pienso demasiado en lo que puede salir mal. Pero

tú… tú me recuerdas que hay muchas cosas que también pueden salir bien.

Él sonríe, con esa mezcla de timidez y picardía que lo caracteriza.

—Es que yo quiero que seas feliz siempre.

Me arrodillo frente a él, lo seco con cuidado, y mi corazón late con una fuerza extraña, como si sus palabras hubieran hecho caer una parte del muro que me protege.

—¿Y qué te parecería… —me atrevo a preguntar, con una voz que tiembla de emoción— …si mamá y Eva se comportaran como los papás de Izan?

Lucas se queda pensativo, frunciendo el ceño mientras se rasca la barbilla, como si de verdad estuviera valorando la idea. Yo contengo la respiración temiendo su respuesta.

—¿Eva sabrá contar cuentos como el papá de Izan? —pregunta al fin, con mucha seriedad.

La risa me estalla en la garganta, inesperada, liberadora. Lo abrazo con fuerza, como si quisiera quedarme con ese instante para siempre.

—Te lo juro —le digo entre risas—. Eva es experta en inventar y contar historias mejor que nadie.

—Entonces sí me gusta la idea —responde con naturalidad, como si acabara de resolver un asunto trascendental.

Me quedo en silencio, con el rostro hundido en su pelo mojado. Una calidez indescriptible me recorre entera porque, en ese momento, siento que Lucas me está dando un permiso que ni yo misma me atrevía a concederme: el permiso de elegir la felicidad.

Lo visto con su pijama de rayas, mientras él tararea una canción inventada sin darse cuenta de lo mucho que ha cambiado mi noche con apenas unas palabras. Lo observo caminar por el pasillo, ligero, libre de preocupaciones, y pienso que quizá sea cierto lo que me dijo Fran, que él necesita verme feliz, y tal vez eso sea también una forma de protegerlo.

Antes de irse a su cuarto, se detiene en la puerta y me lanza una de esas miradas que parecen contener más sabiduría de la que debería caber en un niño de su edad.

—Mamá… si Eva te hace reír como cuando me haces cosquillas, yo quiero que se quede siempre.

Su inocencia me desarma una vez más. Le revuelvo el pelo con ternura, incapaz de responder nada coherente, porque lo único que siento es una emoción que amenaza con desbordarme.

Me acerco a su cama para arroparlo, y cuando me pide que le deje la lamparita encendida, lo hago sin protestar. Él acomoda a su oso de peluche a un lado, se acurruca bajo las sábanas y suspira con un gesto de tranquilidad que me contagia.

Antes de cerrar la puerta, lo escucho murmurar con los ojos entrecerrados:

—Dile a Eva que venga a contarme un cuento un día.

—Lo haré… —susurro, con una mano en el pecho porque siento que el corazón me late tan fuerte que podría despertar a todo el edificio —. Te quiero…

—Y yo, mamá…

Apago el interruptor del pasillo y me quedo un segundo apoyada contra la pared. Respiro hondo, como si todo lo que me pesa encontrara, poco a poco, un espacio para transformarse en algo más liviano. Quizá no se trate de correr ni de frenar. Quizá se trate de caminar al mismo paso, de confiar en que, por una vez, el camino no tiene que ser perfecto para ser verdadero.



CAPÍTULO 48

Los días pasan volando

EVA

Los días pasan volando y la próxima semana viajamos a Valencia para inaugurar la gira de presentación de mi nueva novela. En la agenda que Alba me envió tengo anotadas varias entrevistas, un par de firmas y hasta una merienda íntima con aquellas lectoras que consigan entrada. No esperaba que Inés fuese a organizar algo tan sencillo y, al mismo tiempo, tan familiar. Y eso me encanta.

Esta mañana, mientras repasaba los fragmentos corregidos de dos capítulos que leeré durante la firma, he recibido un mensaje suyo cargado de fotografías. Ella y Lucas habían pasado la mañana en el zoo. Pero lo que de verdad me emocionó no fueron las imágenes, sino las palabras que las acompañaban: «La próxima vez, lo disfrutaremos los tres». Que me incluya en su vida, que me haga partícipe de su felicidad, no solo me conmueve: me enamora. Sí, enamora, con toda la intensidad y el vértigo que trae consigo esa palabra.

La tarde se apaga lentamente y Madrid se tiñe con los colores cálidos del atardecer que se cuelan por las ventanas del salón. Tengo el portátil apoyado en las piernas y una magdalena a la que arranco pequeños pellizcos. He pasado buena parte del día leyendo comentarios en las publicaciones que Joana y su equipo de márquetin han empezado a lanzar sobre mí. Me resulta irreal la oleada de cariño que me llega desde que anuncié que Rubor había apostado por mi novela. Mis

lectoras están entusiasmadas ante la idea de conocerme en persona y no paran de preguntar —a mí y a la editorial— más detalles sobre la historia o sobre la fecha exacta de publicación.

Mientras repaso distraída las publicaciones que me saltan en el inicio de las redes, aparece un mensaje privado de Samia que abro al instante.

«Eva, ¿te animas a un directo improvisado ahora mismo? En unos días empieza tu gira y creo que sería bonito cerrar el fin de semana contigo en vivo. Sé que tus lectoras estarán encantadas.»

Sonrío sin poder evitarlo. Samia siempre ha tenido un instinto especial para estas cosas. Recuerdo perfectamente el día en que me entrevistó por primera vez, cuando apenas empezaba a abrirme camino. Su voz calmada, su manera de escuchar… Ella fue la primera en darme un espacio en el que no tuve que fingir nada. Y ahora, después de todo lo vivido, me ilusiona poder mostrarme libre, compartir con mis lectoras lo que realmente siento.

Tecleo con rapidez:

«Claro que sí, Samia. Estoy lista.»

En cuanto envío la respuesta, un cosquilleo me recorre el estómago. La última vez que hablamos me sentía feliz por dar un paso más en mi carrera, pero hoy esa felicidad va mucho más allá del trabajo.

Coloco el trípode sobre la mesa del salón y enciendo la cámara. La cuenta atrás aparece en la pantalla, acompañada de ese silencio expectante que me devuelve mi propia respiración. En cuestión de segundos, Samia surge en la otra mitad de la pantalla, con su melena rizada cayendo sobre los hombros y la sonrisa amplia de siempre.

—¡Eva! —exclama—. No sabes la ilusión que me hace volver a tenerte aquí esta noche.

—La ilusión es mía, Samia. Estos días están siendo tan intensos… Me apetecía charlar un rato contigo.

El chat se llena de corazones y mensajes que parpadean uno tras otro. Reconozco nombres de siempre, pero también descubro muchos nuevos. La noticia de la novela ha corrido como la pólvora. A pesar de nuestras diferencias, debo admitir que Joana está haciendo un gran trabajo.

Samia me observa con picardía, y de pronto su voz adquiere ese tono dulce e indiscreto que tantas veces me ha arrancado confesiones.

—¿Soy yo o te noto distinta? —inquiere sin rodeos—. Brillas. Y estoy segura de que no es solo por la gira que todas estamos esperando.

«¿Es tan evidente?», pienso, y me escapa una risita nerviosa.

—Quizás es porque últimamente me estoy permitiendo vivir —respondo—. No solo escribir o trabajar, sino dejarme llevar por el corazón. Y cuando te abres a que ocurran cosas maravillosas, estas llegan… y te transforman.

Samia asiente lentamente, como si comprendiera más de lo que digo, aunque no entre en detalles.

—¿Veremos esa transformación reflejada en tu nueva novela? —pregunta.

—Sin duda —sonrío—. Siempre me ha costado ser completamente sincera con mis emociones, y eso se reflejaba en mis personajes anteriores. En esta historia, en cambio, encontraréis a dos mujeres que no tienen miedo de sentir. Supongo que porque yo misma estoy empezando a vivirlo.

Mientras hablo, inevitablemente pienso en Inés. En sus ojos oscuros, en la forma en que su risa abre espacios nuevos dentro de mí. Pienso en Lucas, en su curiosidad, en esa alegría que contagia. Todo ha ocurrido deprisa, lo sé. Para otros sería precipitado, pero para mí… es inevitable.

El chat se enciende: «Se nota que hay alguien especial», «Esa sonrisa tiene nombre», «Eva está enamorada». Mis mejillas arden. Samia sonríe con picardía, pero su voz mantiene la serenidad de siempre.

—No voy a pedirte que nos digas quién es, si no quieres. Pero sí me gustaría saber algo. —Hace una pausa—. Eres lesbiana, Eva. Y sabes que, por desgracia, aún nos queda mucho para que la sociedad deje de señalarnos. ¿Te da miedo mostrar esa parte íntima de tu vida? Exponerse siempre conlleva riesgos.

Guardo silencio unos segundos. No es una pregunta cualquiera: toca un punto sensible, compartido por tantas personas del colectivo. Pienso en Lucas, en lo que supondría si su madre y yo formalizáramos lo nuestro. Pero también sé que callar no es la forma de luchar contra la injusticia.

—Claro que me da miedo —admito—. El amor es tan frágil como real. Y temo que la gente confunda mi vida personal con las historias que escribo. Pero no tienen nada que ver. Cuando conoces a alguien que trastoca tu mundo, te conviertes en un flan —explico, riendo—. Y ni yo, que he escrito sobre el amor tantas veces, consigo entenderlo del todo.

Samia sonríe con ternura.

—Lo que acabas de decir es precioso, Eva. Y creo que muchas de las que estamos aquí necesitábamos escucharlo.

—No debemos esconder lo que sentimos —añado, dirigiéndome al público del directo—. Mucho menos nosotras. Hablar de amor, de emociones limpias y verdaderas, es una manera de hacer el mundo un poco mejor. Aunque a veces cueste verlo.

El chat se inunda de mensajes; agradecimientos, confesiones, miedos compartidos. Me emociona comprobar cómo lo que digo se convierte, sin proponérmelo, en un espejo para tantas lectoras.

—Y bueno —retoma Samia, con entusiasmo—, cuéntanos, ¿cómo imaginas tu gira? Tengo que decir que la portada me encanta. Estoy deseando que nos desveles más detalles de las protagonistas.

—Muy pronto sabréis más. —Guiño un ojo—. La gira no es solo una presentación; será una oportunidad para compartir momentos especiales. Os invito a venir a Valencia, Barcelona, Madrid, Bilbao o Málaga. Allí, sí… allí descubriréis mucho más.

—Si tuvieras que resumir este mes en una sola palabra, ¿cuál elegirías?

Pienso apenas unos segundos y encuentro la respuesta.

—Renacer —digo en voz baja pero firme—. Siento que en este mes he renacido. Soy otra Eva distinta a la de hace meses.

El silencio que sigue está cargado de emoción. Samia sonríe, el chat estalla en aplausos virtuales, y yo me dejo llevar por la certeza de que este nuevo capítulo de mi vida es solo el inicio de muchos otros a los que volveré cada vez que me siente a escribir.

Nos despedimos entre risas y agradecimientos. Cuando la pantalla se apaga y el salón recupera su quietud, me recuesto en el sofá y cierro los ojos.

Pienso en Inés, en cómo ha sido el detonante no solo de mi inspiración, sino de esta nueva versión de mí misma que ya no teme al amor, sino que se aferra a él aunque las dudas acechen. Quiero contarle lo que acabo de vivir, compartir con ella esta alegría que me desborda.

Cojo el móvil, dudo unos segundos —sé que es tarde—, pero al final escribo:

Eva: *Acabo de terminar un directo improvisado con Samia. Ha sido increíble. Ojalá hubieras podido verlo.*

La respuesta llega enseguida:

Inés: *Yo estaba entre todas las que te mandaban corazones. ¿Acaso no me has visto? Qué fuerte me parece.*

Una risa tonta se me escapa y la disfrazo en un suspiro. Un suspiro de esos que te roba el libro de tus sueños.



CAPÍTULO 49

Bienvenida a casa

INÉS

El viaje desde Madrid se me ha hecho sorprendentemente corto y ahora el taxi avanza despacio por las avenidas anchas de Valencia, dándonos una bienvenida cálida. Eva no aparta la mirada de la ventanilla. Observa el paisaje en silencio, como si estuviera atrapada en una burbuja de nervios y recuerdos. Sé que apenas ha dormido; lo delatan las ojeras, la cantidad de gominolas que ha devorado durante el trayecto y la breve cabezada que se permitió apoyada en mi hombro. No la culpo; yo también estaría hecha un manojo de nervios en su lugar.

La luz del mediodía se cuela a ráfagas entre los árboles alineados en la acera. Es un sol limpio, vibrante, de esos que no se rinden, aunque el verano haya quedado atrás. Yo, en cambio, no consigo apartar mis ojos de ella. Tengo su mano entrelazada con la mía; la aprieta de vez en cuando, como si ese gesto fuese un salvavidas frente a la ansiedad.

Alba viaja en el asiento delantero, centrada en asuntos de la editorial. Durante todo el trayecto no ha dejado de hablarnos de cambios de última hora, pero apenas la he escuchado porque mi atención está puesta solo en ella, en Eva.

—¿Todo bien? —le murmuro, inclinándome ligeramente hacia ella.

Tarda unos segundos en darse por aludida. Cuando al fin vuelve la vista hacia mí, me dedica una media sonrisa, frágil, demasiado pequeña para engañar a nadie.

—Eso intento —murmura y lanza un suspiro—. Me aterra la idea de llegar a la librería y encontrarla vacía, que no haya nadie esperando…

Sé lo mucho que significa este momento para ella, así que acaricio con suavidad el dorso de su mano con mi pulgar.

—Recuerda lo que dijo Alba —comento, esbozando una sonrisa—: todas las entradas para la merienda volaron. Y yo sé que tus lectoras van a sorprendernos. Para bien.

Está tan asustada que lo percibo en el brillo húmedo de sus ojos. Contengo las ganas de inclinarme y besarla, de tranquilizarla con mi boca y no con palabras, porque estas se me quedan cortas. Pero Alba está delante y nos prometimos en el tren reservar los gestos de cariño para cuando llegáramos al hotel.

—No sé qué haría sin ti —musita Eva—. Me das paz, Inés.

Me muerdo la lengua para no soltar lo primero que pienso, porque ella me da vida, que cada instante a su lado está plagado de una intensidad que nunca había imaginado. Pero decido callar. Hay silencios que dicen más que cualquier frase, y el mío se acompaña de una sonrisa y un apretón firme a su mano.

El taxi dobla una esquina y de pronto el paisaje cambia. Reconozco el centro de la ciudad. Eva se endereza en el asiento y noto cómo su respiración se acelera.

—Ya casi estamos —anuncia Alba desde delante—. La librería está a dos manzanas.

El cuerpo de Eva se tensa de golpe. Yo me esfuerzo en mantenerme serena, consciente de que mi calma es también su refugio.

—¿Quieres que después de la firma demos un paseo? —le propongo en voz baja, intentando distraerla—. Me encantaría que me

enseñaras tus rincones favoritos de Valencia.

Eva ladea la cabeza, sorprendida. En su mirada asoma un destello de emoción que logra, aunque sea por un instante, apartarla de la presión del evento.

—Me encantaría —responde en un susurro.

El taxi se detiene. Alba paga con rapidez y nos hace un gesto para bajar.

Al pisar la acera, el ambiente de Valencia nos envuelve. Huele a flores frescas, y el murmullo de la gente paseando se mezcla con el repique lejano de unas campanas. Eva permanece inmóvil unos segundos, como si quisiera abrazar la ciudad entera con la mirada. Me acerco discretamente y dejo que mi hombro roce el suyo. Ese mínimo contacto basta para que respire más hondo.

—Bienvenida a casa, Eva —le digo en un murmullo que se pierde entre el ruido del tráfico.

Ella me lanza una mirada de reojo, y sé que esa frase la acompañará al menos todo el día.

—Gracias —susurra, con una ternura infinita en la voz.

Avanzamos hacia la librería. Alba camina delante, con paso decidido, mientras nosotras nos quedamos unos pasos atrás. Eva vuelve a apretar mi mano. Está sudorosa, temblorosa, pero llena de vida. Es como si todo lo que la ha traído hasta aquí —sus noches en vela, sus dudas, sus victorias— se concentrase en este instante.

—¿Y si no sé qué decirles? —me pregunta de pronto, casi en un hilo de voz.

La observo, conmovida por su vulnerabilidad.

—Entonces habla con el corazón —le aconsejo—. En eso eres experta.

Y esta vez, su sonrisa es real. Abierta, luminosa. La misma que me desarmó la primera vez que la vi.

Antes de entrar, Alba se vuelve hacia nosotras y repasa el plan de la presentación. Yo lo conozco de memoria, pero apenas escucho; mis ojos no se apartan de Eva. De su manera de enderezarse poco a poco, de cómo convierte el miedo en energía.

Sé que este es su momento. Y aunque yo permanezca en silencio, ella cuenta con mi apoyo a cada paso.

Al cruzar la puerta de la librería, un murmullo cálido nos envuelve. Decenas de personas esperan, algunas con libros en las manos, otras con carteles improvisados con el nombre de Eva. Ella se queda paralizada apenas un segundo, incapaz de asimilarlo. Yo aprieto su mano de nuevo.

—¿Ves? —le susurro al oído—. Nunca has estado sola.

Y en sus ojos, brillantes y emocionados, reconozco que lo sabe: no acaba de empezar una simple firma, sino el sueño de su vida hecho realidad.



CAPÍTULO 50

Mi amor por ella

INÉS

El murmullo de las voces dentro de la librería me envuelve mientras Eva se deja guiar por Alba, saluda a sus lectoras y sonríe… sonríe sin descanso. Hay mujeres de todas las edades con móviles en mano preparadas para grabar y con los ojos brillando de expectación. Eva permanece de pie frente a ellas, con el micrófono entre los dedos, mientras saluda y charla con naturalidad, como si lo hubiera hecho toda su vida. Yo la observo desde un lateral, casi oculta tras una estantería repleta de libros, con el corazón desbocado en el pecho.

—Esta nueva novela estuvo paralizada durante semanas —declara con firmeza—. Os juro que llegué a pensar que no lograría terminarla. Sentí hasta miedo… —Las lectoras estallan en risas, y yo cruzo los brazos a la altura del pecho, conmovida—. Pero de pronto, alguien se cruzó en mi camino y encontré la fuerza que me faltaba para seguir escribiendo. Eso sí, tengo que daros las gracias a todas por haber estado ahí desde el principio, acompañándome, leyendo mis libros, sosteniéndome sin saberlo.

Los aplausos llenan el espacio y, de repente, recuerdo a la chica tímida que Alba me presentó en aquella cafetería. Esa Eva ya no existe. La inseguridad que la atenazaba parece haberse evaporado, y frente a mí se alza otra mujer; más madura, más segura, más capaz.

Alba observa a pocos metros, con ese gesto satisfecho de quien sabe que todo va según lo planeado. Su profesionalidad es impecable, pero en su mirada también hay ternura discreta, la complicidad de quien comprende lo que significa este instante.

Eva se apoya en el escritorio que yo misma pedí que colocaran ahí y, de pronto, las luces se atenúan. Una sonrisa se me escapa. En el escenario solo queda ella, iluminada junto a sus letras. Se aclara la garganta, respira hondo y, de pronto, aparece la magia. Alguien le acerca un ejemplar de su novela, lo acaricia con los dedos y, casi sin pensarlo, hojea hasta dar con el fragmento que quiere compartir. Es la primera vez que lo tiene entre sus manos, y apenas puedo ocultar la emoción que me corre por dentro.

Su voz resuena en las paredes, cálida, envolvente, atrapando a cualquiera que la escucha. Surge Clara, un personaje que lucha por reconocerse, que teme no ser suficiente y que encuentra en el amor una forma de redescubrirse. Mientras la escucho, siento que cada palabra lleva escondido un pedazo de ella, y que, de algún modo, también de mí. Luego aparece Daniela, y entre frase y frase, Eva me busca con la mirada. Yo sostengo su gesto en silencio, dejándole claro que estoy aquí, que la admiro, que la quiero. Sus ojos brillan al encontrarse con los míos y sonríe. Una sonrisa breve, apenas un destello, pero suficiente para despertar cada rincón de mí.

Me sorprende que no intente disimularlo, que no tema que alguien más lo perciba. Pero el amor es así: natural, inevitable. Y sé que Eva, como yo, es incapaz de apartarse de lo que siente, incluso en medio de una multitud.

Cuando termina de leer, el aplauso es ensordecedor. Algunas lectoras tienen lágrimas en los ojos, otras lanzan frases de ánimo que llenan el aire de un calor humano capaz de reconfortar y sanar. Eva inclina la cabeza agradecida, y yo tiemblo por dentro.

Quisiera ir hacia ella, abrazarla delante de todas, susurrarle al oído lo feliz que me hace verla ahí, tan dueña de sí misma. Pero me contengo, porque entiendo que este instante le pertenece solo a ella.

Alba se acerca y se coloca a mi lado, como quien no quiere llamar la atención. Cruza los brazos y mira a Eva con respeto y complicidad.

—Al final —me comenta en voz baja, con dulzura—, gracias a una historia de amor estáis escribiendo la vuestra propia.

La miro y le devuelvo una sonrisa. Desde que Eva lo hizo público en aquel bar, ya no tenemos nada que esconder.

—Quizá —respondo tras un instante de silencio—. Hay cosas que parecen destinadas a suceder. Y el amor… el amor es de esas que nunca se pueden prever.

Ella asiente y vuelve a fijarse en Eva. Yo hago lo mismo.

Eva responde ahora a las preguntas del público. Algunas lectoras quieren saber cómo fue el proceso de escritura, otras cuáles son sus personajes favoritos. Ella contesta con paciencia, con humor, con esa honestidad que la hace tan cercana. Yo escucho cada palabra con atención, como si pudiera descubrir en ellas un matiz nuevo de la mujer que estoy conociendo, de la mujer de la que me estoy enamorando.

Me fascina la manera en que conecta con la gente, cómo logra que todas se sientan parte de su viaje. Y aún me asombra más saber que esa misma mujer, tan segura y radiante en público, después me busca en la intimidad con la vulnerabilidad de siempre.

En un momento, mientras responde a una joven que le pregunta por su inspiración, Eva vuelve a mirarme. Lo hace con una intensidad que me atraviesa. No hay duda en ese gesto: soy su musa. Y aunque nadie más pueda descifrarlo, yo lo sé. Y saberlo basta para dejar de cuestionar si lo nuestro avanza demasiado deprisa o es demasiado intenso. Lo que siento al verla ahora es tan nítido, tan real, que nada más importa.

El aplauso final se eleva como una ola cálida y poderosa. Eva inclina la cabeza y sonríe, con sus ojos verdes brillando de emoción. Yo aplaudo también, y mientras se organiza la fila para las firmas, me aparto un poco para contemplarla desde la distancia.

Sé que hoy ella está viendo cómo su sueño se cumple, pero también sé que, de algún modo, su sueño ya forma parte del mío. Y mientras la observo dedicar palabras y sonrisas a cada lectora, siento que algo se ha sellado dentro de mí. Y lo nuestro también.



CAPÍTULO 51

Enamorarse poco a poco

EVA

Todavía siento el eco de los aplausos golpeándome en el pecho y el calor de mis lectoras adherido a la piel. Sus risas, sus voces, su afecto… todo me acompaña como un recuerdo del que no quiero desprenderme. Inés y yo nos despedimos de Alba hace ya un rato; ella prefirió adelantarse, así que la veremos más tarde en el hotel, cuando nos cansemos de pasear juntas por Valencia. Agradezco este instante a solas, caminar a su lado bajo el sol de otoño, dejarme acariciar por la brisa fresca que se cuela por cada esquina en sombra.

Antes de la firma, Inés me había propuesto dar un paseo, y ahora, después de la intensidad de lo vivido, recorrer el barrio del Carmen como dos turistas más —aunque yo lo conozca de memoria— me calma. Las calles estrechas, el murmullo constante de la gente, los colores de las fachadas y esos balcones repletos de plantas me reconcilian con lo sencillo. Había olvidado por completo lo que se siente al desconectar de la rutina, lo que supone mirar el mundo sin una pantalla de por medio.

—¿Te apetece un helado? —me pregunta de pronto, señalando una heladería artesanal en la esquina.

—Sí, por favor —respondo casi sin pensarlo. Siempre he sido de esas que disfrutan más del helado en otoño que en pleno verano; poder

saborearlo sin que se derrita en cuestión de segundos es un placer en sí mismo.

Dentro, me maravillo con la paleta de colores que ofrece el mostrador: el verde suave del pistacho, el amarillo brillante del mango, el violeta intenso de los frutos del bosque, el rojo vivo de la fresa… Tras dudar unos segundos, me decanto por una mezcla de fresa y limón, mientras Inés elige chocolate y avellana. Al salir, la luz me golpea de nuevo y siento que todo brilla un poco más que antes.

Caminamos sin prisa hasta sentarnos en un banco de piedra junto a una pequeña plaza. Respiro aliviada; la tensión que me acompañaba desde primera hora parece haberse disuelto.

—Sigo sin creerme lo que ha pasado —le digo, probando mi helado. El frío me arranca una sonrisa, igual que el ácido sabor del limón—. Ha sido… increíble.

—Te lo advertí, no debías dudar de tus lectoras. Ya las has visto: te adoran.

Inés me dedica esa calma tan suya, y luego añade, con una chispa en la mirada:

—Además, estabas disfrutando con ese micro en la mano. No tienes idea de lo guapa que te veías en el escenario…

Su confesión me hace sentir más nervios que con todos los aplausos juntos. Siento que la mano con la que sostengo el helado tiembla un poco, y bajo la mirada para disimularlo. No quiero que se dé cuenta de lo mucho que me altera.

—Me ha costado años creer en este sueño —murmuro casi para mí misma—. Escribía porque necesitaba llegar a la vida de esas mujeres, hacerles ver que el amor no es un cuento perfecto, sino algo que te toca, te sacude y te transforma. Y hoy… había tanta gente que…

—Que parte de ti pensaba que tus palabras se perdían en el vacío —me interrumpe suavemente. Se acomoda mejor, se gira para mirarme de frente y me regala una sonrisa—. Pero ya ves que no. Todas esas

personas necesitan tus historias. Les importas tanto como me importas tú a mí.

Me quedo sin habla. Muerdo la cucharilla, dejo que el ácido del limón me despierte y suspiro mientras sus palabras me recorren como una caricia invisible.

El silencio se instala entre nosotras, pero es un silencio lleno de significado, cargado de miradas y de pequeños gestos que guardo como un tesoro; la forma en que juega con su helado, cómo sonríe al ver una paloma acercarse descarada, la manera en que se limpia con la servilleta cuando una gota de chocolate amenaza con mancharle la mano. Todo en ella me resulta fascinante, como si fuese la primera vez que me permitiera mirarla con tanta atención.

—Inés, yo…

—Eva… —Nuestras voces coinciden y estallamos en una risa compartida que resuena en la plaza.

—Habla tú primero —me anima ella.

—No, di tú —le contesto con un gesto.

Suspira y asiente.

—Vale, lo haré yo.

Deja el helado en el banco, como si necesitara liberar las manos. Se las frota, nerviosa, y luego me sostiene la mirada.

—Me he dado cuenta de algo estos últimos días.

—¿De qué? —pregunto, con el corazón desbocado.

—De que me estoy enamorando de ti. Poco a poco, sin darme cuenta, cada día un poco más. —Su voz apenas titubea—. No creo en las casualidades, pero sí en las personas que llegan para sacudirte y mostrarte lo que realmente necesitas. Tú eres eso para mí.

El aire se espesa entre nosotras. Su confesión me deja sin reacción, con la cucharilla aún en la mano, perdida en sus ojos oscuros que no se apartan de los míos.

Todo se agolpa dentro de mí: felicidad, ternura, alivio, miedo, pero sobre todo, un deseo irrefrenable de borrar cualquier distancia. Dejo el helado a un lado, me inclino hacia ella y, guiada solo por lo que siento dentro de mí, la beso.

Al principio es un roce suave, contenido, pero en cuanto ella me acaricia la mejilla y responde, en cuanto su boca se abre apenas para recibirme, la llama se enciende. El mundo alrededor se desvanece: la gente, el sol, la plaza. Solo existimos ella y yo, el beso y lo que sentimos.

Cuando nos separamos, me mira sonriendo, con los ojos brillantes.

—Me resistía a creer que esto fuese real, pero… —admite en voz baja—. Hace unos días Lucas me dijo que contigo sonrío diferente, y tenía razón. Me daba miedo aceptarlo, incluso pronunciarlo, pero… tú me haces feliz, Eva. Muchísimo.

—Y tú a mí… —respondo, acariciando un mechón de su pelo entre mis dedos—. Creo que desde el primer día que te vi.

Ella sonríe, y cierro los ojos un instante, grabando este momento a fuego. El helado se derrite olvidado sobre el banco, y no me importa. Lo único que deseo es quedarme aquí, con ella, en esta plaza bañada por la luz, sabiendo que el mundo nos ha regalado lo que ninguna buscaba, pero ambas necesitábamos: amor.



CAPÍTULO 52

Y así nos hemos enamorado

EVA

El silencio nos envuelve en cuanto cierro la puerta de la habitación del hotel. Es curioso cómo, después de todo lo vivido en la firma, lo único que retumba ahora en mi pecho sea el latido frenético de mi corazón. Le pedí a Inés que dejásemos las muestras de cariño para este momento, para la intimidad, pero siento que no voy a ser capaz de contener las ganas de gritarle al mundo lo enamorada que estoy de ella.

Inés no deja de mirarme, y lejos de calmarme, me incendia. Aún lleva en los labios la sonrisa que se le quedó tras nuestro último beso, y no he tenido ocasión de confesarle que me derrite cada vez que veo ese hoyuelo asomar en su mejilla.

Me acerco despacio, temiendo romper esta calma que nos rodea. Ella se apoya en la pared, como si me pidiera con el cuerpo que acorte la distancia. Y obedezco. Cuando sus manos recorren mis brazos y me erizan la piel, sé con certeza que no pienso dejarla marchar sin antes grabar mi nombre en cada rincón de su cuerpo.

—Tenemos que prepararnos… —susurra, aunque su voz apenas se oye—. La firma es a las seis…

—Lo sé… —respondo sin apartarme ni un milímetro—. Pero ahora mismo no puedo pensar en eso.

—¿Y en qué piensas?

Mi respuesta llega de la única forma posible: a través de un beso. No es un roce ligero, sino uno urgente, nacido de la necesidad de consumir cada segundo pegada a ella. Inés me devuelve la misma intensidad, su respiración se mezcla con la mía, mis manos se enredan en su cuello y sus dedos se aferran a mi cintura, pegándome a su cuerpo. El deseo se abre paso sin pedir permiso.

No terminamos en la cama. La arrastro conmigo al baño y entre risas, besos robados y miradas encendidas, conseguimos abrir el grifo de la ducha. El sonido del agua al caer se convierte en la música de fondo que acompaña a nuestros cuerpos. El vapor va empañando el cristal, difuminando la realidad, como si solo existiéramos ella y yo en un universo reducido a calor, piel y deseo.

Me despojo de la ropa casi sin darme cuenta, bajo el peso de su mirada recorriendo cada centímetro de mí. Cuando se desnuda, lo hace con la misma naturalidad con la que respira, y me sorprendo reteniendo el aire, como si la viera por primera vez, como si mis manos no hubiesen explorado ya su cuerpo.

Entramos juntas bajo el agua. El primer contacto me arranca un jadeo que sofoco en su boca cuando me rodea con sus brazos. El agua resbala por su espalda y se desliza entre nosotras, creando un puente líquido que se vuelve todo provocación y caricias.

Su boca encuentra mi cuello y yo me entrego. La acaricio, la sujeto, dejo que mi piel se rinda. Durante unos instantes, lo único que existe es el sonido de la ducha mezclado con nuestros jadeos. Cada beso se vuelve más profundo, cada roce más necesario. Siento sus dientes marcando mi piel, su voz quebrándome los sentidos.

Me pierdo cuando sus manos se abren paso entre mis piernas, cuando sus dedos marcan el ritmo de unas caricias que me hacen temblar entera. Me aferro a ella para no caer, y rodeo su cuello con mis brazos buscando agarre. Y cuando aumenta la presión de sus movimientos, no hay nada más a lo que me pueda resistir.

La busco, mis manos viajan hasta encontrarla, y lo que sigue es un torbellino sin tiempo, un vaivén en el que los minutos desaparecen hasta que el orgasmo nos envuelve y nos deja suspendidas, sin espacio

ni coordenadas. Cuando recupero el aliento, lo único que logro pronunciar es su nombre.

—Inés…

Ella abre los ojos y me atrapa en esa negrura infinita de su mirada.

—Dime.

Trago saliva, consciente de que lo que voy a decir es tan íntimo como el roce de su piel contra la mía. Le sonrío, y dejo que las palabras salgan despacio.

—Me encanta que aquel día, fueses tú la que apareciera por la cafetería...

No hay nada que rompa la burbuja. Permanecemos ahí, firmes y reales, piel con piel, corazón contra corazón, viviendo un sueño que no tiene nada que ver con el éxito literario.

Me besa otra vez, y sus manos recorren mi espalda con una ternura que derriba los últimos muros que quedaban en pie dentro de mí. El agua sigue cayendo, envolviéndonos como un velo que nos protege del mundo exterior. Y en ese espacio reducido, íntimo y tangible, lo que ocurre entre nosotras adquiere una dimensión infinita.

No sé cuánto tiempo permanecemos bajo la ducha, mezclando besos, caricias y suspiros. Pierdo la noción del reloj, de los compromisos, de todo lo que no sea Inés y el modo en que me mira, como si también yo fuese lo más importante de su vida.

Al fin cerramos el grifo, nos envolvemos en las toallas y salimos. Y pienso que quizá, después de todo lo que hemos vivido, este sea el verdadero inicio de nuestra historia. No aquella mañana en la cafetería, ni el día de la piscina, ni siquiera la noche de nuestro primer beso. Sino esto: el día en que, con absoluta certeza, supimos que nos habíamos enamorado.



EPÍLOGO

Las historias reales de amor

INÉS

Madrid. Abril, 2026

El jardín nos recibe esta tarde con la calidez suave de abril. El cielo se muestra de un azul limpio, casi perfecto, apenas salpicado por algunas nubes blancas que flotan sin rumbo. El sol, a esta hora del día, desciende con delicadeza, acariciando la piel y encendiendo con destellos los árboles que despiertan tras el invierno, tiñendo de verde cada rincón del parque. Es sábado, 11 de abril, y cada detalle parece alinearse para recordarme que hoy no es un día cualquiera.

Eva cumple 36 años. Y junto a Lucas he preparado esta pequeña sorpresa que no pretende ser otra cosa que un reflejo de lo que ella nos ha dado desde que apareció en nuestras vidas: su presencia, su ternura y la certeza de que el amor convierte al mundo en un lugar más habitable, más luminoso, más hermoso.

La manta que extendimos sobre la hierba está ahora sembrada de cajas de dulces vacías, vasos de zumo y un bizcocho de frutas a medio terminar —el que Lucas y yo horneamos ayer—. Él estaba tan ilusionado que esta mañana se ha despertado antes de lo habitual.

Y al ver cómo Eva ríe ahora con ganas mientras escucha una de sus ocurrencias, lo confirmo; nada de esto podría haber salido mejor. A veces me parece increíble que hayan pasado apenas siete meses desde

que todo empezó, desde que nos atrevimos a poner nombre a lo que ya latía entre nosotras. Y, sin embargo, tengo la sensación de haber recorrido juntos —los tres— toda una vida. Como si cada instante compartido hubiese estado tejido de pequeñas eternidades.

Me acomodo sobre la manta y la contemplo en silencio. Eva lleva un vestido ligero, verde, que juega con el viento igual que su melena. Ahora la tiene más larga que cuando la conocí, y bajo la luz de la tarde se enciende con reflejos anaranjados. Ella no necesita esfuerzo para deslumbrar; su propia luz interior la envuelve y la hace preciosa, distinta, única.

Cierro los ojos un instante y respiro hondo. El aire huele a hierba húmeda y a flores. A lo lejos me llegan algunas risas y conversaciones, y guardo esta sensación en mi pecho como un tesoro. La vida, que tantas veces se empeña en ser incierta y difícil, también sabe regalarnos momentos de calma que hay que atrapar con fuerza. Este es uno de ellos.

Lucas corre hacia mí con una flor en la mano, seguramente arrancada de algún arbusto cercano, y me la entrega con una sonrisa traviesa.

—Es para ti, mamá. Pero tienes que dársela a Eva después. Es su cumpleaños.

Lo abrazo y le hago cosquillas, ocultando en sus carcajadas ese nudo que me aprieta la garganta. Él, sin proponérselo, siempre me recuerda que el amor verdadero no es posesivo ni egoísta, que es demasiado grande y hermoso como para guardarlo solo para una misma.

—Gracias, cielo.

Cuando Lucas se marcha hacia el estanque para observar a los patos, Eva se sienta junto a mí. Su mano busca la mía, y yo la recibo sin dudar, reconociendo al instante la suavidad y el calor de su piel.

—¿Sabes? —dice, mirando el bizcocho con una sonrisa divertida —. Creo que Lucas ha puesto más empeño en esta sorpresa que tú.

—Probablemente —respondo entre risas—. Aunque confieso que yo también estaba deseando que llegara este día.

—¿Y por qué? —me pregunta con una felicidad que me encanta.

Vuelve el rostro hacia mí y me sostiene la mirada. En sus bonitos ojos verdes siento que me desnudo, que todo lo que guardo en silencio se vuelve visible. Mis dedos acarician la flor que aún sostengo y me repito que, tarde o temprano, tendré que dejar salir lo que llevo dentro.

El tiempo avanza despacio, envuelto en la dulzura de lo que compartimos. Bebemos el café del termo, vemos a Lucas corretear, escuchamos música. Eva se anima a tararear una canción y yo sonrío, sorprendida de lo natural que resulta tenerla aquí, a mi lado, como si siempre hubiera formado parte de nuestra familia. Como si el destino se hubiese limitado a colocar cada pieza en su lugar sin esfuerzo alguno.

Mientras la observo, me doy cuenta de que lo que siento por ella es tan inmenso que apenas me cabe en el pecho. Ha sido así desde el primer encuentro, desde aquellas semanas en las que cada mirada y cada gesto nos desbordaba.

Todavía no me he atrevido a pronunciar un «te amo» en voz alta. Quizá por miedo, quizá porque necesitaba tiempo. Pero hoy, en este día que es suyo, sé que no puedo seguir callándolo.

Lucas, cansado de tanto correr, se deja caer sobre la manta y apoya la cabeza en mi pierna. Sus pestañas tiemblan con la cadencia de su respiración y sé que no tardará en dormirse. Eva lo cubre con su chaqueta y acaricia su cabello con ternura. El destino me regala justo el momento que necesito, y de pronto nos quedamos atrapadas en una burbuja.

—¿Estás bien? —me pregunta, atenta.

—Sí. —Respiro hondo, buscando valor—. Estoy más que bien.

Ella sonríe, y el sol acaricia su rostro de tal forma que pienso que no hay belleza que pueda compararse. Apoya la cabeza en mi hombro y permanecemos unos segundos en silencio. Podría pasarme una vida así,

pero sé que debo hablar, abrir la jaula donde guardo mis emociones antes de que el día termine.

—Eva… —susurro. Siento cómo su cuerpo se tensa con suavidad antes de mirarme de nuevo a los ojos. Mis dedos juegan con la flor que Lucas me dio; su fragilidad me recuerda al miedo que tengo de que mi voz se rompa o apague antes de pronunciar lo que quiero—. Hay algo que llevo tiempo deseando confesarte.

En sus ojos descubro la misma expectación que tantas veces me ha habitado. Pero antes de que pueda continuar, Lucas se revuelve a nuestro lado y murmura algo absurdo entre sueños, arrancándonos una risa conjunta. Y lo tomo como una señal.

El universo me pide esperar un poco más. Y yo, que he aprendido a dejar que la vida marque su ritmo, acepto la lección. Porque sé que cuando lo diga, cuando por fin deje escapar las palabras, no habrá marcha atrás.

El cielo de Madrid empieza a teñirse de tonos anaranjados con el paso de los minutos. El Retiro entero se transforma y yo, con el corazón latiendo cada vez más fuerte, rebusco en mis recuerdos y en todo lo que hemos vivido juntas las fuerzas para dar el siguiente paso.

—¿Qué es eso que quieres contarme? Dímelo —pregunta con voz suave, casi un murmullo.

Me observa con atención, y en ese gesto el mundo entero se detiene. Sus ojos, abiertos y dispuestos a escuchar, me envuelven con esa mezcla de calma y vértigo que solo ella es capaz de provocarme. Respiro hondo, dejo a un lado la flor que Lucas me entregó minutos antes y esbozo una sonrisa temblorosa.

—A veces pienso que llegaste a nuestra vida como una tormenta dispuesta a sacudir todo lo que yo creía estable, seguro. Pero luego comprendí que las tormentas también limpian el aire, que dejan la tierra preparada para florecer.

Eva sonríe y se muerde el labio, obligándome a volver a sus ojos.

—He intentado miles de veces silenciar lo que siento, por miedo, porque creía que así podría protegernos —prosigo, con la voz cada vez más entrecortada—. Pero cada día que ha pasado esto ha crecido dentro de mí, y ya no puedo ocultarlo más. Eva, te amo.

Mi confesión queda suspendida en el aire, y de pronto me siento desnuda, vulnerable, como si hubiese abierto en canal mi pecho y puesto mi corazón directamente en sus manos.

Ella no responde enseguida. Pero me mira con una intensidad que me recorre entera, y entonces una de sus manos acaricia mi mejilla. En el calor de su piel encuentro la respuesta que tanto anhelo.

—No imaginas cuánto he esperado escucharte decirlo —susurra, con la nariz rozando la mía—. Yo también te amo. Estoy enamorada de ti. Lo supe desde el día en que atravesaste la puerta de aquella cafetería. Al principio me pareció una locura, pero no pude detenerlo. Te metiste tan dentro de mí que no solo me devolviste la inspiración para acabar mi novela, sino que convertiste mi vida real en el mayor de los sueños.

Los ojos me arden, la emoción me desborda, y antes de que siga hablando dejo que mis labios busquen los suyos. La beso con una caricia lenta, profunda, cargada de todo lo que hemos guardado y callado durante tanto tiempo.

El beso dura lo que tarda el sol en esconderse tras el horizonte: un instante eterno. Y cuando nos separamos, nuestras frentes se quedan unidas, respirando al unísono.

—Daniela es la gran protagonista de mi historia, pero… ¿quieres saber qué eres de verdad para mí?

—Dímelo.

—El gran amor de mi vida.

—Y tú el mío… —respondo sin dudar—. Bueno, quizá el segundo. Porque este pequeñajo… siempre estará por encima de todo.

Ambas miramos a Lucas, dormido, y nuestras sonrisas se encienden al mismo tiempo. El atardecer nos envuelve, como si el

universo hubiera esperado pacientemente para regalarnos este momento.

Lucas se agita entre sueños, y su gesto nos arranca una risa que nos devuelve a la realidad. Eva acaricia su pelo con ternura mientras yo la observo, consciente de que esta imagen quedará grabada en mi memoria para siempre: ella, mimando a mi hijo, con nuestro amor latiendo dentro de nosotras.

El futuro ya no me asusta. Cierro los ojos y me permito sentirlo todo. El Retiro deja de ser un parque; se convierte en el testigo de lo nuestro, en el lugar donde dejó de ser una sensación para transformarse en realidad. Donde empecé a sonreír más y a ser, por fin, feliz de verdad.

—Esto es solo el comienzo —me dice.

Y sé que tiene razón. Porque las historias reales de amor no terminan, se escriben día a día con pequeños gestos y palabras que te sostienen cuando todo parece temblar. Y yo la tengo a ella, a su amor y a la certeza de que, pase lo que pase, dejaremos por escrito una historia que apenas empieza y que marcará el rumbo de todo lo que está por venir.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
EPÍLOGO